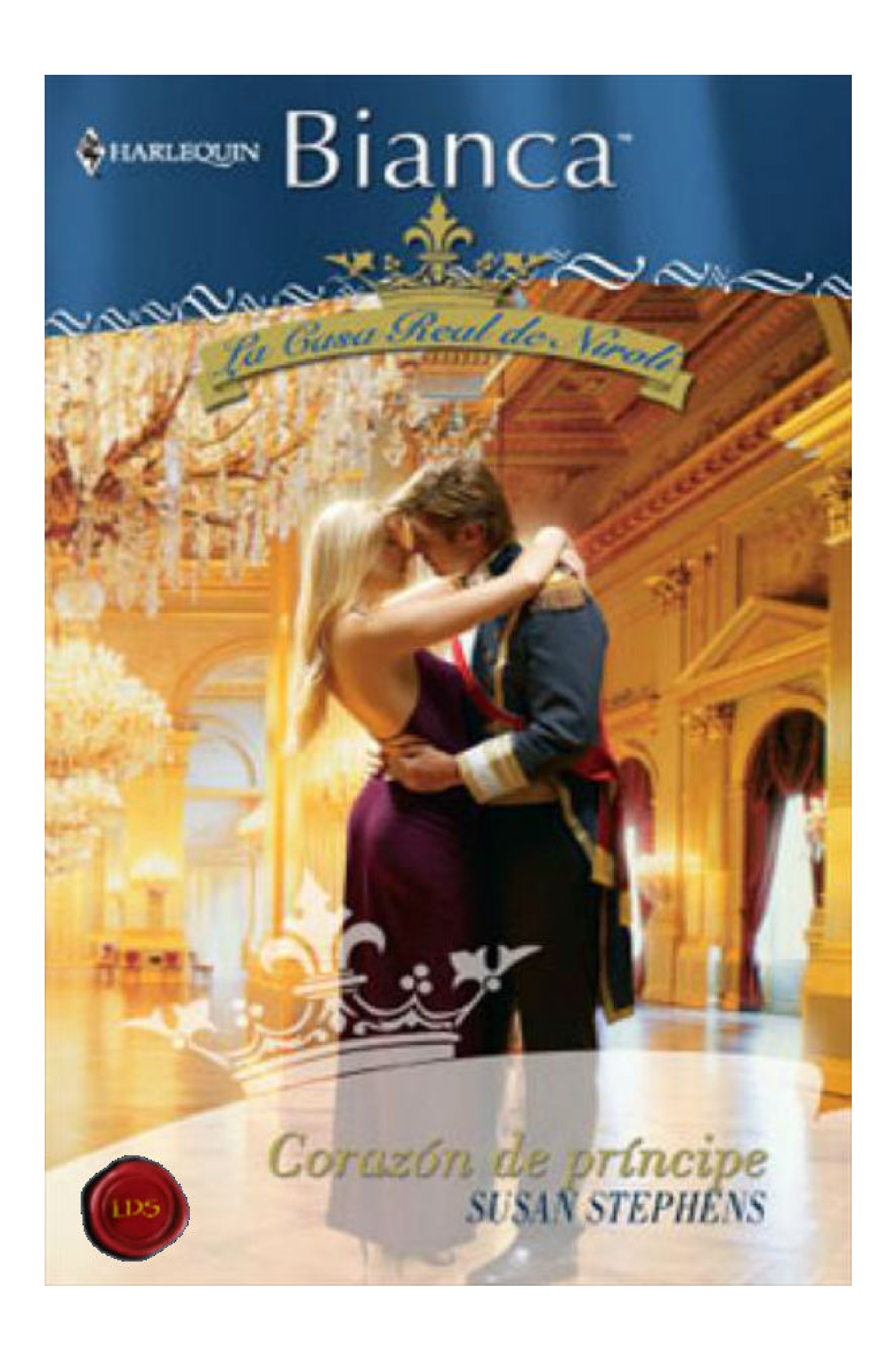

HARLEQUIN
Bianca
La Casa Real de Niroli
Corazón de príncipe
SUSAN STEPHENS
LDS

Aquel príncipe de pasado turbulento volvía a Niroli para reclamar lo que era suyo por derecho, la Corona. Nico Fierezza nunca había utilizado su título real. Aun así, el Rey lo había hecho llamar, el país estaba preparado para recibir a su nuevo gobernante.

Carrie Evans llevaba años enamorada de Nico, su jefe. Éste, sin embargo, la había rechazado después de una sola noche de pasión y… ahora ella estaba embarazada. Carrie estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para defender el futuro de su bebé.

¿Incluso casarse con Nico?



Susan Stephens

Corazón de príncipe

Bianca (La casa real de Niroli) - 5

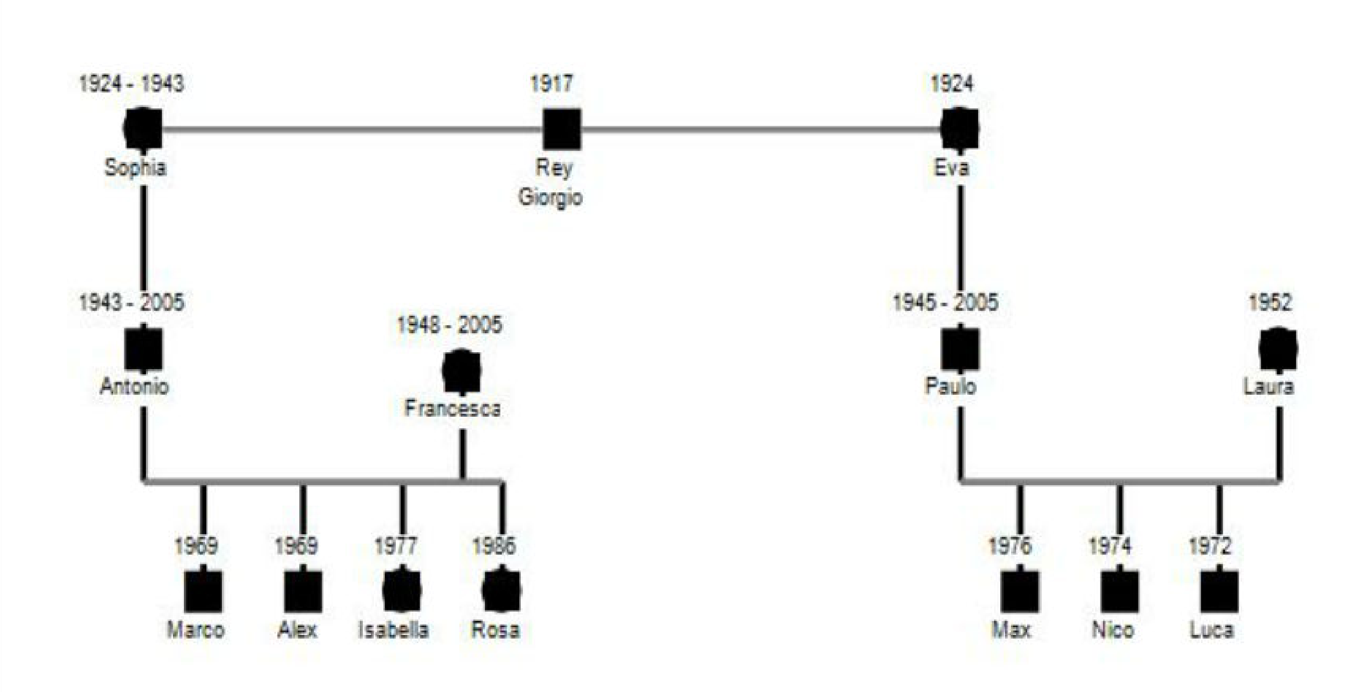
ePub r1.0
LDS 20.04.16

Título original: *Expecting His Royal Baby*
Susan Stephens, 2008
Traducción: Cristina de la Cerda Caraballo

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Árbol genealógico de la familia Fierezza



Reglas de la casa real de Niroli

Regla 1a: El soberano debe ser un líder moral. Si el pretendiente al trono cometiera un acto que fuera en menoscabo de la buena fama de la Casa Real, será apartado de la línea sucesoria.

Regla 2a: Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer matrimonio sin el consentimiento del soberano. Si lo hiciera, será desposeído de honores y privilegios, y excluido de la familia real.

Regla 3a: No se autorizarán los matrimonios que vayan en detrimento de los intereses de Niroli.

Regla 4a: El soberano no podrá contraer matrimonio con una persona divorciada.

Regla 5a: Queda prohibido que miembros de la Casa Real con relación de consanguinidad contraigan matrimonio entre ellos.

Regla 6a: El soberano dirigirá la educación de todos los miembros de la Casa Real, si bien el cuidado general de los niños corresponde a los padres.

Regla 7a: Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer deudas que superen sus posibilidades de pago sin el previo conocimiento y aprobación del soberano.

Regla 8a: Ningún miembro de la Casa Real podrá aceptar donaciones ni herencias sin el previo conocimiento y aprobación del soberano.

Regla 9a: El soberano deberá dedicar su vida al reino de Niroli. Por lo tanto, no le estará permitido el ejercicio de ninguna profesión.

Regla 10a: Los miembros de la Casa Real deberán residir en Niroli o en un país que el soberano apruebe. El monarca tiene la obligación de vivir en Niroli.

Prólogo

Mientras seguía con la vista el descenso del pequeño punto en el cielo, el embajador de Niroli se secó el sudor de la frente con un pañuelo. La pasión del heredero de la Corona por los deportes de riesgo iba a acabar con sus nervios. ¿Y si tenía un accidente y fallecía?

Sólo volvió a respirar tranquilo cuando Nico tocó tierra a unos metros de donde se encontraba y aterrizó con la elegancia de un gato, sobre pies y manos.

Mientras un par de hombres lo ayudaban a desprenderse del paracaídas, Nico Fierezza, el nieto del rey Giorgio, se levantó la visera del casco y fijó la mirada en el embajador. Sin duda lo enviaba su abuelo.

Nico se preguntó qué querría. Desde hacía años se mantenía alejado de la Corte. Había abandonado la isla para buscar su propio camino, y había acabado por establecerse en Londres al frente de su propia constructora.

Nadie podía decir que había conseguido lo que tenía por ser miembro de la realeza.

Se quitó el casco, se lo puso debajo del brazo y se dirigió hacia el embajador con el paso firme y decidido que lo caracterizaba.

No sabría decir qué era lo que hacía de él un hombre en busca siempre de nuevos retos. Había tenido una infancia feliz; hasta podría decirse que idílica, comparada con la de muchas personas, con una madre que los había colmado a sus hermanos y a él de cariño.

Tal vez fuera precisamente por eso, se dijo. Quizá quienes, como él, nacían en un entorno privilegiado sentían esa necesidad de desligarse de cuanto conocían y ponerse a prueba.

Era consciente de que, a veces, esa ansia podía volverse contra uno. Su padre, a pesar de ser un navegante experimentado, había ido más allá de sus propios límites. Había forzado demasiado el yate y había provocado su propia muerte, la de su hermano y la de su cuñada. Era un milagro que su madre hubiese sobrevivido, y aquélla era una lección que Nico jamás olvidaría.

—¿Qué lo trae por aquí, embajador? —saludó al enviado de su abuelo cuando llegó junto a él—. No, no me lo diga: Su Majestad quiere verme.

El hombre asintió.

—Así es, señor.

La algarabía de los otros participantes en la competición de paracaidismo, que comentaban con entusiasmo la actuación de cada uno, distrajo la atención del embajador.

Nico los observó con una leve sonrisa que no se reflejó en sus ojos, de un azul grisáceo, y se pasó una mano por el corto cabello castaño, aclarado por el sol.

—Dígale a Su Majestad que acudiré tan pronto como me lo permitan mis negocios.

Los otros participantes habían subido a hombros a uno de los más jóvenes y estaban vitoreándolo. Un par de ellos hizo gestos a Nico, llamándolo para que se uniera a ellos, pero éste se limitó a responderles levantando la mano y esbozando una media sonrisa.

El embajador lo miró con curiosidad. Nico debía sentir el efecto de la adrenalina en sus venas igual que los demás, pero al contrario que ellos no mostraba emoción alguna ni parecía tener prisa por unirse a las celebraciones.

Había oído que era un hombre capaz de mantener la cabeza fría en todo momento, un hombre ajeno a las emociones; y parecía que los rumores eran ciertos.

El rey Giorgio, que contaba ya noventa años, quería designar un sucesor antes de que su salud se deteriorase aún más, y ésas eran las cualidades que se requerían de un futuro monarca: anteponer las necesidades de su pueblo a las suyas y no exteriorizar sus sentimientos.

—Preséntele mis disculpas al Rey —pidió Nico.

—Su Majestad lo comprenderá —respondió el embajador—. Me dijo que escogiera la fecha que le fuera más conveniente, señor.

Nico reprimió a duras penas una sonrisilla sarcástica. ¿Desde cuándo se mostraba tan comprensivo su abuelo? Debía estar desesperado por hablar con él si estaba dispuesto a esperar.

—Puede que dentro de una semana; dos a lo sumo —contestó.

—Excelente, señor —dijo el embajador—. Claro que si pudiéramos concretar una fecha… —añadió, forzando su suerte.

Las facciones de Nico se endurecieron, como dándole a entender que con una concesión era bastante por un día.

—Se lo haré saber cuando tenga una fecha —respondió con aspereza—. Y ahora si me disculpa…

Nico se alejó, y no vio la profunda reverencia que le dedicó el embajador, la clase de reverencia que solía hacer ante el Rey.

Capítulo 1

Carrie depositó una rosa blanca sobre el ataúd manchado de gotas de lluvia, el ataúd de la tía que nunca la había querido.

Ella sabía que el cariño no era algo que se pudiese forzar, y había querido a su tía a pesar de la indiferencia de ésta.

—¿Es usted Carrie Evans?

Carrie se volvió hacia el hombre que había pronunciado su nombre.

Se hallaba bajo un paraguas negro que resaltaba aún más la marcada palidez de su macerado rostro.

Era el entierro de su tía y sólo había cuatro personas presentes aparte de ella: el sacerdote y tres enterradores. Éstos se alejaron unos pasos para que pudiera hablar en privado con el desconocido.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Disculpe que haya venido aquí para hablar con usted, pero he ido a la casa y no había nadie.

Carrie no había visto nunca a ese hombre, pero imaginaba quién era y a qué había ido allí. Debía ser el abogado de ciertos parientes que jamás habían visitado a su tía Mabel, y sin embargo habían reclamado la casa en cuanto ésta había fallecido. Sin duda, aquel hombre estaba allí para entregarle la orden de desalojo. La había llamado el día anterior para informarla de ello.

Carrie tenía veinticinco años pero parecía más joven. Se vestía de un modo conservador, y se peinaba de la misma manera, con un recogido práctico. Tenía el pelo de ese tono dorado rojizo que Tiziano le daba al cabello de las mujeres en sus cuadros, y siempre la había incomodado un poco porque le parecía que llamaba demasiado la atención. Era la clase de cabello que iría bien a una modelo, o a una actriz, pero no a alguien como ella. Sus ojos azules

eran expresivos, pero sus facciones no eran particularmente bonitas.

—Antes de salir dejé recogidas todas mis cosas —explicó al hombre—, y tan pronto como termine el entierro iré a recogerlas y llevaré las llaves de la casa al abogado de mi tía.

—Lamento todo esto; he oído que no tiene usted a donde ir —murmuró el hombre a modo de disculpa.

—No se preocupe, me las arreglaré —replicó ella—. Además usted sólo está haciendo su trabajo.

—Sí, ya lo sé; pero a veces, en días como éste, lo detesto —contestó él con una media sonrisa—. Le deseo lo mejor.

—Gracias.

El hombre le tendió los papeles, Carrie los tomó con gesto grave pero digno y el individuo en cuestión, tras despedirse de ella con un asentimiento de cabeza, se alejó.

Carrie paseó por última vez la mirada por el frío y desnudo desván de la casa de su tía. El aviso de desalojo le permitía sólo veinticuatro horas para recoger sus cosas y marcharse, pero como le había dicho al abogado, ya lo tenía todo listo.

Echaba de menos a su tía, pero no la apenaba dejar un lugar que siempre había sido triste y solitario. La casa podría haberse llenado de amor y de risas si su tía Mabel hubiese sido capaz de perdonar a su padre, que había preferido casarse con la hermana de ésta.

Cuando sus padres murieron en un trágico accidente, siendo ella todavía una adolescente, la tía Mabel la tomó a su cargo, pero jamás superó el resentimiento que la dominaba.

En cualquier caso, aquello ya no podía cambiarse, pues pertenecía al pasado, y Carrie tenía un presente bastante oscuro ante sí que la preocupaba más: estaba en el paro, no tenía a donde ir y se había quedado embarazada.

Sin embargo, al pensar en su bebé, una sonrisa de felicidad se dibujó en sus labios. Iba a tener a alguien a quien querer, alguien a quien cuidar y por quien luchar.

El único problema era que el padre de su hijo no sabía que iba a ser padre. Tenía que decírselo; tenía derecho a saberlo, se repitió Carrie una vez más, a pesar de su aprehensión.

El padre del bebé que llevaba en su vientre era el hombre más frío e insensible que habitaba sobre la faz de la tierra, pero también era el hombre del que estaba enamorada, y el único al que amaría.

Sabía que cuanto más lo pospusiera, más difícil le resultaría decírselo; por esa razón no podía postergarlo por más tiempo. Su falta de valor no le impediría hacer lo imposible para que el pequeño fuera reconocido por su padre, se dijo llevándose las manos al vientre.

Tal vez incluso, con un poco de suerte, estaría dispuesto a ayudarla económicamente en el futuro para que su hijo pudiese ir a la universidad y tener una buena educación.

Antes de quedarse embarazada, había soñado con dejar la oficina donde trabajaba de secretaria e intentar ganarse la vida con lo que hasta entonces había sido sólo una afición: la pintura. Por desgracia, al menos por el momento, aquello iba a ser imposible. Tendría que encontrar un alquiler asequible y un trabajo de verdad, que le diese para vivir hasta que el bebé naciese.

Su plan era ahorrar dinero suficiente para poder comprar una casita con jardín donde su pequeño pudiera jugar. Tendría que hacer algunos sacrificios, pero por su hijo estaba dispuesta a todo.

Su Majestad el rey Giorgio, el anciano monarca de Niroli, acababa de ser informado de que su nieto Nico por fin estaba en camino.

Iba a bordo de su propio jet y él mismo lo pilotaba. El Rey esbozó una sonrisa. Nico llevaba la clase de vida que a él le hubiese gustado si no hubiese tenido que renunciar a sus ambiciones personales para ocupar el trono de Niroli.

A sus noventa años, sólo le quedaba una tarea por cumplir: «domar» a ese potro salvaje que era su nieto Nico y persuadirlo para que se convirtiera en su sucesor.

Domar a Nico Fierezza… El rey Giorgio se pasó una mano por el rostro. Hasta para un monarca suponía un reto. Sin embargo, un brillo travieso centelleó en sus ojos grises.

Tal vez no hubiese un sólo hombre en la faz de la tierra capaz de doblegar la voluntad de Nico Fierezza, pero… ¿y una mujer?

¿Qué estaba haciendo en Niroli?, se preguntó Nico cuando su jet tocó tierra en el aeropuerto de la isla. Su sitio no estaba allí; su vida estaba en Londres.

De Niroli sólo había echado de menos a su madre y a sus hermanos, Luca y Max. Su hermano menor, Max, se dedicaba al cultivo de la vid, y Luca, que era el mayor, era el dueño del casino

que tanto había contribuido a la riqueza de la isla.

De hecho, el propio Luca había estado al frente del casino durante años, pero después de enamorarse y casarse se había ido a vivir Australia, de donde era su esposa.

Nico parecía ser el único miembro de la familia que había heredado el gen aventurero, y ese mismo gen le hacía ya sentirse asfixiado con la idea de tener que pasar unos días «confinado» en la isla, antes incluso de que el avión se hubiese detenido.

Apretó los labios irritado cuando vio que le habían preparado una alfombra roja. ¿Cuándo iban a enterarse de que la pompa y la ceremonia eran lo último que deseaba? Sin embargo, se recordó, aquélla era su primera visita a la isla desde el accidente náutico que le había costado la vida a su padre, su tío y su tía. ¿Tan egoísta era como para no poder dedicarle unos días a la familia?

Claro que tampoco quería quedarse demasiado tiempo y dar falsas esperanzas a su abuelo. No hacía falta ser adivino para imaginar qué estaba rondando por la mente del anciano rey. Había tres posibles herederos varones por delante de él en la línea sucesoria, y estaba seguro de que los tres habían encontrado ya algún motivo para rehusar la corona, lo cual significaba que él era el próximo en la lista.

¿Por qué si no iba a haberlo mandado llamar su abuelo? En cualquier caso, por mucho que insistiera su abuelo, no tenía intención de aceptar: no tenía el menor interés en ser el próximo rey de Niroli.

Las razones que tenía para rehusar la corona iban más allá de su naturaleza inquieta. Una enfermedad que había padecido en la infancia lo había dejado estéril, y le sería imposible tener descendencia. Niroli no necesitaba un rey que dentro de unos años tuviese que empezar otra búsqueda desesperada para hallar un heredero.

No podía darle la noticia al padre de su hijo por teléfono. No tenía más alternativa que enfrentarse al león en su guarida.

Había llegado a su estación. Carrie levantó la maleta del suelo y se bajó del vagón del metro. Cuando salió a la calle, se encontró con que había empezado a llover. Como era de esperar no pasaba un sólo taxi libre. Bastaba con una llovizna ligera para que el tráfico se resintiera, y lo que estaba cayendo en ese momento era una

tormenta de verano en toda regla.

Apretó el paso y se dirigió hacia la plaza donde estaba el bloque de oficinas en el que había estado trabajando hasta hacía tres meses como secretaria. Parecía que hiciese mucho más tiempo.

Había dejado su puesto por principios…, o más bien por orgullo, se corrigió. Al comunicarle a su tía Mabel que había decidido dejar su trabajo, ésta había despedido a la enfermera que la cuidaba, diciendo que podía ocuparse ella.

A Carrie no le había molestado hacerlo, aunque su tía no le pagara por ello. Al menos se sentía útil, sentía que estaba ganándose el sustento y el alojamiento, pues antes de dejar su empleo ya entregaba parte del sueldo a su tía. Su ingenuidad la había hecho creer que aquello las uniría.

Al menos había aprendido la lección; había aprendido a no esperar milagros.

En cuanto al padre de su hijo… Aparte de darle la noticia de que estaba embarazada, quería pedirle una carta de recomendación para encontrar y buscar empleo. Ahora que el pequeño ser que llevaba en su vientre iba a depender de ella, tenía que encontrar un trabajo bien remunerado. Había tenido tanta prisa por alejarse de Nico Fierezza que ni siquiera había pensado en aquello.

La primera sorpresa que se llevó Carrie al entrar en la oficina fue que la chica que había sido su ayudante se había convertido ahora en la secretaria de Nico.

Y a juzgar por el desdén con que la miró cuando la vio aparecer, daba la impresión de que se le habían subido los humos a la cabeza.

—Ahí no —dijo en un tono de lo más desagradable cuando Carrie fue a dejar su maleta en el suelo—. Si la dejas ahí, se empapará la moqueta.

—Me temo que de todas maneras ya se ha mojado —replicó ella, haciendo un esfuerzo por no perder los nervios—. ¿Te importa que cuelgue mi gabardina en el perchero para que se seque?

La chica se encogió de hombros.

—¿Está Nico?

—El señor Fierezza es un hombre muy ocupado; tendrás que pedir una cita para hablar con él.

—Ya imagino que estará ocupado —dijo Carrie. ¿Cuándo no lo estaba?, pero he venido preparada para esperar el tiempo que haga

falta. ¿Te importaría decirle que estoy aquí?

—¿No puedo ayudarte yo? —inquirió la chica entornando los ojos.

—¿Vas a decirle que estoy aquí, o tendré que entrar en su despacho sin avisar? —le espetó Carrie irguiéndose para no dejarle lugar a dudas de que lo haría.

—No te servirá de…

Carrie se dirigió hacia el despacho de Nico, pero antes de que hubiera dado dos pasos, la chica se interpuso.

—No te servirá de nada, el señor Fierezza no está —dijo con retintín.

A Carrie se le cayó el alma a los pies. Había ido hasta allí para nada.

—¡Carrie!

Una sonrisa curvó los labios de ésta cuando se volvió y vio a la mujer mayor que avanzaba hacia ella con paso decidido y los brazos abiertos.

Carrie se sintió aliviada. Sonia Farraday no sólo había sido una de sus compañeras de trabajo favoritas durante el tiempo que había trabajado allí, sino que además siempre estaba informada de todo lo que pasaba en la oficina. Quizá pudiese decirle dónde encontrar a Nico.

—¡Carrie, qué alegría volver a verte! ¿Qué estás haciendo aquí? —la saludó entrelazando su brazo con el de ella—. Pobrecilla, estás empapada. Ven, vamos a mi despacho.

Cuando estuvieron sentadas, Sonia le preguntó:

—Bueno, ¿puedo ayudarte en algo? ¿Por qué has venido?

—Necesito hablar con Nico.

Sonia se echó hacia atrás en su sillón de cuero y frunció los labios.

—Me temo que eso va a ser difícil. Ha salido de viaje y va a tardar en volver. Ha ido a Niroli a visitar a su familia, y se rumorea que es posible que se quede allí indefinidamente —le confió.

Carrie palideció.

—¿Va a quedarse en Niroli?

—Bueno, no lo sé con seguridad. Ya sabes cómo es; no le gusta hablar de su vida privada con nadie —respondió Sonia, mirándola con curiosidad—. ¿Qué te parece si te traigo una taza de té? Pareces

cansada. Cuando vuelva seguiremos charlando y veré si puedo ayudarte en algo.

Carrie asintió aturdida y Sonia salió del despacho. Si Nico se quedaba a vivir en Niroli, sería una complicación añadida; una complicación que ni siquiera se había planteado.

Y ahora además había despertado la curiosidad de Sonia y tendría que hallar el modo de evadir sus preguntas. No era que no confiase en ella, pero quería que Nico fuese el primero en saber que iba a ser padre.

Mientras esperaba, se quedó pensativa mirando el ordenador de Sonia. La dirección de Nico en Niroli debía estar en alguna parte, y si su contraseña no había cambiado, tal vez fuese capaz de encontrarla.

Sólo le llevó unos minutos, y lo que descubrió la desanimó más aún. Nico no tenía una dirección como tal en la isla… porque iba a alojarse en el palacio.

Sabía que era nieto del rey de Niroli, pero, quizá porque Nico no hablaba de ello, siempre había pensado que sus vínculos con la realeza eran más bien difusos.

El hecho de que se alojara en el palacio le haría más difícil conseguir hablar con él, pero no era imposible, se dijo volviendo a sentarse en su silla justo antes de que regresara Sonia, con sendas tazas de café.

—Ten, bébete esto; te entonará un poco. Parece que hubieras visto un fantasma. ¿Te encuentras bien?

Carrie se dio cuenta de que Sonia estaba intentando sonsacarle.

—Sí, perfectamente. Es sólo que la lluvia me ha calado hasta los huesos.

Sonia sonrió.

—Bueno, aquí entrarás en calor en seguida —dijo—. Se te echa de menos por aquí, ¿sabes? No se encuentra a gente tan profesional como tú todos los días.

Carrie tuvo la sensación de que quería darle a entender que las puertas estaban aún abiertas para ella, pero era una posibilidad que no quería siquiera considerar. No podía volver a trabajar para Nico después de lo que había ocurrido entre ellos.

Cuando acabaron de tomarse el té, Sonia le redactó e imprimió una carta de recomendación a petición suya.

Sonia parecía haberse dado cuenta de que no quería hablar y no la presionó, pero cuando ya iba a marcharse le dijo:

—No deberías ir andando hasta la boca de metro con el tiempo que hace; vas a pillar una pulmonía. Deja que te pida un taxi. ¿Todavía vives con tu tía?

Carrie esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—De acuerdo, pero si no te importa yo le diré al taxista dónde quiero que me deje.

Capítulo 2

La verdad era que no tenía nada que la atase a Inglaterra, se dijo Carrie cuando a través de la ventanilla del avión empezaba a divisarse ya la isla de Niroli.

Y lo cierto era que, a pesar de su aprehensión, estaba excitada ante la idea de volver a ver a Nico. Sus dedos apretaron la revista que había estado ojeando durante el vuelo. Dentro había fotografías del palacio, y se había puesto nerviosa sólo con pensar en cómo iba a conseguir entrar allí.

Tendría que hallar la manera, se dijo volviendo a meter la revista en el bolsillo del asiento delantero. Volvió a girar la cabeza hacia la ventanilla e intentó distraerse para no pensar. Abajo se veía el brillante mar azul, salpicado de barquitos, y en la lejanía, la línea costera de Niroli, con sus playas de arena dorada.

Probablemente, las demás personas que viajaban en el avión iban allí de vacaciones. Ella, en cambio, iba a la isla para hablar con un miembro de la Familia Real que la había dejado embarazada. Si la prensa se enterase, se armaría un revuelo tremendo.

Se había quedado embarazada porque habían hecho el amor durante una fiesta de la oficina. Había sido algo tan repentino que ni ella misma se lo creía todavía. No había podido resistirse a Nico. Se había sentido atraída por él desde el día que lo conoció.

Nico había empezado a lanzarle miradas durante la fiesta y, en un principio, se había dicho que probablemente era sólo porque parecía tan aburrido como ella. A Carrie nunca se le había dado bien entablar conversación ni tratar con la gente y, de hecho, cuando sus ojos se habían encontrado con los de Nico, había empezado a pensar en cómo podría marcharse sin que nadie se diese cuenta.

Justo cuando iba a dirigirse hacia la puerta, Nico se había acercado a ella.

—Te veo muy sola, Carrie.

El corazón le había palpitado con fuerza. Nico nunca hablaba con ella fuera del horario de trabajo y de pronto estaba allí, a su lado. Y, dios, olía tan bien…

—¿Soñando despierta? —le había preguntado él, irrumpiendo en sus pensamientos con esa voz aterciopelada que siempre la hacía estremecer—. No parece propio de ti.

Carrie había alzado la vista hacia él, pero al ver sus ojos azules tan de cerca había sido incapaz de articular palabra.

—He estado observándote —había confesado él con una sonrisilla divertida.

La sola idea había hecho que las mejillas de Carrie se tiñeran de rubor y que…

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga algo de beber antes de que aterricemos?

La voz de la azafata hizo que Carrie diese un ligero respingo. Entonces se dio cuenta de que sus dedos estaban apretando los brazos del asiento. Sin duda, la azafata debía haber pensado que eran nervios.

—No, no quiero nada, gracias.

La mujer se alejó, y Carrie trató también de alejar aquellos recuerdos, pero la voz de Nico no dejaba de resonar en su mente: Nico provocándola, diciéndole que la veía como «esa chica tan seria de ojos grandes», y que lo tenía intrigado. Y entonces, de pronto, había dicho algo que nunca hubiera esperado oír de sus labios:

—Me encanta tu modestia; siempre me ha parecido que hace más atractiva a una mujer.

¿Atractiva? ¿Nico la encontraba atractiva?

—Eh… bueno, yo no… —había balbucido ella.

—¿Te parece que vayamos a un sitio más tranquilo? Aquí el ambiente está demasiado cargado.

En el momento en que esas palabras habían cruzado sus labios, Carrie había sido que estaba perdida.

Nico no había esperado respuesta. Tras quitarle la copa que sostenía, la había tomado de la mano y ella lo había seguido sin preguntar adonde la llevaba. Lo habría seguido hasta el fin del

mundo.

Cuando llegaron a la sala de juntas, Nico cerró la puerta tras ellos y echó el pestillo. Luego la atrajo hacia él, y Carrie sintió que se derretía.

Nico la besó en el cuello con ternura antes de empezar a desabrocharle los botones de la blusa. Luego esos besos se tornaron más sensuales, y empleó la lengua y los dientes mientras le susurraba cosas en italiano, o más bien en el dialecto que hablaban en su país, Niroli.

Carrie se sentía tan excitada que de su garganta escapó un gemido de protesta cuando Nico se apartó un poco para quitarle la blusa.

Él estaba admirando sus senos, cubiertos por un modesto sujetador de algodón blanco, y ella se arqueó hacia atrás, ofreciéndoselos.

Carrie dio un nuevo respingo cuando la mano de la azafata se posó sobre su brazo.

—Vamos a tomar tierra dentro de unos minutos —la informó.

—Gracias —murmuró Carrie.

—¿Seguro que está bien?

—Sí, sólo un poco tensa, eso es todo.

—La entiendo; hemos tenido muchas turbulencias durante el vuelo y eso pone nervioso a cualquiera, pero dentro de diez minutos estaremos en el aeropuerto y podrá empezar a disfrutar de sus vacaciones.

¿Sus vacaciones? Si esa mujer supiera… Carrie sonrió a pesar de todo.

—Gracias. Y perdone que le esté creando tantas molestias.

—No es ninguna molestia; ahora le traigo un vaso de agua. Creo que la ayudará —respondió la azafata antes de ir a atender a otro pasajero.

Tenía que apartar a Nico de su mente, se dijo Carrie. Cerró los ojos e intentó pensar en el bebé que llevaba en su vientre, en cómo sería cuando naciera, y al poco sintió la mano de la azafata en el hombro. Le traía el agua.

—Gracias; es usted muy amable.

—No hay de qué.

Carrie tomó un sorbo y, cuando volvió a cerrar los ojos, a pesar

de sus esfuerzos, se encontró pensando otra vez en Nico.

No podía culparlo por lo ocurrido. Ella lo deseaba tanto como él. No había podido dejar de responderle cuando había empezado a besarla de nuevo.

Sólo con verlo, era innegable que estaba en buena forma física, pero esa noche ella había descubierto que su torso era como el de una escultura de mármol, sólo que muy cálido. El tacto de su piel desnuda la había excitado increíblemente, y a partir de ese momento no había podido pensar en otra cosa que no fuese tenerlo dentro de ella.

Y era evidente que Nico sabía exactamente lo que quería. Sus manos habían buscado la cremallera de su falda, y ella le había dejado hacer, riéndose suavemente y mordisqueándole el cuello.

Nico la había alzado en volandas y la había sentado en el borde de la larga mesa de la sala de juntas, que tenía la altura perfecta. Mientras se colocaba entre sus muslos, Carrie había alzado las caderas, impaciente…

La voz del capitán anunciando que habían aterrizado y deseándoles una feliz estancia la devolvió al presente.

Carrie se desabrochó el cinturón y se levantó para ponerse la chaqueta. No podía creerse que estuviera allí. Los nervios y las dudas volvieron a asaltarla, pero se dijo que sería capaz de hacer aquello: lo haría por su hijo.

Al fin y al cabo, estaba preparada. Había estado ensayando una y otra vez en su mente el momento en que le diría que iba a ser padre, preparándose para afrontar su posible rechazo.

Incluso había imaginado todo de lo que podría acusarla: de no haber sido más responsable, de no haberle dicho que no estaba tomando la píldora, de no haberle pedido que usaran un preservativo…

La cuestión era que todo había ocurrido demasiado deprisa. Nico se había desabrochado los pantalones, se había bajado la cremallera, y luego la había ayudado para que le rodeara la cintura con las piernas.

Carrie sacudió la cabeza. Tenía que concentrarse en el presente. No sabía dónde alojarse y tenía muy poco dinero. Primero intentaría encontrar una pensión barata y luego pensaría cómo hacer para hablar con Nico.

Ya en la terminal, la inseguridad volvió a asaltarla. Todo era tan elegante a su alrededor que se sentía como una pedigüeña.

Había tenido la misma sensación cuando se había mirado la cara en el espejo del cuarto de baño después de que Nico y ella lo hicieran durante la fiesta.

No era ninguna belleza. Nico sólo quería sexo; la había tratado como si fuera de usar y tirar.

Claro que la culpa era de ella por haber dejado que la utilizara, se dijo mientras esperaba junto a la cinta a que apareciera su maleta. Se había entregado a él por propia voluntad.

Jamás olvidaría el momento en que Nico le había agarrado las nalgas. Se había frotado contra él, deleitándose en las deliciosas sensaciones que estaba experimentando, y cuando por fin comenzó a penetrarla, pero sólo unos centímetros para luego retirarse, sintió que iba a volverse loca.

—Nico, por favor… —le había rogado, clavándole las uñas en los hombros.

—¿Por favor qué?

—Ya sabes lo que quiero…

—¿Tú crees? —la había provocado él, divertido.

En ese momento ella había comprendido que no podría parar, que no podría dar marcha atrás… y la verdad era que tampoco habría querido, reconoció para sus adentros tomando su maleta.

¿Qué diría Nico cuando le contase que estaba embarazada?

En cualquier caso, para ella ese bebé no era un error. El único error que había cometido había sido enamorarse de Nico.

Salió del aeropuerto y tomó un taxi. El conductor, visiblemente orgulloso de su isla, le fue hablando de los distintos lugares por los que pasaban y de la historia del país, y poco a poco Carrie se fue relajando.

El cielo lucía azul, sin una sola nube, y mirara donde mirara siempre había algo interesante que ver: un castillo en ruinas, extensos campos hasta donde alcanzaba la vista… y las montañas con sus cumbres nevadas como telón de fondo.

Niroli era un lugar muy hermoso. No era difícil comprender por qué el taxista estaba tan enamorado de su tierra.

El único problema era que el taxi no tenía aire acondicionado, y Carrie estaba empezando a tener bastante calor con su traje de

chaqueta. Debería haber sido menos impulsiva, haberse parado a pensar, antes de partir de Londres, qué tiempo iba a hacer allí.

Claro que… ¿cuándo había podido pensar con claridad en cualquier asunto relacionado con Nico?

Desde luego no podía decir que hubiese sido así a la mañana siguiente a la fiesta, se dijo cuando el taxista se quedó callado.

Aquel día había prestado especial atención a su atuendo. Había escogido un traje de chaqueta y pantalón discreto. No quería que Nico pensase que era una chica fácil, sobre todo después de lo desinhibida que se había mostrado con él la noche anterior.

Sabía que iba a resultarle difícil mirarlo a la cara después de lo que había pasado entre ellos, y lo último que quería era darle una impresión equivocada.

Sin embargo, no había podido reprimir esa pequeña esperanza de que la noche anterior no hubiese sido sólo algo pasajero, algo del momento.

Se había cepillado el cabello hasta dejarlo brillante y se había planteado dejárselo suelto, pero finalmente se lo había recogido como siempre y se había maquillado un poco. No era muy hábil maquillándose, pero ese día había hecho un esfuerzo especial.

El pulso se le había disparado al ver a Nico saliendo de la sala de juntas, y había esperado nerviosa mientras él hablaba con un compañero. Luego… él había pasado de largo y ni la había mirado.

—Nico…

Tuvo que llamarlo de nuevo para que la oyera, y cuando se volvió hacia ella y le sonrió el corazón de Carrie palpitó con fuerza.

—Ah, qué bien que estés aquí —le dijo—. Hazme un par de copias de estos documentos y tráemelos en cuanto puedas, ¿quieres? Es algo que corre muchísima prisa —añadió poniéndole los papeles en las manos—. Y cuando vengas… ¿querrás traerme una taza de café? Gracias.

Luego sin esperar una respuesta, se había dado la vuelta y había entrado en su despacho.

Carrie había intentado no tomarse aquello a mal, no desanimarse, y había trabajado con ahínco todo el día, como si fuese un día como otro cualquiera. Luego había esperado a que se fuese todo el mundo porque Nico aún estaba en su despacho y tenía la esperanza de poder hablar con él.

Llamó a la puerta con un par de golpecitos tímidos, y asomó la cabeza.

—Hola.

Nico alzó la vista, distraído. Tenía unos planos frente a él y era evidente que no quería que lo molestasen.

—¿Querías algo, Carrie?

La había mirado como si la noche anterior fuera un producto de su imaginación y, no queriendo quedar como una tonta, ella dijo:

—Perdona que te interrumpa; quería saber si necesitabas algo antes de que me marche.

Nico escrutó su rostro brevemente.

—No, nada. Gracias, puedes irte a casa.

Y eso había sido todo. Así de frío, así de impersonal.

Después de aquello, se había dicho que no podía seguir trabajando para él. Su orgullo no se lo permitía. Lo amaba, y siempre lo amaría, pero él la había tratado como a un trapo. Por eso se había marchado sin hacer ruido, como el ratoncito que él siempre había dicho que era.

Durante varias noches, al acostarse, había llorado hasta quedarse dormida. Por haber perdido su virginidad con un hombre que no sentía nada por ella, por haberse dejado seducir como una idiota… Y cada mañana se despertaba sintiéndose cansada, rechazada.

Hasta un día en que se había preguntado si merecía la pena martirizarse así, pero aquel también había descubierto que estaba embarazada. Iba a luchar, iba a dar hacer todo lo que pudiera por su hijo.

Capítulo 3

El hotelito que le había recomendado el taxista a Carrie no estaba lejos del palacio y resultó ser, como le había dicho, un establecimiento barato, limpio y confortable.

Tenía que comprarse ropa más fresca, se dijo Carrie. La que llevaba puesta estaba dándole un calor insoportable.

Lo malo era que no tenía mucho dinero, así que debería conformarse con un vestido de algodón y unas sandalias baratas.

Después de deshacer la maleta y refrescarse un poco, salió de nuevo a la calle.

La arquitectura de Niroli era pintoresca y muy hermosa. Por un momento se permitió fantasear, imaginando cómo habría sido descubrir la isla de la mano de Nico, dejar que él le enseñara todos y cada uno de esos rincones, pero el sol abrasador le recordó que no era momento de soñar despierta.

Tenía que encontrar ropa más apropiada o se derretiría. Entró en una pequeña boutique con aire acondicionado.

Al fondo había un cuarto, separado por unas cortinas del resto de la tienda, y tras ellas oyó la voz de una mujer hablando en tono imperioso.

Carrie miró entonces a su alrededor y el alma se le cayó a los pies. No le hacía falta mirar las etiquetas de las prendas para saber que debía haber entrado en la boutique más cara de la isla.

Quedaría fatal si saliera nada más entrar, así que decidió esperar para preguntarle a la dependienta si había unos grandes almacenes cerca.

Se quedó junto a la puerta y, justo en ese momento, las cortinas se descorrieron bruscamente y salió una mujer muy elegante, visiblemente airada, seguida de otras dos mujeres más jóvenes, y

finalmente apareció una cuarta que, Carrie imaginó, debía ser la dependienta.

Las dos jóvenes que seguían a la elegante dama transportaban al menos tres vestidos de noches cada una, protegidos por un plástico transparente.

La dependienta las acompañó a la salida y, en ese preciso instante, llegó una limusina negra que se detuvo frente a la boutique.

De ella se bajó un chofer uniformado y abrió la puerta trasera para que la señora y sus acompañantes subieran.

Carrie observó fascinada la escena a través del cristal del escaparate, y siguió con la mirada el vehículo mientras se alejaba.

—Y ésa era sólo la dama de compañía de la *principessa*…

Al oír aquello Carrie se volvió hacia la dependienta, que estaba cerrando la puerta de la tienda.

—Disculpe que la haya hecho esperar, *signorina*. ¿En qué puedo ayudarla?

Carrie se vio reflejada en un espejo de pie que había cerca de ella y sintió que la confianza en sí misma la abandonaba. Incluso la dependienta iba más a la moda que ella.

—La verdad es que quería preguntar si hay unos grandes almacenes por aquí cerca.

—¿Grandes almacenes en Niroli? —repitió la joven dependienta enarcando las cejas. Luego, por educación, se apresuró a disimular su asombro—. No tenemos grandes almacenes *signorina*, pero bajando la calle llegará a un mercado donde hay varios tenderetes con ropa a un precio razonable. Allí es donde suelo comprar yo. ¿Quiere que le indique dónde es?

La amabilidad de la dependienta hizo que Carrie se relajara y se atreviera a preguntarle lo que estaba deseando preguntarle.

—Antes, cuando ha dicho que ésa era sólo la dama de compañía de la *principessa*… ¿a quién se refería?

—A la *principessa* Anastasia —respondió la joven con una mueca de desagrado—. La mujer a la que acaba de ver marcharse era la *contessa* di Palesi —explicó contrayendo el rostro nuevamente—. Están de visita en la isla, invitadas por el rey Giorgio. Se alojan en palacio, y la *contessa* es la principal dama de compañía de la *principessa*. Todo el mundo cree que pronto se anunciará su

compromiso con Nico, uno de los nietos del Rey, que ha vuelto a la isla hace sólo unos días.

Carrie no pudo sino reírse por las cómicas expresiones de la dependienta, pero el corazón se le había hecho pedazos. Era una tonta; ¿acaso no había sabido siempre que Nico elegiría a alguien de su clase?

Compró una bebida en una tienda de alimentación y, justo cuando estaba saliendo, se encontró con que había una algarabía tremenda.

Una nube de reporteros y fotógrafos se había materializado allí, como por arte de magia, y durante un buen rato no supo que pasaba en medio de la confusión de flashes y los gritos de los periodistas.

Pero entonces lo vio. Nico estaba allí, saliendo de una boutique.

Carrie contuvo el aliento. A su lado había una mujer que no podía ser otra que la princesa Anastasia.

Era hermosa, elegante, distinguida… Era todo lo que ella no era.

El cabello, liso, negro y brillante, le caía sobre la espalda como una suave capa de seda.

Sus labios eran rojos y sensuales, los ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol de diseño, y vio que sus dientes eran blancos y perfectos como los de una estrella de cine cuando alzó la cabeza para sonreír a Nico.

Éste estaba de espaldas y no podía ver la expresión de su rostro, pero estaba segura de que también sonreía.

Dio un par de pasos hacia atrás, refugiándose en la sombra que proporcionaba el toldo de un comercio y siguió con la mirada a Nico y a la princesa mientras sus guardaespaldas los escoltaban hasta una limusina.

Capítulo 4

Mientras Nico y Anastasia se alejaban en el coche de cristales tintados, Carrie se dio cuenta de que estaba temblando. No importaba cuántas veces se dijera que siempre había estado segura de que tenía que haber alguien en la vida de Nico. El verlo con aquella mujer le había partido el corazón.

Debía, por su bien, afrontar la realidad. No tenía ninguna posibilidad con Nico; en realidad, nunca la había tenido. Si no tenía ningún interés en ella tres meses atrás, ¿qué iba a decir cuando se enterase de que se había quedado embarazada? Además, ¿cómo iba ella a competir con una mujer como aquella princesa? Imposible.

Para cuando terminaron de cruzar por su mente todos los pensamientos negativos posibles, Carrie estaba al borde de las lágrimas. Sin embargo llorar no solucionaría nada.

Sacó el monedero del bolso y compró el más sencillo de los vestidos de algodón que tenía la dueña del tenderete, junto con un par de sandalias de goma.

¿No era aquél el atuendo perfecto para presentarse ante Nico en el palacio?, se dijo con ironía.

Dejándose llevar por un impulso, compró también un conjunto de braguita y sujetador de encaje rojo. ¿Por qué no? Se sentiría más sexy y segura de sí misma con esa clase de ropa interior. Era un tímido acto de desafío, pero siempre le había parecido que esos pequeños detalles eran los más efectivos.

Después de haberse duchado y de ponerse el vestido que se había comprado, Carrie se recogió el cabello. Para cuando salió de la casa de huéspedes hacía un calor sofocante, y parecía que el suelo bajo sus pies estuviera ardiendo. Y la suela de goma de las sandalias no ayudaba precisamente.

No había imaginado que tendría que caminar tanto hasta el palacio, ni que habría tantas cuestas. Y tampoco se había acordado de llevarse unas gafas de sol ni un sombrero con el que protegerse la cabeza.

Dobló una esquina, y frunció el entrecejo al ver la cola que había para entrar a visitar el palacio. Con lo cansada que estaba… Además, las sandalias le habían hecho heridas entre los dedos de los pies.

Se detuvo a la sombra, junto a la barrera blanca y roja que impedía el paso, y se quedó observando los vehículos que entraban y salían. Se acercó al puesto de guardia y golpeó el cristal con los nudillos para llamar la atención del hombre que había dentro.

Gracias a la dependienta de la tienda sabía que iba a celebrarse un banquete en el palacio, así que cuando el oficial alzó la vista y la miró le dijo su nombre y que era una de las empleadas temporales que habían contratado para trabajar en las cocinas esa tarde.

El oficial consultó la lista que tenía y sacudió la cabeza.

—¿No estoy en la lista? —inquirió ella, fingiéndose preocupada —. Pero… mi nombre tiene que estar ahí; están esperándome.

—De todos modos no es por aquí por donde debería entrar — respondió el hombre—. Tiene que dar la vuelta e ir hasta la entrada de servicio —añadió señalando en esa dirección con la barbilla.

—Pero… ¿y si mi nombre tampoco está en la lista que tenga el guardia del puesto de control? —preguntó Carrie, suplicándole con la mirada.

El guardia pareció apiadarse de ella.

—Está bien; llamaré a mi compañero y le diré que la deje pasar.

—Oh, gracias, muchísimas gracias; no sabe cómo se lo agradezco —murmuró Carrie.

El hombre tomó el teléfono y ella esperó en silencio, con la mirada baja, rogando por que todo saliera bien.

¡Estaba dentro del palacio! Hecha un manojo de nervios y con el corazón latiéndole con fuerza, Carrie inspiró profundamente y trató de calmarse.

—¿La *cucina*? —preguntaba a cualquiera que la mirara con suspicacia.

Por suerte, todo el mundo parecía tener prisa y se limitaban a darle indicaciones antes de alejarse apresuradamente.

En un momento en que se encontró sola, aprovechó para aventurarse por unas escaleras de piedra. No tenía ni idea de adonde conducían, si bien la lógica le indicaba que los aposentos de la familia real debían estar en uno de los pisos superiores.

Aquello era una locura, se dijo, deteniéndose al llegar al rellano superior para quitarse las sandalias. Sin embargo, en vez de dar media vuelta y volver a bajar, se dijo que Nico tenía que estar allí, en alguna parte, y debía encontrarlo.

Necesitaba tomar un poco de aire fresco. A pesar del aire acondicionado del palacio, Nico se sentía como si allí dentro apenas se pudiese respirar. Además, estaba de un humor de perros y no quería descargarlo sobre nadie; ni siquiera sobre su abuelo, que era en quien, en gran parte, recaía la culpa.

La única razón por la que no le había puesto las cartas sobre la mesa era que el rey Giorgio tenía ya noventa años. Claro que eso no le daba ningún derecho a diseñar su futuro. Nico estaba dispuesto a concederle lo que le pidiera, dentro de unos límites razonables naturalmente, pero no a dejar que dirigiera su vida.

Apretó el paso y tomó un atajo hacia sus aposentos. Cuanto más pensaba en la conversación que habían mantenido, más se enfadaba.

Su abuelo le había ofrecido nombrarle su sucesor, y era evidente que esperaba que él se pusiera a dar saltos de alegría, igual que si le hubiese tocado la lotería.

¿Él, Nico Fierezza, rey de Niroli? En su vida había oído nada más absurdo. La idea de vivir en la corte no le había atraído jamás. Preferiría nadar entre tiburones antes que convertirse en rey y verse rodeado de aduladores.

El que su abuelo le hubiera propuesto que lo sucediera en el trono demostraba que no lo conocía en absoluto. Él tenía una vida en Londres, y a gente trabajando allí. No iba a dejarlos tirados para sentarse en el trono.

Sin embargo, no se había visto capaz de darle una negativa directa a su abuelo. Por eso le había pedido un día o dos, aunque su decisión ya estaba tomada e iba contra su carácter el postergar nada. Sólo tenía que encontrar la manera de comunicárselo de un modo suave.

Claro que aquél no era su único problema en ese momento.

Había otro con nombre de mujer: la princesa Anastasia, el cebo que su abuelo estaba empleando para tratar de hacer que picara el anzuelo.

No era que no fuese hermosa, pero no era su tipo. Prefería a las mujeres sencillas y naturales, dos cualidades de las que carecía la princesa, que no se había molestado siquiera en disimular sus intenciones hacia él. Se sentía como un conejo perseguido por un perro de caza.

Y luego estaba la cena de gala que iba a celebrarse en honor de la princesa y a la que él naturalmente tenía que asistir.

Para suavizar el mazazo que iba a darle a su abuelo cuando le comunicase su decisión, había accedido a ser el acompañante de la princesa durante la cena, y en ese momento ella debía estar ya esperándolo, sin duda adornada con diamantes de la cabeza a los pies.

Él mismo, aunque lo detestaba, había tenido que ponerse el uniforme de gala que el protocolo requería en esas ocasiones.

Le gustaría ver la cara de su abuelo si se presentase en vaqueros y camiseta, se dijo esbozando una sonrisilla. Ésta se borró de sus labios un instante después. Había llegado al patio interior que conducía a los aposentos de la princesa, y había una mujer sentada al borde de la fuente de espaldas a él, remojándose los pies. Debía tratarse de una turista que se habría separado de su grupo.

—Esta parte del palacio está cerrada al público —dijo, alzando la voz.

Sin embargo, cuando la mujer se volvió, se quedó mirándola patidifuso.

—Carrie…

¿Qué estaba haciendo allí su secretaria?

Su sorpresa se vio reemplazada al cabo de sólo unos segundos por una creciente irritación. No había vuelto a tener noticias de ella desde el día que había desaparecido sin explicación alguna. No le había dicho que estuviese descontenta con su trabajo, ni se había dignado a enviarle una carta de dimisión. Todo el mundo en la oficina la había echado de menos; hasta él la había echado de menos.

Mientras la miraba, los recuerdos de cierta noche, meses atrás, de lo ocurrido en cierta fiesta, lo asaltaron de repente. Recordó su

frustración por tener que estar allí, pues odiaba las fiestas, y cómo sus ojos se habían posado un momento en Carrie. Le había parecido que estaba tan incómoda como él, y por tratar de rescatarla había acabado sucumbiendo a la atracción que sentía por ella desde el primer día.

El modo en que Carrie le había respondido no habría podido resultar más inesperado para él. Siempre la había tenido por una chica tímida, pero aquella noche había cambiado por completo su percepción de ella.

De pronto un pensamiento cruzó por su mente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con suspicacia.

Había hecho un largo viaje para llegar hasta él. ¿Por qué? Después de aquella noche no le había prometido nada. Sólo había sido sexo y los dos lo sabían.

Carrie no podía respirar. ¿Cómo había podido pensar que estaba preparada para aquello? La intensa mirada de Nico le recordaba el modo en que la había mirado aquella noche meses atrás.

Y vestido como estaba en ese momento, de príncipe, con su uniforme de gala, resultaba incluso más intimidante.

—¿Qué estás haciendo aquí, Carrie? —repitió.

—He venido a verte.

—¿Qué te ha pasado? Pareces agotada.

La preocupación en los ojos de Nico hizo que el corazón de Carrie palpitara con fuerza.

—Necesito hablar contigo. ¿Podríamos ir a otro sitio? —inquirió mirando a su alrededor.

—¿Por qué no aquí?

—Porque me gustaría que habláramos en privado.

Una sombra de suspicacia reemplazó la preocupación en su mirada. Carrie se preguntó qué estaría pensando.

Nico miró su reloj de pulsera, lo cual indicaba que tenía algún compromiso y debería estar en otro sitio. Sin embargo, luego alzó la vista y accedió:

—Diez minutos es todo lo que puedo concederte.

«Diez minutos…», repitió ella para sus adentros, desolada. ¿Cómo iba a decirle lo que tenía que decirle en diez minutos?

Debía mantener la cabeza fría, se dijo Nico mientras abría la puerta de sus aposentos. Y tenía que mantener las distancias con

ella para no dejarse embriagar por su perfume ni por el calor de su cuerpo. Volver a verla lo había alterado más de lo que habría imaginado. Aquel encuentro era completamente inesperado.

¿Qué tenía Carrie que provocaba esa reacción en él? No era hermosa y ni siquiera tenía facilidad para desenvolverse en público, pero eso le hacía sonreír, porque él tampoco era conocido precisamente por su don de gentes.

Tenía una buena figura y una melena preciosa, pero no era una belleza ni mucho menos.

—Entra —ordenó sosteniendo la puerta, consciente de que los minutos pasaban.

Tras cerrar, Nico fue hasta el centro de la amplia sala de estar. Luego se dio la vuelta, entrelazó las manos a la espalda y se quedó mirándola con expectación.

Carrie se dio cuenta de que estaba manteniéndose lo más lejos posible de ella y junto a la puerta. Debería haberle mandado una carta por medio de un abogado en vez de ir allí, pero ya no podía dar marcha atrás.

Inspiró profundamente y dio unos pasos hacia Nico antes de detenerse. Él se puso tenso, como si estuviese preguntándose qué estaba planeando, antes de que sus ojos se oscurecieran de deseo, como aquella noche, meses atrás.

—Ah, ya veo —murmuró.

A Carrie no le dio tiempo a hablar ni a tomar aliento siquiera. Él le puso las manos en la cintura, inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos antes de susurrar algo en el dialecto del país. Ella no comprendió las palabras, pero si la intención por el tono sensual en que las había pronunciado.

Cuando volvió a besarla, entreabrió los labios para permitir el acceso a su lengua, y estaba tan abstraída en las deliciosas sensaciones que estaban apoderándose de ella que apenas fue consciente de que Nico la empujaba hacia atrás hasta que notó la pared contra la espalda.

Antes de que supiera qué estaba ocurriendo, Nico estaba quitándole la braga. Sólo se detuvo un momento para hacer un comentario sobre lo sexy que era aquella prenda de lencería. Luego se desabrochó los pantalones, se bajó la cremallera, y le puso las manos debajo de las nalgas para auparla. La ayudó para que le

rodeara la cintura con las piernas y se hundió dentro de ella.

Sosteniéndola como si no pesara nada, Nico comenzó a mover las caderas, estableciendo un ritmo primero sensual y luego más rápido, y pronto Carrie alcanzó el orgasmo. De su garganta escapó un gemido tan intenso que Nico se vio obligado a taparle la boca no fuera a oírla algún miembro del servicio.

Carrie se la mordió, y Nico la apartó y se quedó mirando las marcas que sus dientes habían dejado antes de echarse a reír.

Ella se rió también, disfrutando de aquel momento tan íntimo, hasta que él se puso serio, salió de su interior, y la dejó en el suelo.

—Ha estado bien, ¿no? —dijo—. ¿Para esto has venido?

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría para Carrie. ¿Cómo podía pensar así Nico?, ¿y cómo podía haber olvidado ella el motivo por el que estaba allí?

—Supongo que sí —añadió él con una sonrisa cínica al ver que no contestaba. Se masajeó el hombro derecho con la mano, como si lo que habían hecho hubiese sido poco más que una sesión de ejercicios en el gimnasio—. Puedes usar el cuarto de baño que hay al final de ese pasillo. Yo voy al del dormitorio a darme una ducha. Cuando acabes, haré que alguien te acompañe a la salida.

Con el corazón destrozado, Carne se dirigió aturdida hacia el pasillo que le había indicado. ¿Cómo podía haber dejado que ocurriera algo así?

Nico no dejaba de caminar arriba y abajo por el pasillo, preguntándose qué podía estar haciendo Carrie. Cuando finalmente oyó abrirse la puerta, se volvió.

Carrie estaba pálida y tenía un aspecto terrible. ¿Qué le había ocurrido durante el tiempo en que no la había visto? ¿Y qué más le quedaba por ver?, se dijo recordando las braguitas de encaje rojo. Nunca hubiera imaginado a alguien como Carrie llevando una ropa interior tan atrevida.

Ella alzó la vista y se sonrojó. Otra contradicción. ¿Cómo podía ser una mujer tan fogosa y, al instante siguiente, reaccionar como si fuese una tímida amapola? A cualquier hombre le parecería sospechoso.

Carrie se dirigía hacia donde él estaba cuando se tambaleó de pronto. Nico se apresuró a adelantarse para sujetarla. Al tenerla así, tan cerca, sentía cosas que no quería sentir. Durante toda su vida

había luchado contra sus emociones.

—¿Qué te ha pasado, Carrie?

—Tú eres lo que me ha pasado —respondió ella irguiéndose y apartándose de él—. Eres como una droga, una droga que resulta peligrosa por lo adictiva que es.

Aquello sonaba tan dramático viniendo de su «ratoncita» que Nico casi se rió. Los dos sabían que lo que había habido entre ellos sólo había sido sexo, y que eso no podría conducir nunca a nada más. Fue entonces cuando bajó la mirada y vio sus pies.

—Por amor de Dios, Carrie, ¿cómo te has hecho esas heridas?

Ella le mostró las sandalias que llevaba en la mano.

—El roce de las tiras de goma me ha hecho daño entre los dedos —murmuró.

Nico vio lágrimas en sus ojos y se reprochó haber sido tan brusco con ella, pero como siempre apartó a un lado sus sentimientos. Le echó una mirada a su reloj de pulsera y dijo:

—Habrá que hacer algo; no puedes irte con los pies así.

El pequeño cuarto de primeros auxilios estaba justo antes de las cocinas de palacio. Las paredes estaban cubiertas con azulejos de color blanco y olía a medicamentos. A Carrie los pies no le preocupaban en absoluto. Tenía que decirle a Nico lo que había ido a contarle antes de abandonar el palacio.

Nico la hizo sentarse en una silla y llenó un balde de metal con agua caliente y le añadió unas gotas de desinfectante. Luego tomó una toalla y se la echó sobre el hombro.

—Mete los pies; te irá bien tenerlos un rato en remojo —dijo—. Esas sandalias son para la playa, no para caminar por la ciudad.

—Los zapatos que traía me daban mucho calor y no pude encontrar ninguna zapatería…

—Hay docenas de zapaterías —la interrumpió él.

Sí, pero la mayoría eran demasiado caras para ella, replicó Carrie para sus adentros. No quería que pensara que necesitaba de su caridad.

Nico se quedó mirándola, como si supiese que no podía permitirse lo que vendían las boutiques de Niroli, y como si quizá incluso la admirase un poco por negarse a reconocerlo.

—De todos modos, debería haberme comprado otro tipo de calzado. Esa clase de sandalias siempre me hacen daño en los pies

—admitió ella.

—Y si lo sabías, ¿por qué…? —comenzó Nico, pero luego se quedó callado. No quería empezar una discusión—. Tiene que haber una pomada antiséptica por aquí, en alguna parte —murmuró dándose la vuelta para mirar en el armario más próximo.

Cuando la encontró, se acuclilló frente a Carrie e insistió en que le dejara ponérsela. Extendió la toalla sobre sus muslos, y puso después los pies de Carrie encima para secárselos.

Luego le aplicó la pomada, masajeando suavemente para que la piel la absorbiera bien y, a pesar de los esfuerzos de Carrie por no dejarle ver cómo la alteraba el mero contacto de sus dedos, los ojos volvieron a llenársele de lágrimas por el exquisito cuidado con que estaba haciéndolo.

—¿Te duele? —inquirió Nico.

Carrie se sintió aliviada de que hubiera malinterpretado sus lágrimas.

—No; escuece un poco.

Y entonces él hizo justo lo que más había temido ella: se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó unos cuantos billetes.

—Tienes que comprarte un calzado decente.

Carrie se quedó mirando el dinero horrorizada.

—Vamos, tómalo.

—No lo quiero —murmuró ella, sin poder apartar la vista de los billetes.

—No seas tonta.

Carrie apretó los labios y se puso de pie.

—¿Vas a indicarme dónde está la salida o tendré que encontrar a otra persona que lo haga?

Nico se incorporó y se puso delante de la puerta, bloqueándole el paso.

—¿Qué es lo que te pasa, Carrie? Tú antes no eras así.

—Porque antes era una pusilánime, quieres decir…

—No, no quería decir eso, y tú lo sabes.

A cada momento que pasaba la tirantez entre ellos era mayor, y en esas circunstancias no podía hablarle del bebé. Estaba decidida a encontrar el momento adecuado, y aquél no lo era.

—¿Te importa dejarme salir?

—No vas a marcharte de aquí hasta que no me digas por qué has venido. Necesito una respuesta, Carrie.

—¿Y la princesa Anastasia?

Nico volvió a mirar su reloj de pulsera.

—Me temo que sí tendremos que aplazar esta conversación para otro momento —dijo. Luego, mirándola fijamente añadió—: Sé que quieres algo de mí, y voy a averiguar de qué se trata.

—Sí, quiero algo —admitió ella—, pero no es lo que estás pensando.

—Está bien, hablemos ahora entonces.

—Pero… la princesa está esperándote —insistió ella—. Y llegarás tarde a la cena.

—La princesa y la cena pueden esperar.

Capítulo 5

Después de cerrar tras de sí la puerta de sus aposentos, Nico se volvió hacia Carrie. Ésta lo vio aflojarse el cuello de la camisa y pasear la mirada de un lado a otro de la habitación, como si se sintiese asfixiado allí dentro.

Sintió compasión hacia él. Nico, que amaba los espacios abiertos y la libertad, debía sentirse como un pájaro enjaulado.

Niroli era un lugar demasiado pequeño para él, y no era difícil imaginar que debía haber sido precisamente eso lo que lo había llevado a abandonar la isla e instalarse en Londres. Carrie estaba empezando a comprenderlo.

—¿Y bien? —la instó él, al ver que no decía nada.

—Yo… Esto no es fácil para mí, Nico —comenzó ella, haciendo una pausa para tragar saliva—. Cuando dejé mi puesto no tenía ni idea de que… —se humedeció los labios e inspiró profundamente—. No sabía que estaba embarazada.

—¿Qué? —inquirió él, mirándola con incredulidad.

—Estoy embarazada —repitió Carrie con una sonrisa.

A ella misma todavía le parecía mentira, y aunque había sido algo inesperado, se sentía muy feliz con la idea de ser madre.

Nico, sin embargo, se había puesto muy serio.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

El corazón le dio un vuelco a Carrie al oír aquello. De pronto tuvo la sensación de que la temperatura hubiese descendido varios grados en la habitación y le pareció como si le faltara el aire.

—Pu-pues todo —balbució aturdida.

—¿Qué quieres decir con «todo»?

—Quiero decir que eres el padre del bebé, Nico. Yo…

—¿Cómo te atreves? —masculló él en un tono gélido—. No te

tenía por esa clase de mujer —sacudió la cabeza y le dio la espalda.

—Nico, te juro que es verdad…

Cuando Nico se volvió hacia ella, sus ojos relampagueaban y sus facciones se habían endurecido.

Carrie alargó la mano hacia su brazo, pero él se apartó.

Mentira, era una sucia mentira. ¿Cómo podía Carrie estar haciéndole aquello, recordarle de la forma más cruel posible que era estéril y jamás podría formar una familia? El dolor formó una espiral en su interior, sacudiéndolo por dentro.

—Yo no soy el padre de tu hijo, Carrie —dijo. Las palabras le dejaron un regusto amargo en la lengua—. Hubo sexo entre nosotros, pero sólo fue eso: sexo —añadió con aspereza.

—Para mí fue más que eso —replicó ella.

Nico resopló y volvió a sacudió la cabeza.

—¿Y si no fue sólo sexo para ti, qué fue entonces? —exigió saber, con una furia que lo sorprendió a él mismo. No estaba seguro de poder controlar esa ira que crecía en su interior, y no quería perder los estribos. Debía poner fin a aquello cuanto antes—. ¿Creías que me iba a arrodillar ante ti a la mañana siguiente y pedirte matrimonio? —le espetó, mirándola fríamente.

—Nico, por favor… —murmuró Carrie, poniéndole la mano en el hombro.

—¡No me toques! —masculló él apartándose—. Querías aquello tanto como yo y los dos sabíamos lo que estábamos haciendo. Tú no habías bebido, y yo tampoco. El sexo no tiene nada que ver con el amor, y yo no te hice ningún tipo de promesa.

Carrie se había quedado sin habla. Estaba demasiado dolida, demasiado aturdida para responder.

—Te firmaré un cheque ahora mismo si con eso consigo que te largues y me dejes en paz —dijo Nico.

La crueldad de sus palabras obligó a Carrie a enfrentarse a la realidad. El hijo que llevaba en su vientre había sido fruto únicamente del deseo carnal de un hombre que no sentía nada por ella. Ella, en cambio, se había enamorado como una tonta de él y sabía que nunca podría dejar de amarlo, que siempre lo amaría.

—Dejémonos de juegos, Carrie.

Algo en el tono de Nico, en lo seguro que estaba de sí mismo, hizo pensar a Carrie que no estaba diciéndole todo.

—No sé qué hombre te ha dejado embarazada, ni por qué se niega a ayudarte a criar a tu hijo, pero si ha sido la desesperación lo que te ha empujado a venir aquí, dime cuánto necesitas y acabemos con esto.

Carrie lo miró de hito en hito. No podía creerse lo que Nico pensaba de ella.

—No quiero tu dinero.

—¿Qué quieres entonces?

—No quiero nada para mí; lo único que estoy pidiéndote es que reconozcas que eres el padre del hijo que llevo dentro de mí.

—Ya te he dicho que yo no puedo ser el padre. Además, ¿cómo puedo saber siquiera si es verdad que estás embarazada? —dijo él bajando la vista a su vientre, que todavía no dejaba entrever su estado, antes de volver a mirarla en busca de una respuesta.

—¿De verdad crees que te mentiría sobre algo así? ¿Cómo puedes pensar algo tan bajo y ruin de mí?

—¿Qué otra cosa voy a pensar? Estaba muy engañado respecto a ti. Nunca habría creído capaz a la Carrie que yo conocía de utilizar un supuesto embarazo para intentar conseguir algo de mí.

—Ya te he dicho que no quiero nada de ti —reiteró ella—. Y es verdad que estoy embarazada. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no eres el padre de mi hijo?

Nico apretó los labios.

—Sé que no lo soy.

—Pero no ha habido nadie más —insistió Carrie confundida—. Es tuyo…

—¿Nadie más? —repitió él con sarcasmo.

Carrie recordó entonces las braguitas rojas de encaje que había comprado en el mercado. ¿No pensaría que…?

—Nico, créeme, por favor, la primera vez que lo hicimos, yo era virgen.

—¿Virgen? —repitió él, sacudiendo la cabeza—. Esta mentira tuya está yendo ya demasiado lejos —dijo yendo junto a ella para agarrarla del brazo—. Te sugiero que te marches antes de que haga algo de lo que luego tenga que arrepentirme.

—¿Cómo qué? —le espetó ella, sin moverse de donde estaba—. ¿Qué vas a hacer, Nico?, ¿vas a pegarme? ¿Golpearías a una mujer embarazada?

Nico apretó la mandíbula.
—Jamás le levantaría la mano a una mujer.
—Igual que yo tampoco te mentiría jamás, y menos sobre algo así —aseguró ella sosteniéndole la mirada y rogando a Dios para que la creyera.
Nico no la escuchaba. Le soltó el brazo, fue hasta la puerta y la abrió.
—Márchate, por favor.
—Nico…
Él apartó la vista, como si no pudiera soportar verla un sólo momento más, y cuando habló su voz sonó fría y distante.
—No te pareces en nada a la chica dulce y tímida que trabajaba para mí. Eres mejor actriz de lo que creía, Carrie Evans, pero no soy un ingenuo y no me vas a cargar con tus errores.
Carrie alzó la barbilla.
—El bebé no es un error —replicó—. Mi único error fue dejar que me sedujeras aquella noche.
—No soy el padre de tu hijo —volvió a decir él—. Siento que tu plan haya fallado.
—¿«Mi plan»? —repitió ella, mirándolo con desolación.
No pudo decir nada más porque justo en ese momento se acercaba por el pasillo la princesa Anastasia, ataviada con un elegante vestido negro de seda con bordados en plata y pedrería.
Entró en los aposentos de Nico, se dirigió directamente a éste, y entrelazó su brazo con el de él.
—Nico querido, estaba cansándome de esperarte y al final he venido a buscarte —le reprochó en un tono meloso.
—Discúlpame, Anastasia.
Comparándose con la princesa, Carrie sabía que debía parecer una vagabunda. Si pudiera hacerse invisible y salir de la habitación…
—Me ha parecido que hablabas a voces con alguien cuando venía por el pasillo —dijo Anastasia alzando la vista hacia Nico antes de mirar a Carrie como si fuera un insecto—. Espero que no haya ningún problema. ¿Quién es esta chica? ¿Está molestándote?
—No, no hay ningún problema. Es Carrie Evans; trabajaba para mí hasta hace poco.
—Ah. Ya veo —murmuró la princesa, enarcando las finas cejas

mientras escrutaba a Carne.

—Carrie está aquí de vacaciones —mintió Nico—. ¿No es cierto, Carrie?

Carrie se negó a contestar. No iba a ayudarlo; le daba igual lo que pensara la princesa.

—Carrie, te presento a la princesa Anastasia —dijo Nico, rompiendo el tenso silencio.

Carrie la saludó con un breve asentimiento de cabeza. Si la princesa esperaba una reverencia, peor para ella.

—Y bien, Anastasia, ¿no vas a decir nada? —retó Nico a la princesa—. ¿Hay alguna razón por la que Carrie no debería haber venido a visitar el palacio, ya que está de vacaciones en la isla? —inquirió.

—No, claro que no —se apresuró a responder la princesa mirándolo con los ojos muy abiertos, como dándole a entender que ella estaba de acuerdo con cualquier cosa que dijera.

—Disculpa de nuevo la tardanza. Espero que no hayan empezado el baile sin nosotros —dijo Nico antes de hacerle una profunda reverencia.

Cuando volvió a incorporarse y miró a Carde de un modo sardónico, ésta se dio cuenta de que la había dejado fuera de la conversación a propósito para indicarle que nada tenía que hacer allí.

¿Podría haber hallado una manera más cruel de decirle cuál era su lugar?

—Por supuesto que no, caro —respondió Anastasia antes de lanzarle a Carrie una mirada triunfal.

—¿Nos vamos? —dijo Nico ofreciéndole el brazo.

Qué encantador sabía ser cuando le convenía, pensó Carrie entornando los ojos mientras la princesa se colgaba del brazo de Nico.

—Haré que te lleven de regreso a tu hotel —dijo éste, como si se hubiera acordado de repente de que aún estaba allí—. Espera en el patio; mandaré a alguien a buscarte y…

—Gracias, pero puedo volver por mis propios medios —lo interrumpió ella con la poca dignidad que le quedaba, antes de salir al pasillo.

Sin embargo, aquella actitud desafiante le duró sólo hasta que

vio a la princesa y a Nico alejarse charlando. Se quedó allí plantada, con el corazón hecho añicos, y esperó hasta que el pasillo estuvo desierto antes de desandar cabizbaja el camino por el que había llegado hasta allí.

Nico no la creía. Pensaba que le había mentido, creía que había habido otro hombre. No sabía qué más podía decirle para que se convenciera de que estaba diciéndole la verdad.

Y lo peor no era eso, lo peor era que había vuelto a dejarse llevar por la atracción que sentía hacia él, que había vuelto a entregarse a Nico como una chica fácil ávida de su atención.

Capítulo 6

El día había sido tan desastroso que Carrie estaba deseando volver al hotel, descansar, relajarse y pensar qué podía hacer para arreglar las cosas.

Había estado sentada en un banco del paseo marítimo, mirando el mar durante casi una hora, dándole vueltas a lo que había pasado y a cómo había estropeado las cosas.

Se había dejado seducir por Nico, había tenido una discusión con él e incluso se había granjeado la antipatía de la princesa. ¿Qué más podía salir mal?

Aparentemente todavía podían salir mal otras cosas, porque cuando estaba llegando a la calle donde se hallaba su hotel, vio fuego. ¡El hotel estaba en llamas!

Olvidándose de lo doloridos que estaban sus pies, Carrie echó a correr y se abrió paso entre los curiosos agolpados frente a la fachada.

—¿Hay heridos? —preguntó a un hombre mayor que estaba mirando cómo trabajaban los bomberos.

—No, no, ninguno —la tranquilizó éste—. El fuego sólo ha afectado a la cocina, pero ha dejado al hotel sin suministro eléctrico y los clientes han sido evacuados.

El primer impulso de Carrie fue ofrecerse a ayudar en lo que pudiera, y ahora que sabía que no había peligro para su bebé ni para ella, nada iba a detenerla. Le dio las gracias al hombre y se dirigió hacia la entrada.

Los dueños del hotelito seguramente estarían muy angustiados. Debía resultarles difícil ganarse la vida con un establecimiento tan pequeño, y con aquel incidente…

Lo primero que vio al entrar fue su maleta junto al mostrador,

en el vestíbulo. El conserje le dijo que todos los demás huéspedes se habían ido, y los empleados del hotel iban de un lado a otro muy atareados, intentando arreglar el estropicio que el fuego había causado.

Carrie siguió el olor a quemado hasta llegar a la cocina, donde encontró a más miembros del personal limpiando.

—Por favor, deje que la ayude —dijo a una mujer mayor que estaba hincada de rodillas, frotando el suelo con un cepillo.

La mujer alzó la vista y le dirigió una sonrisa cansada. Carrie no le dio la posibilidad de rehusar, sino que se remangó, se llevó el cubo al patio, tiró el agua sucia y lo llenó de agua limpia.

—Gracias, cariño —dijo la señora, incorporándose con dificultad.

—No me dé las gracias, por favor —replicó Carrie—. No es ninguna molestia.

Abrió el armarito que había debajo del fregadero y allí encontró detergente, pero cuando se volvió, la mujer se había ido.

Bueno, había mucho que hacer, pensó Carrie; habría ido a encargarse de otra cosa.

Se arrodilló sobre el paño que había dejado en el suelo la mujer, y se concentró en terminar el trabajo.

Mientras frotaba el suelo con el cepillo se preguntó si tal vez aquella mujer no sería la dueña del hotelito. Le había parecido ver en sus ojos la expresión dolida de alguien cuyo sueño se desvanecía en el aire, igual que una columna de humo.

Cuando terminó, se levantó y admiró su trabajo con las manos apoyadas en la parte baja de la espalda. Había merecido la pena. El suelo brillaba, relucía como nuevo y olía a limpio.

—¿Qué diablos estás haciendo tú aquí?

Carrie dio un respingo al oír aquella voz familiar. ¿Nico? La misma pregunta podría hacerle ella a él: ¿qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué estaba tan furioso?

—Me aseguraron que todos los huéspedes habían sido evacuados —dijo.

—Todos excepto uno —contestó Carrie sosteniéndole la mirada. No estaba dispuesta a dejarse intimidar—. ¿Y tú?, ¿qué estás haciendo aquí?

—No deberías estar limpiando suelos en tu estado —la reprendió

él—. ¿Te ha dicho alguien que lo hicieras?

—Por supuesto que no —replicó ella irritada—. Por si lo dudabas, también soy capaz de hacer cosas por iniciativa propia.

La sorprendió ver arquearse una de las comisuras de los labios de Nico. ¿Desde cuándo tenía sentido del humor?

—¿Y cómo piensas llegar al hotel en el que se ha realojado al resto de los huéspedes? —preguntó Nico.

—Pues iré a pie o tomaré un taxi.

—Ya lo creo que no —dijo con firmeza una voz femenina detrás de ellos.

Los dos se volvieron, y Carrie vio en el umbral de la puerta a la mujer a la que había sustituido en la tarea de fregar el suelo.

—¡Madre! —exclamó Nico.

¿«Madre»? Carrie lo miró de hito en hito y parpadeó antes de volver la cabeza. ¿Aquella era la princesa Laura?

—No pienso consentir que dejes que esta joven se vaya a otro hotel —dijo la mujer a Nico—. Insisto en que la lleves a palacio. Será mi invitada.

Nico no se atrevió a objetar.

—Éste pequeño hotel fue el regalo de bodas que me hizo el padre de Nico cuando nos casamos —explicó la princesa Laura a Carrie—. Para mí es muy especial. Por eso cuando supe que se había producido un incendio vine corriendo. Gracias a Dios que los daños no han sido importantes.

Carrie no podía dejar de mirarla. La mujer que tenía frente a ella era la abuela de su bebé, además de la princesa Laura de Niroli, y acababa de invitarla a alojarse en el palacio. Aquello era increíble.

Consciente de que no era de buena educación mirar a alguien fijamente, Carrie apartó la vista, notando que se le subía el color a las mejillas por la emoción contenida.

—Esta encantadora joven llegó y, en vez de preocuparse por su equipaje o por adonde iba a ir, se ha puesto a ayudarnos. ¿No te parece que ha sido muy amable? —comentó la princesa Laura a su hijo.

—Ya lo creo, Alteza —contestó Nico con cierta tirantez, pues aún parecía seguir enfadado con ella.

—Nada de títulos aquí, Nico —dijo su madre en tono de reproche—. Y tú puedes llamarme Laura, cariño —añadió mirando

a Carrie con una cálida sonrisa.

—Yo me llamo Carrie…, Carrie Evans —respondió ella algo más relajada, aunque a Nico no pareciese haberle sentado bien que se hubiese ganado la simpatía de su madre—. Hasta hace unos meses trabajaba para Nico, en Londres.

—Vaya, qué pequeño es el mundo.

—Carrie está aquí de vacaciones —se apresuró a intervenir Nico, repitiendo la misma mentira que le había dicho a la princesa Anastasia.

—Bueno, pues en compensación por tu amabilidad me ocuparé personalmente de que tu estancia aquí sea lo más agradable posible; es lo menos que puedo hacer —dijo la princesa Laura a Carrie—. Nico, por favor, encárgate para que alguien envíe el equipaje de Carrie al palacio. Ella vendrá conmigo en mi coche.

Carrie estaba todavía aturdida por haber llegado al palacio en una limusina de la Casa Real mientras la princesa Laura la conducía a los que serían sus aposentos.

Nunca había visto nada parecido. El dormitorio parecía sacado de un cuento de hadas, con las cortinas de muselina, la cama con dosel, los exquisitos bordados de la colcha y los almohadones, adornados con el más fino encaje.

El sol se filtraba a través de las contraventanas y el ventilador de palas que giraba en el techo expandía un olor a lavanda y agua de rosas.

Era una habitación muy confortable a pesar de lo enorme que era. Y el baño también era una maravilla. Las paredes estaba recubiertas con mármol rosa de Carrara, la bañera era redonda e inmensa, y en las estanterías había tantos productos para el baño y de belleza, que con ellos podría montarse una pequeña tienda.

La princesa le había explicado que se los enviaban distintas casas de cosmética de todo el mundo, y le había insistido en que los probara todos.

Carrie decidió que le haría caso y se dispuso a darse un baño relajante antes de acostarse. Necesitaba templar sus nervios para intentar hablar con Nico al día siguiente.

Nico, que acababa de levantarse, todavía no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Carrie se alojaba en el palacio por invitación de su propia

madre, y eso significaba que no había nada que él pudiese hacer al respecto.

Si su madre supiese el verdadero motivo por el que Carrie había ido a Niroli…

Se frotó el rostro con las manos, se bajó de la cama y fue hasta la ventana, que se asomaba a los jardines.

A lo lejos se divisaba el lago y, en circunstancias normales, aquella vista lo habría relajado, pero en ese momento tuvo que apretar los dientes y volver a recordarse que había sido su madre quien había invitado a Carrie, y que la había animado a moverse por el palacio y sus alrededores como si estuviese en su propia casa.

Parecía que eso era lo que estaba haciendo en ese preciso momento, caminando descalza por los jardines.

¿Dónde se creía que estaba?, ¿en el parque municipal?

Tratando de contener su irritación, Nico se dio la vuelta y se sacó la camiseta por la cabeza mientras se dirigía al cuarto de baño, donde se acabó de desnudarse. Luego se metió en la ducha y abrió el grifo. Carrie estaba yendo demasiado lejos. Tenía que averiguar a qué estaba jugando antes de que aquello se le fuera de las manos.

Entre tanto, en los jardines, Carrie se había sentado a descansar a la sombra de un sauce llorón. Había desayunado con la princesa Laura, y una vez más la amabilidad de ésta casi la había llevado al borde de las lágrimas.

El hecho de que fuese la abuela de su bebé y no pudiese decirle la verdad la hacía sentirse muy culpable.

Dejando a un lado que además era un miembro de la realeza, cualquier niño sería afortunado de tener por abuela a una mujer tan encantadora como la princesa Laura.

Carrie se acurrucó sobre el blando y suave césped que crecía bajo el sauce, y le hizo en silencio a su bebé la promesa de que hallaría el modo de solucionar las cosas antes de abandonar Niroli.

No sabía cómo, pero tenía que conseguir que Nico entrara en razón, por el bien de su hijo, que de nada tenía culpa.

Una ligera brisa se levantó sobre los jardines meciendo las flexibles ramas del sauce, que colgaban sobre ella como una cortina, y Carrie sintió que se le cerraban los ojos.

—¿Tienes idea de la impresión que da esto?

Carrie se despertó con un respingo al oír aquella voz

increpándola y, al alzar la vista, vio a Nico de pie a su lado.

Haciéndose visera con la mano sobre los ojos, intentó ordenar sus pensamientos. Debía haberse quedado dormida.

—No puedes ir por ahí descalza como si esto fuera un parque público y luego echarte en el césped a dormir la siesta.

Azorada, Carrie se apresuró a ponerse de pie. Se tambaleó un poco, porque se había levantado demasiado deprisa, y aunque Nico alargó la mano para sujetarla, en cuanto hubo recobrado el equilibrio la soltó.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —inquirió ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le espetó Nico irritado—. ¿Te has propuesto causarme el mayor sonrojo posible mientras estés aquí? Mira qué pelo tienes y cómo te has arrugado el vestido. Pareces un espantapájaros.

—La ropa que me traje de Londres me da demasiado calor —explicó ella, peinándose el cabello con la mano. Luego, preguntándose por qué tenía que darle explicaciones, inquirió con sorna—: ¿Cómo tendría que haberme vestido para pasear por los jardines de palacio?

Nico la miró con los ojos entornados, esforzándose por olvidar las hojitas secas de sauce que se habían pegado a su melena rojiza y que le daban un aspecto adorable.

No podía imaginarse un contraste mayor con la princesa Anastasia, que iba siempre impecablemente vestida y peinada.

—Has sido muy lista, granjeándote la confianza de mi madre —murmuró—. Si se te cierra una puerta, buscas otra, ¿no es así, Carrie?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Acaso crees que fui yo quien provocó el incendio en el hotel?

—Lo único que estoy diciendo es que no hay duda de que has sabido sacarle el mayor partido a la situación.

—¿Qué situación?

—Ahora me dirás que no sabías que ese hotel era propiedad de mi madre.

Carrie lo miró boquiabierta. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Por supuesto que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—No lo sé; dímelo tú. Supongo que lo leerías en una revista, o

tal vez estuviste buscando información sobre mi familia en internet antes de venir.

—¿De verdad piensas eso? ¿Me crees capaz de urdir algo así?

—Creo que eres una chica lista y que has venido aquí con una intención muy clara. Te conozco porque hemos trabajado juntos, Carrie, y sé que eres una persona concienzuda, que no deja un solo detalle al azar. No habrías venido hasta aquí si no lo tuvieras todo atado y bien atado.

—Te equivocas —replicó ella con firmeza—. Para tu información, fue el taxista quien me recomendó el hotel de tu madre.

—Oh. Un giro del destino, ¿no es eso?

—Desde luego no fue algo planeado.

—Ya. Y quieres que me lo crea, igual que tus otras mentiras.

—No te he mentido; todo lo que te he dicho es verdad.

La tensión entre ellos estaba aumentando por momentos, y Nico estaba tan cerca de ella que Carrie podía ver las motitas de color ámbar de sus ojos azules.

De pronto, Nico agachó la cabeza y la besó suavemente en la mejilla, a sólo unos milímetros de los labios y, para vergüenza suya, Carne se encontró alzando el rostro hacia él, como por inercia, y cerrando los ojos.

—Ése es tu problema, ¿no es así, Carrie? —inquirió él—. Eres una chica fácil y has acabado metiéndote en un enredo del que no puedes salir.

Carrie volvió a abrir los ojos y apartó el rostro dolida.

Nico la tomó de la barbilla, y le giró la cabeza, obligándola a mirarlo.

—Te las ingeniado para llegar hasta mí, y ahora crees que vas a pasar una tranquila temporada en palacio, ¿no es verdad? Pues deja que te diga que no va a ser así. Tienes veinticuatro horas para marcharte.

El desprecio en su mirada se le clavó en el alma como un puñal a Carrie, que cerró los ojos con fuerza.

Dijera lo que dijera no la creería, pero no podía irse de la isla sin luchar.

—Pienses lo que pienses de mí, tenemos que hablar —dijo—. No me iré hasta que me escuches.

—¿Estás amenazándome, Carrie?

—Estoy constatando un hecho.

—Al final, va a ser cierto eso que dicen de que no hay mayor peligro que la ira de una mujer desdeñada.

—¿Crees que estoy haciendo esto para vengarme de ti?

—¿Por qué si no?

—¿Estás diciéndome que piensas que he venido hasta Niroli porque no puedo olvidar lo que paso entre nosotros? —no podía negar que en parte era cierto, pero Nico ya le había dejado claro que no tenía ningún interés en ella, y no iba a perder el tiempo con una causa perdida; no cuando había algo mucho más importante: su bebé—. Entonces es que no me conoces; no me conoces en absoluto.

—Tal vez haya llegado el momento de que lleguemos al fondo de esta cuestión —contestó él en un tono gélido—. ¿Empezamos por ponernos de acuerdo en cuánto tendría que darte para librarme de ti?

Carrie dio un respingo.

—Lo único que te pido es que me concedas media hora de tu tiempo para que hablemos.

—¿Cuándo?

—Mañana, después de la cena —respondió ella.

No quería apresurarse. Ya había intentado ser espontánea y directa, y no había funcionado.

Nico apretó la mandíbula.

—Creía haberte dado un plazo de veinticuatro horas para marcharte —le recordó. Luego se quedó mirándola y entornó los ojos, comprendiendo—. Ah…, ya veo. Mi madre ha invitado a su protegida a la cena de mañana por la noche.

—Sólo te estoy pidiendo media hora; estoy segura de que podrás perder media hora conmigo.

—Estás segura de muchas cosas, ¿no es así?

Carrie decidió no seguirle más el juego.

—Hasta mañana, Nico —respondió.

Luego se dio la vuelta y se alejó, con el corazón lleno de dolor por lo que pensaba de ella.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, cuando Carrie se despertó, durante unos segundos se sintió desorientada.

Sólo al incorporarse recordó dónde estaba. Se bajó de la cama, y fue descalza hasta el balcón para descorrer los pesados cortinajes y dejar que la luz del alba inundara la habitación.

Abrió las puertas cristaleras y salió fuera.

El lago estaba tan hermoso teñido por la suave luz del amanecer que durante un buen rato se quedó mirándolo en silencio y pensando en lo feliz que podría haber sido aquel momento para ella si las cosas fueran distintas, si le importase algo a Nico, aunque sólo fuese un poco.

Parecía que iba a ser otro día de calor. Con un suspiro volvió dentro y decidió dejar de pensar en imposibles.

Claro que había otras cosas que le preocupaban, como la princesa Laura. Era un mujer tan encantadora que se sentía mal por estar ocultándole la verdad.

Y lo peor era que la princesa parecía aceptar todo lo que le decía sin cuestionarlo. Habían trabado una buena amistad, y habían descubierto que tenían en común su amor por la naturaleza y la pintura, y a Carrie cada vez se le hacía más difícil ocultarle lo que sentía por su hijo.

Además, sabía que no iba a ocurrir ningún milagro, y que no podía perder el tiempo en sueños vanos. El bebé que llevaba en su vientre no era una ilusión, y necesitaba algo tangible si quería un futuro para él.

La princesa Laura había encargado que sirvieran a Carrie el desayuno en su habitación y, al ver que ya estaba vestida, la doncella insistió en que le dejase prepararle la mesa en el balcón.

—Bueno, si no es molestia… —dijo Carrie.

—Por supuesto que no, *signorina* —aseguró la doncella con una sonrisa tímida.

La madre de Nico la había instalado en unas habitaciones próximas a las suyas, y le había confiado que allí sólo alojaba a invitados especiales como ella.

Carrie se había sentido aún más culpable cuando le había dicho aquello. No creía que pudiese seguir ocultándole por mucho más tiempo la verdad.

En ese momento llamaron a la puerta. Carrie fue a abrir, pero en el pasillo no había nadie. Extrañada, miró a un lado y a otro pero no vio a nadie.

Sin embargo, cuando iba a volver a cerrar, vio que en el suelo había un sobre.

Lo recogió y leyó la nota que contenía. No podía dar crédito a sus ojos. Era de la princesa Laura, y en ella le pedía que prolongara su estancia en Niroli.

Tenemos muchas habitaciones libres, Carrie, y disfruto mucho de tu compañía. Por favor, di que sí.

Emocionada, Carrie apretó la cuartilla contra su pecho. Si no supiese quién era el padre de su bebé y pudiese elegir a una abuela para su hijo, sin duda, elegiría a la princesa Laura.

Sin embargo, Nico jamás lo permitiría. La princesa Laura tenía todas las cualidades que una abuela debería tener, pero era como un cáliz dorado, fuera del alcance de su bebé.

Cuando vio a su madre avanzando en dirección a la piscina, Nico frunció el entrecejo.

Acababa de terminar la última vuelta de una serie de largos. Miró su reloj de pulsera para ver si había hecho un buen tiempo. Mil quinientos metros de estilo libre en algo más de quince minutos. No se acercaba a la marca olímpica, pero no estaba mal.

Plantó las manos en el borde de la piscina y se impulsó hacia arriba para salir del agua.

Ya fuera, tomó la toalla que había dejado sobre una tumbona y se puso a secarse la cara para ocultar la sonrisilla maliciosa que se había dibujado en sus labios al ver la expresión en el rostro de su madre, ahora que sólo estaba a un par de metros. Parecía indignada, y tenía la impresión de que quien la había irritado era él.

Le hacía mucha gracia ver a su madre en plan «defensora de la justicia». Aunque rara vez alzaba la voz ni se enfadaba, era una mujer fuerte y decidida.

Probablemente aquello era lo que la había ayudado a salvarse en el accidente que había segado las vidas de su padre, su tío y su tía.

Para su madre había sido un golpe durísimo, pero se había volcado aún más en los proyectos solidarios de las distintas asociaciones con las que colaboraba, y gracias a aquello había logrado a sobreponerse poco a poco a la tragedia.

Nico acabó de secarse, se lió la toalla en torno a la cintura y miró a su madre, que acababa de pararse frente a él con los brazos en jarras.

—Le he dicho a Carrie que, como invitada mía que es, puede quedarse tantos días como quiera —anunció.

Luego se quedó allí plantada, desafiándolo a contradecir su voluntad, pero Nico no dijo nada, y su madre, dándose por satisfecha, se giró sobre los talones y regresó por donde había venido.

Irritado, Nico apretó los dientes mientras la veía alejarse. No iba a tolerar que Carrie campara por el palacio a sus anchas y que se aprovechara de la bondad y la ingenuidad de su madre.

Por suerte, ésta parecía no saber nada del supuesto embarazo de Carrie, pero aun así, el que prácticamente hubiese ido a decirle que la dejase tranquila o se las vería con ella… Aquella situación era insostenible.

Si pudiera, se cargaría a Carrie al hombro, la llevaría al aeropuerto él mismo y la pondría en el primer vuelo que saliese de la isla.

Por el momento no tenía más remedio que tolerar su presencia, pero no iba a dejar de vigilarla, y esperaría el momento adecuado para desenmascararla.

«Necesitas ropa nueva, cariño», era lo que le había dicho la madre de Nico.

Si algo había aprendido Carrie en el poco tiempo que llevaba en el palacio, era que a la princesa Laura no podía llevársele la contraria. De hecho, había intentado decirle que podía arreglárselas con lo que tenía, y ella le había impuesto silencio enarcando una ceja.

Esa noche había otra cena de gala, le había dicho, a la que ella por supuesto estaba invitada y no podía ir con el vestido de algodón que había comprado en el mercado.

La princesa había hecho llamar a la modista y las costureras de palacio, y habían ido a sus aposentos con metros de tela: sedas, tules, satén… Habían subido a Carrie a un taburete y aquellas mujeres habían obrado magia con sus tijeras, agujas, y alfileres, confeccionando ante sus ojos el vestido más hermoso que hubiera podido imaginar.

Había sido como un sueño. Y quizá lo hubiese disfrutado más si de verdad hubiese sido un sueño, pero sabía que no pertenecía a aquella clase de mundo y que Nico no sentía nada por ella.

—Adelante —contestó al oír que llamaban a la puerta.

Era la joven doncella que la princesa le había asignado. Le hizo una pequeña reverencia.

—No tienes por qué hacer eso; sólo estoy aquí porque me han invitado a quedarme unos días —dijo Carrie incómoda.

—Ya está aquí su ropa, *signorina*.

La doncella abrió la puerta del todo y Carrie se quedó pasmada al ver desfilar dentro de sus aposentos a varios miembros del servicio cargados con varias cajas y bolsas.

—Esto debe ser un error —murmuró Carrie preocupada, siguiéndolos hasta el saloncito—. Yo no he pedido todo esto.

—La princesa Laura insiste —la informó la doncella.

Tampoco podía rehusar. Los sirvientes ya le habían dejado todo allí y estaban saliendo de nuevo por la puerta. Mientras Carrie permanecía patidifusa en medio de la habitación, la doncella sacó varias prendas de una de las cajas y las llevó al vestidor para colgarlas.

—¿Estás segura de que esto no es un error?

—Muy segura, *signorina* —contestó la doncella volviéndose hacia ella—. La princesa…

—Sí, ya sé: «la princesa insiste» —la interrumpió Carrie con una sonrisa.

La doncella le devolvió la sonrisa, y Carrie se puso a ayudarla.

Cuando colgaron el vestido que le habían hecho para la cena de esa noche, Carrie no pudo evitar quedarse mirándolo admirada. Era una auténtica obra de arte y lo habían confeccionado en un tiempo

récord. Verdaderamente, parecía cosa de magia.

El vestido tenía sujeta una nota de la princesa con un alfiler. En ella le decía que, como una invitada especial que era, quería que se sentara a su lado esa noche en la mesa principal. El corazón de Carrie palpitó con fuerza. Eso significaría que iba a estar sentada también en la misma mesa que Nico.

¿Cómo iba a fingir que no sentía nada por Nico sentada cerca de él y con la princesa Anastasia poniéndola celosa todo el tiempo?

Pero no podía rehusar aquella invitación; sería una descortesía hacia la madre de Nico.

Y respecto a toda aquella ropa… La verdad era que estaba abrumada, pero la princesa Laura sólo pretendía ayudarla para que no se sintiese fuera de lugar. La cena de esa noche era de gala, y nada de lo que había metido en su maleta al salir de Londres resultaba apropiado. Consideraría el vestido como un préstamo.

Carrie volvió a leer la nota y una vez más se sintió avergonzada por estar ocultándole la verdad.

Habían hablado de muchas cosas, se habían hecho confidencias… Carrie incluso le había hablado de su sueño de convertirse en una artista profesional.

Después de que la doncella la dejara a solas, diciéndole que volvería más tarde para ayudarla a vestirse, Carrie decidió que tal vez le fuera bien un paseo para relajarse.

De hecho, estaba ocurriéndosele una idea. Podría pintar un cuadro para mostrarle su agradecimiento a la princesa Laura por todo lo que estaba haciendo, un cuadro de los jardines de palacio.

Mientras paseaba vio varios lugares donde podría colocar un caballete para pintar. Había serpenteantes caminos de tierra, pequeñas arboledas con un aire más agreste, y también zonas de setos recortados con formas caprichosas.

Se alegraba de haberse llevado un cuaderno de dibujo y sus lápices. Así podría hacer unos cuantos bosquejos.

Se quitó las sandalias y bajó con ellas en la mano hasta el lago. Sin embargo, cuando ya estaba acercándose a la orilla vio algo que la hizo pararse en seco.

Nico estaba allí con Anastasia, y parecía que iban a dar un romántico paseo en barca. La princesa estaba guapísima, ataviada con un vestido de seda de colores vivos que le quedaba como un

guante, y unos zapatos de tacón que Nico le estaba haciendo quitarse.

Riéndose, Anastasia se agarró a su brazo para no perder el equilibrio mientras se descalzaba. Luego se colocó un gran sombrero de paja en la cabeza, y alzó la vista expectante hacia Nico.

Sin embargo, éste no estaba prestándole atención. Tenía la mirada perdida en la lejanía.

Carrie se quedó observándolo y entonces, de pronto, él giró la cabeza lentamente y sus ojos se encontraron.

A Carrie le dio un vuelco el corazón. Era como si hubiese un vínculo invisible entre ellos.

La princesa la había visto también, y de inmediato torció el gesto. Sin duda, no estaba acostumbrada a perder la atención de un hombre; ni siquiera durante un minuto. Tiró de la manga a Nico, y éste se volvió hacia ella. Luego esbozó una gentil sonrisa, y le ofreció la mano para ayudarla a subir a la barca.

Eran la pareja perfecta, pensó Carrie celosa. Los dos tan guapos, con tanto estilo…

Comparada con ellos, se sentía insignificante; minúscula como una mota de polvo. Quería darse la vuelta y salir corriendo de regreso al palacio, pero era como si sus pies se negasen a moverse, obligándola así a contemplarlos mientras se alejaban en la barca. Nico iba concentrado en remar, pero la princesa, sin duda consciente de que estaba mirándolos, se echó el cabello hacia atrás y dejó escapar otra de esas risitas tontas tan irritantes.

Desear el mal a los demás no era muy piadoso, pero en ese momento Carrie se encontró deseando con todas sus fuerzas que la barca volcase y aquella presuntuosa se cayese al agua.

Capítulo 8

Mientras se preparaba para la cena de esa noche, Carrie estaba nerviosa y excitada a partes iguales. También estaba decidida a no dejar en mal lugar a la princesa Laura.

Quería dar la mejor imagen posible de sí misma, pero poco podía imaginar la calamidad que se avecinaba cuando la doncella fue a buscar el vestido al armario.

Carrie se asustó al oír el grito ahogado que dejó escapar, y fue corriendo al vestidor.

—¿Qué ocurre?, ¿estás bien?, ¿te ha pasado algo? —inquirió preocupada, asiendo por los hombros a la muchacha.

—Su… su vestido, *signorina*… Su precioso vestido… No lo encuentro.

—Pero no puede haber desaparecido —replicó Carrie con toda lógica—. Vamos a buscarlo juntas. Hay tantos vestidos que seguramente se te ha pasado. Tú empieza por un lado y yo empezaré por el otro.

Sin embargo, poco a poco la confianza de Carrie fue disminuyendo. Incluso repasó una segunda vez todos los vestidos, diciéndose que aquello era imposible.

—¿Quizá podría ponerse otro, *signorina?* —sugirió la doncella, con una nota de desesperación en su voz.

Carrie, que se sentía peor por la chica que por ella, dejó a un lado su preocupación y le dijo tratando de sonar animada:

—Qué buena idea. Ayúdame a escoger uno.

El problema era que ninguno de los otros podía siquiera compararse al vestido perdido.

—Podría ir a mirar en las otras habitaciones —dijo la chica al borde de las lágrimas—. Tal vez se lo volvieron a llevar pensando

que había habido un error.

—No sé que puede haber pasado, pero no hay tiempo para ponernos a buscar por todo el palacio —apuntó Carrie.

—Por favor, por favor, *signorina*, déjeme ir a mirar. ¿Y si lo encontrase?

—Está bien, pero no te preocupes si no aparece —insistió Carrie —. Esto no es culpa tuya. Mientras pensaré qué podría ponerme, por si no aparece.

Cuando la chica hubo salido Carrie empezó a seleccionar unos cuantos vestidos, pero por una u otra razón ninguno parecía apropiado.

Algunos tenían un escote vertiginoso, y a una mujer con poco pecho le sentarían bien, pero no a ella. Otros eran demasiado cortos para una cena de gala. Y eso por no hablar de los zapatos. Todos tenían unos tacones altísimos, y le daba pánico la sola idea de tener que ponérselos. No estaba acostumbrada a esa clase de calzado y no quería parecer un pato mareado.

Los minutos pasaban y la doncella no regresaba. Carrie fue hasta la ventana y observó con aprehensión las limusinas que estaban llegando al palacio y los elegantes invitados que salían de ellas.

La princesa Laura había querido vestirla para que no se sintiese incómoda con aquellas personas, pero su esfuerzo se había echado a perder. No podía seguir esperando a la doncella.

No quería hacerle a la madre de Nico el feo de llegar tarde. No le quedaba más remedio que ponerse alguno de los otros vestidos.

Sin embargo, para espanto suyo, descubrió que todos los vestidos del armario le quedaban pequeños. Aquello no tenía sentido. La modista de la princesa Laura le había tomado medidas para saber cuál era su talla. Resultaba difícil creer que hubiese podido cometer un error así. Estaba empezando a pensar que alguien había preparado todo aquello para humillarla.

Hecha un manojo de nervios, volvió al armario y escogió un vestido largo de color azul grisáceo… por la única razón de que se escurrió de la percha y cayó al suelo.

Una vez hubo logrado embutirse en él, se dio cuenta de que no podía abrochar los pequeños botones que tenía el vestido en la espalda. Miró el reloj. Entrar en el salón después que el Rey sería una falta tremenda, y no quería avergonzar a la princesa Laura.

¿Dónde estaba la doncella? ¿La habrían secuestrado por el camino?

Estaba segura de que alguien se había llevado el vestido y quizá esa misma persona se había encontrado a la doncella y la había mandado a algún recado para retrasarla, se dijo mientras luchaba con los minúsculos botones.

La única manera de poder abrochárselos ella sola era darle la vuelta al vestido, abrocharlos, y luego volver a ponerse bien el vestido. Sin embargo, con lo justo que le quedaba, aquello fue poco menos que una proeza, y cuando acabó estaba roja como un tomate y se había deshecho el esmerado recogido que le había hecho la doncella. Además el cuerpo del vestido le apretaba el pecho. No podía estar más incómoda.

Y todavía le faltaba escoger unos zapatos. Pero… ¿cómo iba a ponérselos si casi no podía ni agacharse? Haciendo malabarismos logró calzarse un par.

Las revistas de moda aconsejaban a las mujeres rellenitas usar zapatos de tacón para estilizar su figura, pero ella se sentía en ese momento como una especie de ave zancuda.

Tomó unas cuantas horquillas del tocador, y se arregló el pelo lo mejor que pudo a todo correr antes de salir de sus aposentos.

Cuando ya estaba llegando al salón aminoró el paso y trató de imitar a los demás, lo cual no resultaba demasiado fácil con lo incómoda que estaba embutida en aquel vestido. Además, mientras que ella iba sola, todos los demás parecían tener acompañante o formar parte de un grupo.

Tendría que imaginarse que estaba interpretando un papel, se dijo. Era alta y elegante, comenzó a repetirse como un mantra; era una mujer de mundo, una mujer con confianza en sí misma… Dios, ni ella misma se lo creía.

Carrie deseó que se la tragara la tierra cuando cruzó las puertas del salón y vio a la princesa Laura esperándola. Estaba charlando animadamente con un grupo de amigas, elegantísima con un vestido largo de color lila. El cuerpo y la falda estaban salpicados de pequeños brillantes, y llevaba una diadema de diamantes en la cabeza.

Luego vio que Nico estaba al lado de su madre, guapísimo con su uniforme de gala, y se puso aún más nerviosa. Necesitaba unos

minutos a solas para calmarse. De hecho, un poco de aire fresco no le iría mal, se dijo desviándose hacia un pasillo lateral al ver las puertas que conducían a los jardines.

Un miembro del servicio se la abrió para que saliera y, en cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, Carrie respiró aliviada. Hizo unos ejercicios de respiración para calmarse, y sólo habrían pasado un par de minutos cuando se dio la vuelta para volver dentro, pero se encontró con que habían apagado las luces del pasillo. Luego, para su espanto, se dio cuenta al empujar el picaporte hacia abajo de que habían cerrado por dentro.

Presa del pánico sacudió el picaporte y pegó la nariz al cristal, pero sabía que así no conseguiría nada. Tendría que encontrar otra manera de entrar.

Al oír voces a lo lejos se dirigió en aquella dirección y descubrió con alivio que por allí se llegaba a las cocinas. Parecía que habían dejado las puertas abiertas para permitir que saliera el calor.

El personal de la cocina se quedó muy sorprendido al ver a una de las invitadas entrar por allí, y algún que otro pinche le lanzó un silbido mientras ella se excusaba y se abría paso entre ellos.

Con las mejillas ardiendo, Carrie se dijo que ya era tarde para preocuparse por el pecado capital de presentarse en el salón después de que hubiese llegado el Rey.

El mayordomo que había a la entrada del comedor se quedó tan patidifuso al verla aparecer que ni siquiera la detuvo.

El murmullo de las conversaciones cesó, y en el tenso silencio que cayó sobre la sala como un pesado manto, los latidos de su corazón resonaban aún con más fuerza en los oídos de Carrie.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella, y debía haber al menos quinientas personas. Detrás de ella empezaron a aparecer camareros con bandejas, que la rodeaban para pasar, y Carrie se quedó allí de pie, aturdida, sabiendo que no podía darse media vuelta y volver por donde había venido, pero incapaz de dar un paso.

Y entonces, de pronto Nico apareció a su lado. Carrie tomó agradecida el brazo que le ofreció, y mientras avanzaban hacia la mesa principal hizo lo que pudo por no prestar atención a los comentarios hirientes que algunas personas murmuraban a su paso.

A pesar de que al ver a Carrie aparecer de esa guisa casi se le

había atragantado el vino, Nico tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una sonrisilla divertida cuando ella ocupó el asiento vacío entre su madre y él.

Seguramente se sentía mortificada por la aparición que había hecho… y especialmente de esa guisa, pero él siempre había detestado aquellos eventos tan encorsetados de palacio y, sin pretenderlo, Carrie había conseguido distender el ambiente.

Algunas personas cuchicheaban de un modo desaprobador, sí, pero a otras, como su abuelo, parecía haberles hecho gracia.

En cualquier caso, Nico no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien había roto el protocolo de esa manera.

—Mi madre me ha dicho que ha debido haber algún problema con el vestido; que éste no es el que te tenías que poner —dijo inclinándose hacia Carrie—. Deberías hacer algo al respecto.

—¿Y qué sugieres que haga? —le espetó ella irritada.

Sólo entonces se dio cuenta de que estaba mirándole el escote y, al bajar la vista, se puso colorada como un tomate.

El ajustado cuerpo del vestido apenas podía contener sus senos, y tuvo que tirarse de aquí y de allí para impedir que ocurriera un desastre delante de todo el mundo.

Nico no pudo resistirse a provocarla un poco.

—Encantadora —murmuró con sorna—. Tanta gracia, tanto estilo… Desde luego, para ser una invitada de la Casa Real has dado la nota.

—Si hubieras querido dialogar conmigo como una persona razonable y hubieras querido escuchar lo que tengo que decirte no estaría aquí ahora —apuntó ella poniéndose tensa.

—Tal vez, pero entonces me habría perdido esto.

—A lo mejor a ti te parece gracioso porque estás acostumbrado a asistir continuamente a este tipo de actos y estás muy relajado, pero te aseguro que ponerse en ridículo delante de quinientas personas, a mí personalmente no me divierte en absoluto.

Nico se dio cuenta de que la había molestado.

—Carrie, espera, yo no… —dijo intentando detenerla cuando la vio levantarse.

Pero fue demasiado rápida para él, y hasta le hizo una reverencia a su madre y otra al Rey antes de agarrarse las faldas del vestido y salir del comedor.

A él no le dejaba otra alternativa más que ir tras ella.

Al poco de haber abandonado el salón, Nico logró dar alcance a Carrie, porque ésta se había parado a quitarse los zapatos.

—¿Qué se supone que pretendes, Carrie? —la increpó—. Lo que acabas de hacer, salir corriendo de ese modo…

Carrie, que estaba enrollándose la larga cola del vestido en torno a las caderas, no le prestó la menor atención.

—¿Quieres parar? —le pidió mirando a un lado y a otro, preocupado por que alguien la viera.

—De algún modo tengo que caminar, ¿no? —le espetó ella, frustrada, y con un sollozo, se dio por vencida y dejó caer la falda del vestido.

Fue entonces cuando Nico se dio cuenta de que estaba llorando.

—Vamos, te acompañaré a tus habitaciones —dijo, algo avergonzado de sí mismo.

—Volveré a bajar en cuanto encuentre algo más digno que ponerme. Le prometí a tu madre que iría a esta cena y no voy a faltar a mi promesa. Voy a darme una ducha, y veré si puedo encontrar alguna otra cosa que no me haga parecer una salchicha. Si no es mucho pedir, por favor, preséntales mis disculpas a tu madre y al rey, y diles que si me lo permiten me uniré a ellos aunque sea para los postres o el café.

—¿Y también esperas que vuelva a subir para acompañarte de regreso al salón?

Había un matiz burlesco en el tono que había empleado, pero le había sorprendido que no fuese a rendirse, que no fuese a quedarse allí a llorar, sino que estuviera dispuesta a enfrentarse de nuevo a toda aquella gente.

—Te lo agradecería —contestó ella con dignidad.

Nico se dio la vuelta y se alejó. La desconfianza que sentía hacia Carrie estaba empezando a chocar con cierta admiración que acababa de despertar en él.

Después de todo, era digno de admirar: había hecho el ridículo más espantoso delante de más de quinientas personas y, aun así, iba a volver y tratar de enmendar su actuación.

Carrie sintió deseos de abrazar a la doncella. No sólo había logrado encontrar el vestido desaparecido, sino también averiguar quién estaba detrás de su desaparición: la princesa Anastasia. Había

encontrado el vestido en los aposentos de ésta.

—No alcanzo a imaginar cómo ha podido llegar allí —murmuró la chica con ingenuidad, sacudiendo la cabeza.

Carrie, que no quería más escándalos, decidió que lo mejor sería dejarlo correr. Tenía cosas más importantes en que pensar. Por ejemplo, cómo ganarse la confianza de Nico, y una pelea con la princesa Anastasia no la ayudaría a conseguirlo.

—Seguro que ha sido un error —contestó.

Después de darse una ducha rápida con un gorro para no mojarse el pelo, Carrie se puso el vestido de ensueño. Era de seda, en un tono gris perla. Tenía un punto sugerente, pues dejaba al descubierto sus hombros, y el escote realzaba sus senos, pero sin exponerlos de un modo vulgar.

Además, la doncella había encontrado un par de manoletinas de ante de un color casi idéntico y, cuando se las calzó, Carrie se sintió en el cielo. Era como ir en zapatillas.

Luego, para completar el conjunto, la muchacha le dio un fino chal de color plateado.

—Por si hace frío, *signorina* —dijo—. ¿Por qué no se sienta en el tocador y le arreglo el cabello?

Carrie tomó asiento, y la doncella le hizo un gracioso recogido que adornó con dos capullos de rosa blancos.

Cuando se levantó y se miró en el espejo de pie, Carrie se quedó boquiabierta.

—No puedo creer que ésta sea yo —murmuró.

—Parece sorprendida, *signorina* —señaló la chica divertida—, y no sé por qué; es usted muy guapa.

Carrie estaba segura de que la muchacha estaba diciéndolo sólo por ser amable, pero aun así apreció el cumplido.

—Gracias por todo —dijo con sinceridad.

—No hay de qué, *signorina*. Soy la doncella personal de la princesa Laura y me insistió en que la cuidara bien.

Cuando la doncella se retiró, Carrie se sentía mucho más optimista de lo que se había sentido desde su llegada a Niroli.

De pronto se acordó de Nico y de la promesa que le había hecho de que volvería a subir para acompañarla de regreso al salón.

¿Y por qué iba a esperarlo?, se dijo. ¿Por qué darle la impresión de que era incapaz de hacer aquello sola?

Debía demostrarle que era una mujer independiente. Sólo así se convencería de que no quería nada de él, sólo que reconociera a su hijo.

Sin embargo, la idea de tener que enfrentarse de nuevo a toda aquella gente tan elegante, de tener que bajar y entrar sola en el salón, la había hecho palidecer.

No iba a dejar que los nervios la hicieran echarse atrás.

Volvió a sentarse frente al tocador y se aplicó un poco de colorete, rímel y brillo de labios.

Lista. Ahora nada la detendría.

Nico volvió a mirar su reloj. Había estado esperando, imaginaba que Carrie le pediría a la doncella que enviase a alguien para avisarlo de que subiera a buscarla.

Claro que él tampoco le había dicho que lo hiciera, así que quizá simplemente estuviera esperándolo. Y si la hacía esperar más tiempo acabaría poniéndose nerviosa, y sería capaz de bajar por su cuenta.

Nico no quería arriesgarse a que se produjese otra escena, e iba a levantarse cuando por el rabillo del ojo vio movimiento en las puertas de entrada del salón.

Se giró hacia allí, y lo que vio hizo que casi se cayera de la silla.

Carrie acababa de entrar. Sola. Su aparición había dejado a todo el mundo boquiabierto, igual que a él. Estaba… estaba preciosa.

Permaneció en el umbral de la puerta, erguida, con un porte elegante y digno.

Nico no podía dar crédito a aquella transformación que se había obrado en Carrie, y no podía apartar los ojos de ella.

El vestido dejaba al descubierto sus bonitos hombros; su piel parecía resplandecer y había en sus ojos un brillo especial.

Y, sin embargo, era más que eso; mucho más. Estaba sencillamente radiante. Tal vez fuera el fulgor de ese espíritu indomable que habitaba dentro de ella.

Los demás invitados, al igual que él, se habían quedado quietos y callados, como si todos estuviesen conteniendo el aliento, esperando a ver qué iba a hacer.

Nico no se atrevía siquiera a ir hacia ella por temor a romper el hechizo. Quería quedarse allí sentado, admirando a aquella exquisita criatura.

Los ojos de Carrie se encontraron entonces con los suyos, y avanzó con paso calmado por el salón hasta llegar frente a él.

—Estás preciosa —murmuró Nico, poniéndose de pie.

Habría querido decir mucho más, pero en ese momento no encontraba palabras. Lo único que sabía era que aquella mujer que estaba delante de él era maravillosamente compleja y fascinante, y que la deseaba.

—Gracias.

Resultaba irónico que de pronto Carrie fuese la que estuviese digna y tranquila, y que él en cambio se sintiese como un adolescente. Y entonces, sin casi ser consciente de lo que hacía, dio un paso atrás y le hizo una profunda reverencia, como la que haría a una reina.

Capítulo 9

Los discursos al final de la cena estaban haciéndosele interminables a Carrie, y con Nico a su lado le resultaba difícil concentrarse.

Parecía que durante la cena Anastasia había persuadido a alguien para que le cambiara el sitio, porque cuando Carrie había vuelto, la había encontrado sentada a la derecha de Nico.

Éste, que sin duda tenía experiencia en esa clase de situaciones, se estaba comportando de un modo muy cortés, dividiendo su atención a partes iguales entre ambas, pero aun así Carrie no podía evitar sentirse celosa.

La princesa Laura había estado entreteniéndola con anécdotas de la infancia de Nico, que seguramente no habría oído mucha gente.

Aquellas anécdotas lo hacían parecer casi humano, pero luego Carrie se recordó que quien estaba contándoselas era su madre, y que era evidente que la princesa Laura sentía adoración por sus hijos.

La risa de Anastasia era lo único que la irritaba, porque cada vez que la oía se encontraba pensando que, a pesar del cumplido que le había hecho Nico, no podía competir con una belleza como ella.

De hecho, cada vez que Nico la miraba, Carrie se preguntaba si lo estaría haciendo para asegurarse de que estaba conduciéndose como era debido y que no iba a avergonzarlos a él ni a su familia.

El Rey fue el siguiente en hablar, y Carrie se esforzó por concentrarse en lo que estaba diciendo. El anciano monarca comenzó hablando de la princesa Anastasia y glosando todas sus virtudes.

Nico asentía con la cabeza, y Carrie sintió que la confianza en sí misma la abandonaba. El rey Giorgio continuó, sugiriendo de forma

velada que un día su nieto Nico podría sentarse en el trono.

Aquello hizo que Carrie diera un ligero respingo. Nunca había imaginado que Nico aspirara al trono de Niroli. Si se convirtiese en rey, no habría sitio en su vida para un hijo nacido fuera del matrimonio. De hecho, si aquello ocurriese y se descubriese que tenía un hijo, estallaría un escándalo tremendo, y Nico detestaba a la prensa del corazón, por lo que siempre había tratado de mantener una imagen impecable de sí mismo.

No se dio cuenta de que estaba retorciéndose las manos hasta que la de Nico se posó sobre las suyas.

Antes de que pudiera preguntarse por qué había hecho eso y si tenía algún significado, un camarero se interpuso entre ellos para volver a llenarles las copas, y Nico apartó su mano.

Luego la orquesta comenzó a tocar y Nico se puso de pie, pero no se volvió hacia ella, sino hacia Anastasia, y fue a ésta a quien ofreció su brazo.

Carrie sintió que los celos se apoderaban de ella de nuevo mientras observaba cómo iban a hacerle una reverencia al Rey antes de dirigirse a la pista de baile.

Era el primer baile, se dijo, decidida a no perder el ánimo. La princesa Anastasia era la invitada de honor y naturalmente se esperaría de Nico que bailase con ella el primer baile. Era su deber.

Sin embargo, verlos juntos, comprender lo buena pareja que hacían y saber que todo el mundo debía estar pensando lo mismo, le partía el corazón. No estaba segura de poder soportar aquello mucho más. No, tenía que ser capaz, se dijo con firmeza. Por su hijo sería capaz de soportar cualquier cosa.

Cuando Nico regresó a la mesa con Anastasia, vio que Carrie se había puesto pálida y que parecía estar rehuyendo su mirada.

Su abuelo tampoco tenía buen aspecto. En el poco tiempo que llevaba en la isla, había advertido el deterioro de su salud y comprendía su urgencia por designar un sucesor que asegurara la continuidad de la dinastía.

Quizá debería acceder a sucederlo, como le había pedido, y poner fin a su inquietud. Al fin y al cabo, era lo único que su abuelo le había pedido en toda su vida.

Había una infinidad de razones por las que no quería ocupar el trono, pero en ese momento se encontró sopesando las razones por

las que su conciencia le decía que debería hacerlo.

Vería más a su familia, su abuelo se quedaría más tranquilo…

Pero… ¿y su negocio? Aunque lo trasladara a la isla, un monarca no podía trabajar y reinar.

Siempre había sido un hombre de «todo o nada», y una cosa excluiría a la otra. Si se convertía en el próximo rey de Niroli tendría que dejar su negocio, pensó tomando su copa para apartar su mano de la de la princesa Anastasia, que había estado acariciándole los nudillos.

Claro que, si se convirtiese en rey podría expulsar a la princesa Anastasia de la isla para siempre, se dijo reprimiendo una sonrisilla malévola.

Cuando notó el pie de ésta frotándose contra su pantorrilla, apartó la pierna asqueado, y se preguntó cuánto tiempo más tendría que seguir soportando el perfume asfixiante que usaba y su constante toqueteo. Aquella mujer lo ponía nervioso.

Había hecho lo que se esperaba de él, siendo amable con ella y sacándola a bailar, pero imaginarse casándose con ella y tener que consumar ese matrimonio… Nico contrajo el rostro. La sola idea le daba escalofríos.

Volviendo al asunto de la sucesión… No era que pensase que no podría ser un buen rey. Al frente de su empresa había demostrado su capacidad de liderazgo, y no se arredraba ante los problemas. Y en cuanto a la descendencia…, bueno, tenía a dos hermanos que podrían proporcionar a la Corona un heredero que lo sucediese.

Anastasia dejó escapar un suspiro de lo más teatral, y Nico le echó una mirada de reojo a Carrie, que parecía inmersa en sus pensamientos. Aquellas dos mujeres eran tan distintas como la noche del día.

Excusándose con Anastasia, se levantó de su asiento y fue con su madre, que estaba junto a la pista de baile charlando con dos viejas damas.

Se disculpó con éstas por privarlas de la compañía de su madre, y entrelazando su brazo con el de ésta, la llevó aparte.

—He estado pensando que, con Anastasia a mi lado, podría hacerme a la vida en la corte rápidamente —dijo fingiéndose serio —. Al fin y al cabo, se conoce al dedillo todas las normas de la etiqueta.

Su madre enarcó una ceja, como si estuviese preguntándose si se habría dado un golpe en la cabeza, y Nico tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír.

—Quiero decir que, habiendo nacido princesa y habiéndose educado como tal… —prosiguió con malicia—. ¿No te parece que sería una esposa perfecta para mí?

Su madre se giró abruptamente hacia él.

—Por Dios, Nico, creía que eras capaz de distinguir entre una joya auténtica y una falsa, pero parece que estaba equivocada.

Nico sonrió divertido, pero también satisfecho con su respuesta, y su madre sacudió la cabeza y murmuró algo ininteligible antes de volver con las dos señoras.

Nico se volvió hacia la mesa, donde seguía sentada Carrie, tan callada, tan modesta, tan discreta, y se quedó observándola con las manos entrelazadas a la espalda.

Lo complacía saber que sólo él conocía a la otra Carrie: la Carrie apasionada, sensual… Más que ninguna otra cosa en ese momento ansiaba estar a solas con ella.

De pronto, como si hubiese sentido que la estaba mirando, Carrie giró la cabeza y los ojos de ambos se encontraron. Nico le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que quería salir de allí.

Ella vaciló un instante, pero luego se puso de pie e hizo una reverencia al Rey para excusarse, pero éste estaba escuchando a uno de sus consejeros y no le prestó demasiada atención.

Todo el mundo estaba charlando, bebiendo o bailando; nadie los echaría en falta si se marchaban, pensó Nico. Tampoco le importaba que se diesen cuenta de que se habían marchado. Había cosas que no podían esperar.

—¿No vas a invitarme a pasar? —preguntó Nico a Carrie cuando llegaron a los aposentos de ésta.

Ella escrutó su rostro en silencio. ¿Invitarlo a pasar y atenerse a las consecuencias?, ¿invitarlo a pasar y entregarse a él una vez más sin condiciones? No podía decirse siquiera que fuesen amantes. Para Nico era sólo la mujer con la que aliviaba su frustración, y una forma de pasar el tiempo cuando estaba aburrido o cuando disponía de unos minutos libres antes de atender sus obligaciones.

—¿No te echará en falta la princesa Anastasia?

Al oír aquella pregunta, las comisuras de los labios de Nico se

arquearon. Había fuego en sus ojos, y Carrie sabía que él no tenía intención de responder, pero aun así no podía reprimir lo que sentía por él.

Pensar en la princesa Anastasia la ponía tan celosa… Quería reclamar a Nico para sí, tatuarse su nombre y hacer que Anastasia desapareciese de una vez por todas.

Los ojos de Nico brillaron divertidos, como si pudiese leer los pensamientos que estaban cruzando por su mente. Aquella muestra de humor resultó más potente que el deseo para Carrie, porque apuntaba a la complicidad que ansiaba que hubiese entre ellos.

¿Y cómo podría resistirse a esa sonrisa picará, o fingir que no estaban resonando en sus oídos los fuertes latidos de su corazón?

Lo tomó de la mano para llevarlo dentro, y luego cerró la puerta tras ellos. De inmediato notó cómo Nico se relajaba. Era casi como un proceso de curación, como si hallasen una especie de liberación en el otro.

Cuando los dedos de Nico descendieron por sus brazos desnudos, un gemido ahogado escapó de los labios de Carrie. Estaba diciéndole que lo necesitaba, que lo deseaba. Sabía que no había necesidad de palabras, que Nico la comprendería.

—Bésame —murmuró echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

Cuando los labios de Nico se posaron sobre los suyos e invadió su boca con la lengua, Carrie sintió que se derretía.

Se aferró a sus hombros y se apretó contra él, ansiosa por sentirlo más cerca, y se regocijó en cómo la chispa de la pasión prendía de inmediato entre ellos.

La insistente presión de la erección de Nico entre sus muslos no era suficiente; quería que la hiciera suya, a cualquier precio.

¿A cualquier precio?

—¡No! —exclamó apartándose de él, alejándolo de ella—. No puedes tener a tu disposición lo que quieres en el momento en que lo quieres, Nico.

El eco de sus palabras resonó en la habitación, pero Carrie no podía creerse que las hubiera pronunciado.

Nico no contestó.

—No puedo seguir haciendo esto, Nico —dijo Carrie—. No puedo…

«Está destrozándome por dentro». Esas últimas palabras no llegaron a cruzar sus labios, porque no quería que él supiese hasta qué punto le afectaba el modo en que estaba tratándola, y sin saber de dónde, sacó fuerzas de flaqueza para no intentar retenerlo cuando Nico se dio la vuelta y salió.

Aquella noche Carrie tuvo un sueño cruel. En su sueño Nico no se iba, sino que se quedaba con ella y hacían el amor como siempre había soñado, con ternura, y Nico la miraba a los ojos y le decía que la quería.

Claro que aquella Carrie del sueño no era ella. Era una princesa con un hermoso vestido, una Carrie con confianza en sí misma porque sabía lo hermosa que era y que tenía una larga lista de pretendientes.

La Carrie del sueño no estaba enamorada de Nico hasta el punto de estar ciega a la existencia de otros hombres, y era lista y sutil, y había conseguido llevar a Nico a sus aposentos atrayéndolo hacia sí con un dedo y sonriéndole de un modo seductor.

Cuando se habían tendido en la cama, los dos se habían echado a reír porque era la primera vez que no lo hacían en una mesa, o contra la pared, o en cualquier otro sitio que pillaran, sino en una cama grande y confortable.

Habían pasado juntos toda la noche, haciéndose confesiones, y entonces… y entonces Carrie se había despertado, y se había sentido terriblemente vacía al darse cuenta de que sólo había sido un sueño.

Se había incorporado en la cama, había hundido el rostro entre las manos y se había obligado a afrontar la verdad: Nico se había marchado la noche anterior en el momento en que se había dado cuenta de que no iba a dejar que la utilizase como si fuese un pañuelo de papel, de usar y tirar.

Quizá debería marcharse de Niroli y dejar todo aquello atrás. Criar sola a su hijo y… No, no podía hacer eso. Le preocupaba que algún día llegase a descubrirse de quién era hijo y que se pusiera en peligro su seguridad.

Además, le había prometido a la princesa Laura que esa mañana se reuniría con ella a las diez. La princesa le había dicho que quería enseñarle todo el palacio y, de paso, ponerla al corriente de los usos y costumbres de la realeza.

«Siempre hay que estar preparada para lo que pueda pasar», le había dicho con un guiño.

Carrie no había comprendido a qué se refería, pero no podía faltar a su promesa después de lo bien que la madre de Nico se estaba portando con ella.

Todo había cambiado en el curso de unas horas, obligando a Nico a analizar lo que sentía hacia Carrie. Sabía a ciencia cierta que era una embustera, pero la noche anterior lo había sorprendido su dignidad, su integridad.

Nadie lograba irritarlo tanto como Carrie, pero tampoco había nadie capaz de calmarlo como lo hacía ella. Y aunque se había quedado perplejo cuando lo había rechazado, a sus labios asomó una sonrisa al recordar cómo se había apartado de él y le había dicho que no podía conseguir siempre lo que quería.

Aquello lo había hecho desearla aún más, y también le había hecho ver que tras la Carrie callada se ocultaba una mujer con una voluntad de acero. En ese sentido, no había duda de que la había subestimado.

Carrie podía parecer una tímida y delicada flor, pero en el fondo era muy fuerte.

Si no le hubiese mentido, habría querido más que sexo de ella, pero… ¿qué clase de relación podrían tener cuando ella lo había engañado?

La visita del palacio con la princesa Laura como guía había sido muy interesante e instructiva para Carrie.

El nombre de Anastasia había salido a colación en varias ocasiones, y Carrie se había quedado muy sorprendida cuando la madre de Nico le confesó que le parecía una persona insufrible.

Aquello la había hecho preguntarse qué clase de madrastra sería Anastasia para su hijo si Nico llegara a reconocerlo como tal y ella y Nico se casasen, como quería el anciano rey.

Anastasia era una mujer sin corazón, y no quería que su pequeño creciese bajo su constante menosprecio. No sentirse querido era lo peor que podía pasarle a uno en la vida, y no quería que eso le ocurriera a su hijo.

Aquello la había preocupado de tal modo que había llegado al extremo de plantearse abandonar Niroli ese mismo día sin decirle nada a Nico. Incluso había estado planeando cómo hacerlo: llamaría

para pedir un taxi que la llevara al aeropuerto, le dejaría una nota de agradecimiento a la princesa Laura por su hospitalidad y su amabilidad, y luego desaparecería con su hijo sin dejar rastro. Se iría a vivir a algún pueblo pequeño en un lugar apartado, donde nadie los encontrase jamás.

Le había costado un esfuerzo tremendo alejar esos temores de su mente. Se había dicho que aunque Nico se casase con Anastasia, si conseguía que reconociese a su hijo y era la clase de hombre que creía que era, protegería al pequeño con su vida y no dejaría que nadie le hiciese daño.

Esa noche iba a haber otra cena, aunque sólo con la familia real y algunos amigos, y la doncella estaba ayudándola a prepararse.

Para esa ocasión Carrie se había puesto un vestido de seda de color miel que le llegaba por los tobillos. Era sencillo y recatado, pero realzaba su figura.

Cuando fue a peinarla, la chica le propuso dejarle el cabello suelto, adornado sólo con una diadema.

—Pero es que con el pelo suelto parezco tan joven… —protestó Carrie.

Después del paso de gigante que había dado el día anterior al rechazar ser una vez más el entretenimiento de Nico, no quería mostrarse ante él con una apariencia ingenua ni de debilidad.

Sin embargo, al ver la decepción en el rostro de la muchacha, se sintió mal y acabó claudicando.

—Bueno, supongo que por un día tampoco pasa nada por que lo lleve suelto.

La chica sonrió de oreja a oreja.

—Ya verá qué guapa va a estar, *signorina*.

Cuando hubo acabada de peinarla, Carrie se levantó y le dio las gracias por todo.

—Espero que disfrute de la velada —dijo la chica.

Carrie lo dudaba, pero para complacerla esbozó una sonrisa y respondió:

—Seguro que sí.

Capítulo 10

La cena se había alargado demasiado, pensó Nico cuando estaban terminando el postre, mientras observaba a Carrie.

Como ya estaba acostumbrado a que ocurriera, al poco ella pareció advertir que estaba mirándola y giró el rostro hacia él, pero apartó la vista casi de inmediato.

Bajo la esmerada tutela de su madre, estaba adquiriendo más confianza en sí misma, hasta el punto de que esa noche cualquiera habría pensado que ella era la princesa y Anastasia una impostora.

A su abuelo le parecía encantadora, igual que a su madre, así que él era el único que faltaba por convencerse. Sin embargo, no podía negar que le complacía ver la dignidad y la naturalidad con que había reaccionado en distintos momentos de la cena a los comentarios condescendientes de Anastasia.

Cada vez detestaba más a aquella mujer. No tenía clase, y el único motivo por el que no había salido en defensa de Carrie había sido porque ésta le había dirigido una mirada para pedirle que no interviniera.

Además, tenía que admitir que se había divertido viendo a Carrie poner a Anastasia en su sitio.

Ésta parecía haberse dado cuenta de que haría mejor en cerrar la boca, y hacía ya un rato que había empezado a aburrirse soberanamente. Nunca mejor dicho.

Aquella clase de vida no era para él, y ésa era una de las razones por las que no quería quedarse en Niroli, pero no podía irse de la isla sin dar una respuesta a su abuelo y arreglar cierto asunto que tenía pendiente.

Se puso de pie, hizo una reverencia a su abuelo, otra a su madre y luego, dirigiéndose a Carrie, dijo:

—Carrie, creo que querías que habláramos, ¿no es así?

Todos los demás se quedaron callados mientras Carrie se inclinaba también ante el Rey y la princesa Laura para luego rodear la mesa y unirse a él.

—Gracias —dijo Nico cuando hubieron salido del elegante comedor—. No habría podido soportar a esa mujer ni un minuto más.

Carrie se dijo que no podía estar refiriéndose a nadie más que a Anastasia, pero no quería hacerse ilusiones vanas. Era posible que Nico sólo estuviese tratando de congraciarse con ella para que bajara la guardia.

—Vamos, iremos a mis habitaciones —dijo él echando a andar.

Había dado por hecho que iba a seguirlo, pensó Carrie sin moverse de donde estaba. Era como si no hubiese servido de nada lo que le había dicho la noche anterior, como si Nico pensara que las cosas habían vuelto a la normalidad. ¿Y por qué no iba a pensar así? Al fin y al cabo, se había levantado sin rechistar de la mesa para ir con él.

Era evidente que estaba cansado de estar sentado escuchando tediosas conversaciones. Quería hacer un poco de ejercicio, y no sólo estirar las piernas. Nico quería sexo y ella estaba a mano.

—¿No vienes? —inquirió él volviéndose al ver que no lo seguía.

—Tal vez la biblioteca… —apuntó ella.

—¿La biblioteca? —repitió él frunciendo el entrecejo.

—Me gustaría tomar una taza de café… o de té, si lo prefieres —respondió ella sosteniéndole la mirada.

—Creía que querías que habláramos en privado.

Si iban a la habitación de Nico, no hablarían de nada.

—Todo el mundo está en el comedor, así que la biblioteca debería estar vacía —dijo ella.

Cuando Nico apretó la mandíbula supo que lo había enfadado y, por un momento, estuvo segura de que iba a darse media vuelta y dejarla allí plantada, pero finalmente él asintió y le hizo un gesto para indicarle que lo precediera.

Ya en la biblioteca, Nico llamó para pedir que les llevaran café y, mientras esperaban, se quedó junto a la ventana, de espaldas a Carrie. Parecía como si quisiera mostrarle su desaprobación por que hubiera pasado de ser tan complaciente a volverse de repente

completamente impredecible.

Carrie, que se había sentado en un sillón orejero de cuero de color granate, permaneció al borde del asiento y no se movió hasta que regresó el camarero con el café.

Nico se giró y le dijo que no los molestaran, y que él llamaría cuando quisiera que fueran a recoger la bandeja.

El camarero hizo una ligera reverencia y se retiró. Carrie tomó la cafetera y sirvió un poco en una taza que le tendió a Nico, pero éste declinó.

—Creo que los dos sabemos que no estamos aquí por el café —dijo con aspereza.

Le concedió a Carrie tiempo más que suficiente para decirle lo que tenía que decir, y la escuchó atentamente, manteniendo su rostro impasible aun cuando ella repitió la misma mentira que el primer día, hiriéndolo con las palabras que durante toda su vida adulta había soñado escuchar. Estaba embarazada, y el hijo, le dijo otra vez, era suyo.

El único consuelo de Nico era que el test que iba a hacerse demostraría que era una embustera. Después de que los médicos le dijeran que la enfermedad que había padecido de niño producía esterilidad, nunca había considerado necesario hacerse un test de fertilidad, pero con tal de dejar en evidencia a Carrie, estaba dispuesto a hacérselo y ya lo había solicitado. En la clínica le habían prometido total discreción.

En cualquier caso, y a pesar de que los médicos le habían dicho que las posibilidades de que pudiera tener un hijo eran mínimas, la posibilidad de que se hubieran equivocado era algo que tenía que descartar para poder quedarse tranquilo.

Algunas veces, incluso los médicos se equivocaban, y si Carrie de verdad se había quedado embarazada de él, no iba a dejar que se fuera, llevándose a su hijo con ella.

Por el modo en que estaba mirándola, Carrie tenía la sensación de que Nico sabía algo que ella desconocía, y que ese algo jugaba en su contra.

—Creas lo que creas, estoy diciéndote la verdad —concluyó—. Tómate el tiempo que necesites para pensarlo.

Nico dio un ligero respingo cuando la vio levantarse e ir hacia la puerta. ¿Significaba eso que daba por terminada la conversación?

Estaba desafiándolo de nuevo, quizá para ver hasta dónde podía llegar, pero estaba muy equivocada si creía que esa tácticas iban a funcionar con él.

—Que descanses —dijo en un tono tirante.

Carrie se detuvo al llegar a la puerta y se volvió hacia él con la mano en el picaporte.

—Tú también, Nico.

Luego abrió y salió sin hacer ruido, como un ratón.

Nico no leyó el informe cuando se lo dieron en el hospital, sino que lo dobló y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Tenía un caballo al que preparar para el palio, una carrera que se celebraba cada año en Niroli.

El caballo se comportó como el purasangre que era mientras lo hacía cabalgar por la campiña a galope tendido.

Cuando por fin desmontó, le permitió pastar aunque en aquella zona había poca hierba.

—Beberás luego, Fuoco —le prometió cuando el animal relinchó a modo de protesta, empujando el hocico contra su brazo—; cuando hayas descansado un poco.

Sin duda, el caballo había olido el agua fresca del río, pero no podía dejar que bebiera cuando estaba sudando.

El nombre del purasangre, Fuoco, que en italiano significaba «fuego», no podía ser más apropiado. Estaba seguro de que ganarían… si sobrevivían.

El recorrido de la carrera discurría por el casco antiguo de la ciudad, y los jinetes y sus monturas corrían muchos riesgos por el empedrado de las calles, la estrechez de algunas de ellas y los bruscos giros.

—Ganaremos, Fuoco, ya lo verás —dijo dándole un par de palmadas al caballo antes de alejarse.

Se sacó el papel doblado del bolsillo y se sentó a la sombra de un árbol.

Por un breve instante se permitió fantasear con la remota posibilidad de que por algún milagro no se hubiera quedado estéril, pero antes de desdoblar el informe inspiró profundamente y se preparó para la decepción que estaba seguro iba llevarse.

Podía tener hijos. La sola idea hacía que la cabeza le diera vueltas. Si era el padre del bebé de Carrie, tenía que verla de

inmediato; si era el padre de ese niño, lo querría y lo protegería, y desde luego no iba a permitir que ella le diese ningún ultimátum.

Iba a proceder con cuidado; quería hacer las cosas bien, y tenía una idea que esperaba surtiese en ella el efecto que pretendía.

Después del almuerzo, subió a las habitaciones de Carrie y llamó a la puerta con los nudillos.

—Tenemos que hablar —dijo sin más dilación cuando ella salió a abrirle—. Pero antes quiero enseñarte algo.

Carrie vaciló.

—Es una sorpresa —añadió él, impaciente.

—Una sorpresa agradable, espero —dijo ella con una media sonrisa.

—Espero que sí —contestó Nico—. ¿Vamos? —insistió ofreciéndole su brazo.

Carrie salió y cerró tras de sí, pero se negó a tomar el brazo de Nico y optó por caminar al lado de éste.

Nico la condujo hasta una de las torres del castillo. En su interior había una pequeña pero luminosa habitación. Al entrar allí, Carrie se sintió como si la hubieran transportado siglos atrás en el tiempo. La vista del lago y la campiña que se divisaba desde la ventana era espectacular.

—¿Está orientada al norte? —preguntó a Nico.

Él asintió con la cabeza.

—La luz es perfecta. Podría ser el estudio de un artista, ¿no crees?

A Carrie, el corazón le dio un vuelco y miró con tristeza a su alrededor. Estaba intentando sobornarla con aquello, aunque no sabía muy bien con qué fin. ¿Quería convertirla acaso en su amante oficial?, ¿Madame Carrie Pompadour de Niroli?

—Bueno, ¿qué te parece?

—No estoy segura de qué se supone que debo pensar. ¿A qué viene esto, Nico? —inquirió sacudiendo la cabeza—. ¿Qué me quieres decir?

Él la miró como ofendido. Era evidente que no estaba acostumbrado a que nadie despreciara sus regalos. Si hubiera tenido más tiempo para preparar aquella «sorpresa» quizá incluso le habría buscado un caballete, una paleta, pinturas… ¿Pero para qué?, volvió a preguntarse.

—Incluso he pedido que te compren una caja de óleos —dijo él.

Carrie volvió a sacudir la cabeza. Nico iba siempre un par de pasos por delante de ella.

Cuando la vio ponerse las manos sobre el vientre en un gesto protector y mirar de nuevo a su alrededor, Nico pensó en el bebé. Quería compartir los meses del embarazo con Carrie y ver crecer a su hijo. No podía quitarle eso; no se lo permitiría.

—Esto es para ti —le reiteró con impaciencia cuando Carrie se volvió hacia él—. Sólo quiero que seas feliz. Vas a ser madre pronto.

El que al menos hubiera aceptado aquello hizo que Carrie se sintiera aliviada, pero tenía la sensación de que había algo más.

—Nico, hay algo que no estás diciéndome, ¿no es verdad?

—Puede ser —admitió él.

—¿Y qué es?

El miedo invadió el corazón de Carrie cuando el silencio se prolongó antes de que Nico volviera a hablar.

—Después de una enfermedad que tuve de niño, los médicos dijeron que no podría tener hijos.

Carrie lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero se equivocaban —prosiguió él—. Hasta hoy creía que tenían razón, pero me he hecho una prueba de fertilidad y no soy estéril.

—Oh, Nico… —murmuró Carrie acercándose a él. Le tomó una mano y se la llevó a la mejilla.

De pronto estaba empezando a comprender muchas cosas. Pensó que tal vez la imposibilidad de formar una familia lo había empujado a coquetear con el peligro, porque probablemente sentía que no tenía nada que perder, y su brusquedad sin duda no era más que una manera de evitar que los demás se acercaran a él y descubrieran su secreto, un secreto doloroso que había querido ocultar.

Capítulo 11

—El bebé que llevas en tu vientre podría ser mío —dijo Nico, casi incapaz de contener su dicha.

El resultado de aquella prueba lo había cambiado todo: su visión del mundo, de Carrie, de él mismo…

Carrie sintió una punzada en el pecho al comprender que seguía sin creerla.

—¿Podría ser? —repitió angustiada, con un hilo de voz.

—Y si es así —continuó él sin escucharla—, te quedarás conmigo y…

—¿Eso es una invitación o estás prohibiéndome que me vaya? —lo interrumpió ella con aspereza.

Nico se quedó aturdido por aquel repentino cambio en ella, sobre todo por lo tierna que se había mostrado con él hacía un momento.

—Yo creía… Pensaba que te alegrarías cuando finalmente te convenciese de que vamos a tener un hijo, que te alegrarías como yo —le dijo Carrie.

—Y me alegro —le aseguró Nico.

Carrie se apartó de él y fue hasta la ventana.

—De todos modos, no podré saber si de verdad soy el padre hasta que el bebé haya nacido —dijo él rompiendo el silencio—. Podríamos empezar por hacerte una prueba inicial a ti. Se toma una muestra de saliva con un bastoncillo, se analiza… De hecho los resultados los tendremos en seguida porque…

—¿Porque eres un miembro de la familia real? —aventuró ella irritada, volviéndose hacia él.

—No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser, Carrie. Parece que no te das cuenta de lo que estoy dispuesto a hacer por ti.

—Me estás diciendo que quieres que me haga una prueba; de eso ya me he enterado —le espetó ella dolida.

—Mira, Carrie, es lo más lógico. Después de todo, no tendrás que quedarte en Niroli si el resultado de la prueba es negativo —continuó él, como si ella ya hubiese aceptado.

¿Si el resultado era negativo? ¿Estaba hablando en serio? ¿De verdad creía todavía a esas alturas que existía la posibilidad de que le hubiera mentido? La entristecía pensar que Nico la conociese tan poco.

—Y luego hay otra prueba que habrá que hacerle al bebé cuando nazca, pero es igual de simple —prosiguió Nico.

Carrie alzó una mano para callarlo. No iba a consentir que a su hijo recién nacido le hicieran una prueba que era absolutamente innecesaria.

—No.

—Carrie, no es nada malo, ni le hará daño; se trata sólo de tomar una muestra de sangre del cordón umbilical…

Carrie no estaba escuchándolo; no pensaba escucharlo.

—¿No te das cuenta, verdad, Nico? —le espetó furiosa—. Estamos hablando de nuestro hijo, ¡tuyo y mío! ¡No voy a permitir que le hagas una prueba para demostrar algo que ya sé!

Su vehemente reacción lo sorprendió. Estaba gritándole. Luego, cuando dio un paso hacia ella, Carrie retrocedió.

—¡No me toques! Ya he oído bastante. Creía que querías que habláramos para solucionar las cosas y hacer lo mejor para nuestro bebé, pero en vez de eso me has insultado a mí y lo has insultado a él. ¡No me crees! —gritó desesperada—. ¿Por qué no me crees?

—¡Cálmate, Carrie!, esto no es bueno para el niño…

Ella se quedó tan quieta de repente que Nico se preocupó.

—No te atrevas a decirme lo que es bueno o no para mi hijo cuando tú no estás dispuesto siquiera a aceptar que eres su padre —masculló Carrie.

Nico había oído decir que el embarazo hacía que las hormonas se revolucionasen y que las mujeres se pusiesen un poco… sensibles, pero nunca había imaginado que fuera hasta ese punto. Esperó a que Carrie se calmara un poco antes de intentar razonar con ella de nuevo.

—Sólo estoy tratando de hacerte las cosas más fáciles —dijo.

—¿Más fáciles? —repitió ella con incredulidad.

—Mira, he aceptado que estás embarazada como dices, aunque no tengo ninguna prueba de ello —dijo él con paciencia—, y también he aceptado que puede que ese hijo sea mío.

—¿«Puede»? —lo interrumpió ella—. Oh, eso es una gran concesión, ya lo creo.

—Sólo quiero que seas feliz, Carrie; yo…

Nico se calló al ver que los ojos de ella se habían llenado de lágrimas.

—Carrie, por favor, tienes que escucharme.

Ella inspiró y expiró para tratar de calmarse.

—No, Nico —respondió negando con la cabeza—. No creo que quiera escuchar nada de lo que tengas que decir.

Nico la atrajo hacia sí y la abrazó, pero ella se puso tensa.

—Suéltame, Nico. No tenemos nada más de que hablar.

—No hasta que aceptes mis condiciones.

—¿Tus condiciones? —repitió ella mirándolo con tristeza.

Nico la soltó y dio un paso atrás.

—Estoy ofreciéndote un hogar, Carrie.

—¿Cómo si fuera un perro callejero?

—No, como a la mujer que puede que lleve en su vientre a mi hijo. Sé que no tienes un hogar en Londres, y que tienes muy poco dinero.

—Vaya, veo que te has informado muy bien.

—Carrie, escucha, lo tengo todo planeado —prosiguió él sin escucharla—. Anunciaremos nuestro compromiso de inmediato y nos casaremos.

¿De repente estaba proponiéndole matrimonio? Carrie no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Y luego qué, Nico? —le espetó—. ¿Un divorcio rápido, o mejor aún, una anulación? ¿Y qué pasa si resulta que no eres el padre de mi hijo?

—Mira, Carrie, no hay quien te entienda. Todo este tiempo has estado asegurándome que el niño es mío y ahora me dices que puede que las pruebas den un resultado negativo.

—Lo que he querido decir es que si las pruebas se hacen aquí, en Niroli, es posible que los resultados sean manipulados. Al fin y al cabo, eres un miembro de la realeza.

Nico entornó los ojos.

—No te atrevas a insultar a mi familia ni a mi país.

—¡No me insultes tú ofreciéndome un matrimonio de conveniencia! Lo único que quiero es que reconozcas a tu hijo…

—Si es mío, tendrás todo lo que quieras.

—¡Ya te he dicho que no quiero nada de ti!

—¿No quieres protección para el bebé? Si los medios descubriesen que el padre soy yo, no te dejarían tranquila, y alguien podría raptar al pequeño.

Carrie palideció. Había pensado en esa posibilidad, y era lo que más la preocupaba.

—¿No podríamos llegar a algún acuerdo para establecer unas medidas de seguridad? —preguntó a Nico.

—Si te casaras conmigo, no haría falta ningún acuerdo porque ese niño estaría protegido por las leyes de Niroli.

Por cómo lo había dicho, sonaba como si para él el matrimonio fuese sólo un contrato.

Ella, cuando pensaba en el bebé, sentía ya que formarían una familia, mientras que Nico lo veía sólo como un bien que debía asegurar mediante un contrato.

—No quiero casarme contigo, Nico.

Él la miró patidifuso, como si le hubiese echado un jarro de agua fría a la cara.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque tú no me quieres.

—¿Qué tiene que ver el amor con esto?

Nico estaba empezando a impacientarse. Le estaba haciendo a Carrie una oferta inmejorable que beneficiaría a ambas partes. Las pruebas de paternidad eran indispensables, porque necesitaba estar seguro de que el hijo era suyo. Un matrimonio podía disolverse, pero no podía reconocer a un hijo y darle su apellido sin saber con seguridad que era suyo.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo—: te casarás conmigo y yo me haré cargo de ti y del niño sea cual sea el resultado de las pruebas.

—¿Y si no acepto? —inquirió ella en un tono quedo.

Nico no podía creerse que todavía quisiese seguir discutiendo.

—Me temo que es todo o nada, Carrie; o lo tomas o lo dejas —

dijo él, confiado en que aceptaría.

Ninguna mujer rechazaría la posibilidad de compartir la riqueza y la posición social que él estaba ofreciéndole.

Lo último que se esperaba era que las facciones de Carrie se oscurecieran de ira.

—Sigues creyendo que hago esto por dinero, ¿no es verdad, Nico? —le espetó. Y antes de que él pudiera responder añadió—: El dinero no significa nada para mí; y en cuanto a tu título… —con una mirada le bastó para decirle lo poco que le importaba lo azul que fuera su sangre.

—Valientes palabras, Carrie, pero… ¿no estás olvidándote de algo? ¿No estás olvidándote de ese niño, de lo que verdaderamente importa aquí?

—Mi hijo es lo primero para mí, y al rechazar tu oferta de matrimonio estoy protegiéndolo de un hombre que no sabe amar. ¿O acaso crees que no sé que el único motivo por el que estás proponiéndome matrimonio es porque no puedes estar seguro de si es hijo tuyo o no?

—Mira, Carrie, no quiero seguir discutiendo. Esas son mis condiciones. O lo tomas o lo dejas —le repitió él.

—En ese caso, lo dejo —contestó ella con desprecio—. Y por favor, no te molestes en pedirme un taxi; llegaré al aeropuerto sin tu ayuda.

Nico no iba a dejarla ir, no cuando podía llevar a un hijo suyo en su vientre. Le daría una oportunidad para calmarse y entrar en razón.

—Tómate tu tiempo para pensarlo.

Carrie no contestó y salió de la torre.

Nico suspiró y se metió las manos en los bolsillos.

Su relación con Carrie era como una montaña rusa, pero cuando estaba con ella se sentía vivo, y era posible que el hijo que ella iba a tener fuera suyo.

Aquel pensamiento volvió a hacer que una profunda dicha lo invadiera. Le gustaría tanto que fuese verdad, que aquel bebé fuese suyo…

Capítulo 12

Tras cerrar el sobre, Carrie se levantó del escritorio que había junto a la ventana de sus habitaciones y llamó al timbre. Cuando acudió un empleado para atender su llamada, le tendió la carta.

—¿Querrá entregarle esto a la princesa Laura de mi parte cuando regrese?

—Cómo no, *signorina* —respondió el hombre.

Luego inclinó la cabeza y salió.

Carrie miró en torno suyo una última vez, segura de que jamás olvidaría los días que había pasado en Niroli, ni la amabilidad con que la habían tratado.

La entristecía marcharse, pero sabía lo afortunada que había sido de haber sido invitada a alojarse en un palacio, y de haber hecho amistad con la princesa Laura.

La nota de despedida que le había escrito a la madre de Nico era una forma cobarde de poner fin a la situación, pero no podía arriesgarse a que la princesa intentase persuadirla para que se quedase.

Después de que hubiera tenido náuseas una mañana, la princesa había adivinado que estaba embarazada, pero aún no sabía quién era el padre. Tenía que irse de la isla antes de que descubriese la verdad.

Las cosas habían llegado a tal extremo con Nico que no le quedaba alternativa. Tenía que marcharse antes de que la princesa lo descubriera y decidiera hablar con su hijo, o peor, qué pensara que había estado intentado ganarse su simpatía para conseguir en ella a una aliada.

No quería perder la amistad de aquella mujer a la que tanto admiraba y respetaba.

Lo mejor sería que buscase un abogado en Londres para que se ocupase del asunto, se dijo tomando su maleta.

Bastante tiempo había malgastado con la idea adolescente de que Nico tenía derecho a saber que iba a ser padre. Había perdido ese derecho cuando le había propuesto un matrimonio de conveniencia.

Tenía que volver a Londres y retomar su vida. Lo único que le quedaba era esperar a que llegase el taxi para que la llevase al aeropuerto.

—¿Qué la señorita Evans se ha ido? —repitió Nico fuera de sí cuando se lo comunicó el empleado de palacio—. ¿Por qué no se me informó de inmediato? —se mordió la lengua al darse cuenta de que estaba gritándole a alguien que no tenía culpa de nada—. No importa; vuelva a su trabajo.

Cuando el hombre se hubo marchado, Nico cerró la puerta y se apoyó contra ella con un profundo suspiro. Había estado buscando a Carrie por todo el palacio, e incluso por el casco antiguo de la ciudad, y finalmente había decidido preguntarle a su madre si sabía dónde podía haber ido. Esta se había negado a verlo y había mandado a aquel empleado para que le dijera que, gracias a él, Carrie había vuelto a Londres.

Londres era una ciudad demasiado grande, y que además Carrie ya no tenía un hogar al que regresar, una dirección conocida.

Fue hasta el escritorio. Llamaría por teléfono al aeropuerto y ordenaría que los empleados de seguridad detuvieran a Carrie antes de que llegara a la puerta de embarque y le impidieran abandonar el país.

Habría sido así de simple, pero justo en ese momento el teléfono sonó. Era uno de los consejeros del Rey. Su abuelo quería verlo de inmediato.

—El Rey tendrá que esperar —rugió Nico.

Luego, al darse cuenta de lo brusco que había sido, murmuró una disculpa, pidió que lo excusaran con Su Majestad y colgó el teléfono. Éste volvió a sonar inmediatamente.

Esa vez era su madre para rogarle que no dejara escapar aquella oportunidad que le había brindado el destino de ser feliz.

Su oportunidad de ser feliz…, se repitió Nico minutos después mientras pisaba el acelerador de su deportivo. Su madre había sido

capaz de ver desde un primer momento lo que nadie más había visto.

No sería heredar el trono de Niroli lo que lo haría feliz, ni tampoco casarse con Anastasia. Lo único que podía hacerlo feliz era una joven llamada Carrie, Carrie Evans.

Antes de salir hacia el aeropuerto había dejado una carta por la que renunciaba formalmente al trono y citaba una de las excepciones de las antiguas reglas: «Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer matrimonio sin el consentimiento del soberano. Si lo hiciera, será desposeído de honores y privilegios, y excluido de la familia real».

Sólo entonces, al estar a punto de perder a Carrie, se había dado cuenta de que la quería y de que si quería casarse con ella era por amor, y no por conveniencia, como le había dejado que creyera.

Sin embargo, cuando llegó al aeropuerto era demasiado tarde; el avión ya había partido, y no habría podido expresar con palabras lo mal que se sentía en ese momento, aunque hubiese tenido a quién decírselo. ¿Y cómo iba a encontrarla, cómo iba a buscarla si Carrie ni siquiera tenía adonde ir?

Carrie se había alojado en una modesta pensión hasta que había encontrado un pequeño apartamento cuyo alquiler podía permitirse.

No le había importado que estuviese un poco destartalado y descuidado. Con algo de pintura y después de limpiarlo había conseguido que tuviera mucho mejor aspecto.

Además, había recuperado su vida y su independencia. Ya iba siendo hora de que fuera fuerte y dejara de pensar en Nico, en lo que no había resultado ser más que un sueño imposible.

No había querido leer un solo periódico en todos esos días. Ignoraba qué podría estar sucediendo en Niroli. Quizá Nico se hubiera prometido finalmente a Anastasia. De hecho, ahora que sabía que no era estéril, lo mismo le daba una mujer que otra, y no le haría falta intentar sobornar a Anastasia para que permaneciera a su lado como había hecho con ella.

Tras abandonar Niroli, Carrie había decidido que la única forma de mantener a salvo a su bebé cuando naciera sería llevar una vida lo más anónima posible. La decisión de vivir en Londres tal vez no hubiera sido la más acertada, pero tenía que ganarse el sustento, y había decidido que en una ciudad grande tendría más posibilidades

de encontrar trabajo.

De hecho, había decidido probar suerte y lanzarse a intentar hacer realidad su sueño de dedicarse de forma profesional a la pintura. Había terminado unos cuantos cuadros, y una pequeña galería había mostrado interés por su trabajo y estaba dispuesta a organizar una exposición con ellos.

Aquello era lo que siempre había querido. ¿Por qué entonces se sentía tan vacía? Carrie sacudió la cabeza y trató de alejar ese pensamiento de su mente. Dio un par de pasos atrás, ladeó la cabeza y observó con ojo crítico el óleo que estaba pintando. Tenía que olvidar a Nico; tenía que dejarlo atrás y seguir con su vida.

Carrie, que había ido a comprar unos pinceles y unos tubos de pintura, no se volvió al oír la campanilla de la tienda cuando la puerta se abrió detrás de ella. ¿Por qué iba a volverse? No conocía a nadie en aquel barrio de Londres. El dependiente había ido a la trastienda y ella estaba de pie frente al mostrador.

Sin embargo, el aire pareció cargarse de electricidad cuando la campanilla se quedó quieta y en la tienda volvió a reinar el silencio.

Fue entonces también cuando detectó el olor de una colonia familiar.

—¿Carrie?

El corazón le dio un vuelco al oír aquella voz, y comenzó a latirle muy deprisa cuando se volvió.

—¿Nico? ¿Cómo…?

Lo único que impidió que le cedieran las rodillas fue que Nico se acercó y la asió por los hombros.

Estaba empapado por la lluvia, necesitaba un buen afeitado y parecía exhausto.

—Por fin… —murmuró con una sonrisa.

—¿Cómo me has encontrado? —inquirió ella aturdida.

Habría querido pellizcarse para saber si estaba soñando o estaba despierta, pero no se atrevía a moverse por temor a que Nico se desvaneciera.

—He ido enseñando esta foto tuya a los dueños de distintas galerías de arte hasta dar contigo —explicó él mostrándole una fotografía que llevaba en la mano antes de guardársela en el bolsillo.

—Pero hay docenas de galerías en Londres…

—Cientos —la corrigió él, sonriéndole de nuevo.

El dependiente había regresado. Carrie pagó lo que debía sintiéndose como si estuviera en trance. Nada de aquello parecía real; ni siquiera la bolsa de papel que le tendió con las cosas que había comprado.

—Deja, ya te la llevo yo —dijo Nico.

—No —replicó ella apretándola contra su pecho—. Te lo agradezco, pero no es necesario.

Carrie no sabía qué pensar. ¿Se alegraba de volver a verla, como sugerían sus sonrisas, o simplemente se sentía aliviado porque por fin había dado con ella? Al fin y al cabo, había intentado sobornarla para que se casase con él y se quedase en Niroli, y ella había huido.

Cuando salieron a la calle Nico estornudó varias veces.

—Será mejor que vengas conmigo a casa o pillarás una neumonía —dijo Carrie. Luego, no queriendo darle una impresión equivocada añadió—. O quizá deberíamos ir a una cafetería por aquí cerca.

Sin embargo sus mejillas ya se habían teñido de rubor, dejándole entrever cuánto lo amaba y cuánto lo había echado de menos.

—Buena idea —respondió él.

Cruzaron al otro lado de la calle y entraron en una pequeña cafetería. Carrie tenía miedo de hacerse ilusiones, de creer algo que luego resultase no ser cierto. Nico se había tomado muchas molestias para encontrarla, sí, pero eso no implicaba necesariamente que se preocupase por ella, ni que le importase. Conocía muy bien a Nico y sabía que no se daba fácilmente por vencido.

Cuando les hubieron llevado los cafés que habían pedido, Nico se inclinó hacia delante con los antebrazos apoyados en la mesa y dijo:

—Carrie, necesito que vuelvas a Niroli conmigo.

Carrie suspiró y sacudió la cabeza.

—No pienso hacerlo, Nico. Intentaste chantajearme para que me quedara contigo —le recordó—. No puedes salirte siempre con la tuya.

Nico la miró a los ojos.

—Carrie, he venido porque tenemos que hablar del futuro de un bebé.

—En ese caso, hablaremos aquí, en Londres.

—No es posible; ha ocurrido algo y tengo que regresar a Niroli de inmediato.

Carrie palideció.

—¿Le ha sucedido algo a tu madre?

—No, mi madre está bien. Se trata de otra cosa, pero es un asunto que no puede esperar.

Carrie se dijo que tampoco podía tratarse de su abuelo. Si la salud del anciano rey se hubiese deteriorado, se habría enterado aunque no leyese los periódicos.

—Mi hogar está aquí, Nico.

—Mira, Carrie, si pudiera quedarme más tiempo lo haría, pero me necesitan en Niroli —insistió él—. Buena parte de la economía de nuestro país depende del cultivo de la vid, y se ha desatado una crisis en el sector. Mi hermano menor, Max, está intentando controlar la situación, pero necesita mi ayuda.

Carrie se sintió avergonzada por pensar mal de él, por creer que sólo estaba buscando una excusa para conseguir lo que quería, pero necesitaba asegurarse de que aquello no era una treta más de Nico.

—Lo siento, Carrie, pero necesito que me digas si estás dispuesta o no a venir conmigo. No puedo quedarme más tiempo en Londres.

Lo que más le molestaba a Carne de aquella situación era que, en el fondo, nada había cambiado. Nico, pragmático como siempre, estaba diciéndole que tenía que regresar a Niroli para ayudar a su hermano a solucionar aquella crisis y, de paso, para matar dos pájaros de un tiro, pretendía atar cabos sueltos. Eso era lo que el bebé y ella eran para él: cabos sueltos.

—Podrías hacerte un chequeo en Niroli. ¿Te has hecho ya alguna ecografía? —inquirió él, mirándola expectante.

—Ya he solicitado una, Nico; voy mañana al ginecólogo.

—Puedes hacértela en Niroli; me gustaría ir contigo.

Carrie bajó la vista a su taza y se puso a remover el café con la cucharilla.

—¿Y bien? —la instó él, impaciente—. ¿Qué opinas?

Ella levantó la cabeza y le dijo la verdad:

—Opino que lo que estás haciendo es un golpe bajo, Nico, que estás jugando sucio.

—Cuando la situación lo requiere, no tengo otro remedio —

admitió él.

—¿Y qué dirá la princesa Anastasia?

—¿Qué tiene que ver aquí Anastasia?

—Mucho, si vas a casarte con ella.

—¿Casarme con ella? —repitió Nico contrayendo el rostro.

Carrie apartó la vista. No debía hacerse ilusiones; no debía.

—Te aseguro que eso no va a ocurrir —dijo Nico con firmeza.

Carrie se sintió tan aliviada al oírle decir eso que, por un momento, estuvo a punto de echarle los brazos al cuello.

—Comprendo que tengas que regresar a Niroli, la familia es lo primero. Tal vez cuando se haya resuelto esa crisis podamos hablar. ¿O tienes intención de quedarte allí? —inquirió, pues no se atrevía a preguntarle directamente si aspiraba a ser el próximo rey.

—Mi negocio está aquí, en Londres —contestó él sin que su rostro dejara entrever emoción alguna.

—¿Significa eso que vas a volver?

—¿Y qué me dices de ti, Carrie? —inquirió Nico en vez de contestar a la pregunta—. ¿Volverás a trabajar para mí cuando el bebé haya nacido?

—No lo creo —contestó ella con sinceridad.

—¿No hay posibilidad de que reconsideres tu decisión y vengas conmigo a Niroli para que podamos hablar?

Carrie dejó escapar un pesado suspiro.

—Nico, por favor, no insistas más.

—Como quieras. Estoy dispuesto a que seas tú quien ponga las condiciones —dijo él. Se sacó un bolígrafo y un papel del bolsillo y escribió un número—. Aquí tienes mi teléfono. Llámame cuando te sientas preparada para hablar.

Nico no esperó a ver su reacción, sino que se levantó y se marchó. Carrie lo siguió con la mirada mientras zigzagueaba por entre las mesas de la cafetería en dirección a la salida. Le resultaba difícil creer que hubiera ido hasta allí y aceptar marcharse sin chistar. Nico no se detuvo ni se volvió y, cuando llegó a la puerta, la empujó, salió a la calle y lo vio levantar el brazo para parar un taxi.

Capítulo 13

Después de que Nico la dejara en la cafetería, Carrie había estado pensando y, finalmente, había decidido darle un voto de confianza. Nico la había recogido en su apartamento esa tarde y habían tomado el primer vuelo a Roma, donde un helicóptero de la Casa Real los estaba esperando para llevarlos a Niroli.

La cita en la clínica privada de Niroli donde iban a hacerle la ecografía era para la tarde del día siguiente, y Carrie había creído que Nico se uniría a ella en algún momento durante la mañana, pero sólo lo había visto dos veces, y las dos había sido a través de la ventana.

La primera, unos minutos antes del desayuno, había visto a Nico montarse en su coche para ir a reunirse con su hermano; y la segunda, después del almuerzo, iba vestido como si fuese a montar a caballo.

Cuando ya iba a ser la hora de que salieran para ir a la clínica llamaron a la puerta de su habitación. Carrie sabía que tenía que ser él, y aunque estaba lista desde hacía más de una hora y que llevaba esperando diez minutos de pie junto a la puerta, contó hasta veinte antes de abrir.

—Perdona que esto tenga que ser tan apresurado —se disculpó Nico entrando como un torbellino sin siquiera mirarla.

Carrie parpadeó.

—No te preocupes, ya estoy lista.

—No, me refería a que me perdones porque sé que no es el mejor momento para darte esto —replicó él volviéndose.

Se sacó una cajita de terciopelo negro del bolsillo de la chaqueta y se la tendió. Carrie la tomó y la miró perpleja.

—¿Qué es?

—Ya sé que no es muy romántico, pero… Es un anillo, Carrie.

—¿Un anillo? —repitió ella, apretando la cajita entre sus dedos.

—Un anillo de compromiso —contestó él con cierta impaciencia, como si fuese algo obvio—. ¿No vas a abrir la caja para verlo?

—Espera… —murmuró acercándose y tomando la cajita de su mano—. Déjame a mí.

En el interior había un anillo de platino con el diamante más grande que Carrie había visto en toda su vida.

—¿Era el más caro que tenían en la tienda? —inquirió.

Nico, que estaba intentando ponérselo en el dedo, ni siquiera advirtió su sarcasmo.

—Bueno, sí, era uno de los más caros.

—Lo que he querido decir es que si ha sido ése el motivo por el que lo has escogido —dijo Carrie.

El anillo no pasaba ni del primer nudillo.

—La verdad es que yo de estas cosas no entiendo demasiado —reconoció Nico, que seguía empeñado en intentar que el anillo entrara a la fuerza—. La dependienta me ayudó.

—Nico, quítamelo —dijo Carrie, irritada, apartando el dedo—. No lo quiero.

—¿Qué no lo quieres? —repitió él incrédulo.

—No escuchaste una sola palabra de lo que te dije la última vez que hablamos, ¿verdad? No quiero casarme contigo, ni quiero tu dinero, ni nada de lo que puedas comprarme con él —le espetó.

Se quitó el anillo de la mano, lo guardó de nuevo en la caja y se la entregó.

—Estoy segura de que te devolverán el dinero.

—Bueno, eso no es problema; aún no lo he pagado.

—Oh, vaya, qué bien. Me alegro por ti —le dijo ella con sarcasmo.

Nico, al menos, tuvo la decencia de sonrojarse.

—Carrie… Perdona, ha sido una torpeza por mi parte; no debería haber dicho eso.

—Sí, lo ha sido —murmuró ella, y esa vez no bastaba con una disculpa—. Has hecho un hueco en tu apretada agenda para ir a comprarme un anillo y se supone que tengo que estar agradecida, ¿no es eso? —dijo entre triste y dolida—. Nico, el matrimonio es algo sagrado, y no quiero que cuando mi hijo crezca descubra que

sus padres se casaron sólo porque el tiempo apremiaba.

—Pensé que deberíamos formalizar las cosas…

—¿Cómo firmar un contrato?

—Justamente —dijo él, como aliviado de que entendiera lo que había querido decirle.

Nico quería a toda costa asegurarse de que no iba a intentar volver a marcharse con su hijo, pero ella no quería casarse con un hombre que no la amaba.

—¿No querrás ser madre soltera? —insistió Nico.

Jamás se daba por vencido, se dijo Carrie.

—Conozco a varias madres solteras que están criando solas a sus hijos sin ningún problema —le espetó con aspereza.

—Bueno, no te pongas así. Sólo pensé que como madre querrías…

—Perdona, pero me parece que no tienes ni idea de lo que siente una madre, y me parece muy triste cuando tú tienes a una madre maravillosa que te adora y que haría cualquier cosa por que fueras feliz. Un certificado de matrimonio no es nada comparado con el amor que una madre siente por su hijo.

Nico la miró irritado, pero aquél no era momento para discusiones.

—Vamos —dijo yendo a abrir la puerta—. Será mejor que nos marchemos o llegaremos tarde a la clínica.

Tanto Carrie como Nico contuvieron el aliento mientras la ginecóloga extendía un poco de gel sobre el vientre de Carrie para realizar la ecografía. Cuando apareció la imagen del feto en la pantalla, un gemido ahogado escapó de la garganta de Carrie y Nico exclamó un «oh, Dios mío», maravillado.

—Ése es su bebé —dijo la mujer sonriendo.

—¿Podría imprimir la imagen? —pidió Nico, que no podía despegar los ojos de la pantalla.

—Claro, cómo no.

Mientras la ginecóloga hacía los ajustes necesarios a la máquina, Carrie apartó el rostro para no mirar a Nico. No podía soportar ver aquella expresión emocionada en su rostro y hacerse ilusiones que luego se desmoronarían como un castillo de naipes.

—Oh, Carrie, Carrie, fíjate en esto… —murmuró Nico ayudándola a incorporarse un poco para que viera la imagen

impresa que acababa de entregarle la ginecóloga—. ¿Podemos quedárnosla? —preguntó a ésta.

—Por supuesto que pueden —respondió la mujer con una sonrisa indulgente, como si hubiese vivido ese momento innumerables veces y nunca se cansara de él.

—No llores, Carrie —dijo Nico—. Es como un milagro…

Carrie lo miró y vio que él también estaba llorando. Cuando se lo dijo, lo negó, por supuesto, y se puso de pie y se tiró de los puños de la camisa como para disimular. Carrie tuvo de pronto la impresión de que Nico estaba ansioso por salir de allí y estar a solas para que nadie viera cómo lo emocionaba todo aquello.

—Te dejaré para que puedas vestirte —murmuró.

—Oh, no, quédese —dijo la ginecóloga—. Me iré yo para que puedan estar a solas un momento.

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, la mujer había salido de la consulta.

—Es increíble —dijo Nico en un tono quedo, mirando de nuevo la imagen impresa en sus manos.

—¿Me dejas verla otra vez? —pidió Carrie, emocionada.

—Claro.

Nico no se la dio, como si temiera separarse de ella un sólo segundo, sino que se sentó junto a ella, al borde de la camilla, y la sostuvo para que la viera.

—¿Tú crees que ésas son piernas de niño o de niña?

Carrie escrutó su rostro en silencio antes de responder.

—¿Importa eso?

—No, por supuesto que no. Con tal de que el bebé nazca sano, no me importa que sea niño o niña —contestó Nico—. ¿Te importa que me quede esto?

Carrie quería decirle que sí le importaba, pero le pareció que sería egoísta cuando ella tenía al bebé.

—No, no me importa.

Nico se puso de pie y carraspeó, todavía algo incómodo por todo aquello, pues no estaba acostumbrado a expresar sus emociones.

—Bueno, te esperaré fuera mientras te vistes.

Carrie asintió y Nico salió.

Nico apenas dijo nada durante el trayecto de regreso al palacio, y cuando llegaron dejó a Carrie al cuidado de su madre. Para

justificarse dijo que tenía que ir a hablar con su hermano Max para ver cómo iban las cosas.

Desde la ventana de su dormitorio, Carrie siguió pensativa el coche de Nico hasta que se perdió en la lejanía. Se había llevado la ecografía en el bolsillo de la chaqueta, y se preguntó si la sacaría de cuando en cuando para mirarla.

Cuando Nico regresó, la encontró sentada a la orilla del lago, echada hacia atrás con las manos apoyadas en el césped y los ojos cerrados.

Ella no lo oyó llegar y, cuando lo sintió agacharse a su lado, dio un ligero respingo y abrió los ojos sobresaltada.

—¿Va todo bien? —preguntó haciéndose visera con la mano.

—Sí, sí, parece que las cosas se están solucionando. Max está más tranquilo.

Nico alargó la mano para apartar un mechón de su rostro, y ella volvió a dar un respingo.

—¿No confías en mí, Carrie?

Ella bajó la vista azorada.

—Perdona si te sobresaltado apareciendo así, de repente —le dijo Nico.

—No, no pasa nada; sólo estaba contemplando el paisaje.

—¿Con los ojos cerrados?

Carrie no pudo evitar sonreír.

—Hagámoslo juntos —sugirió él echándose hacia atrás y cerrando los ojos.

—Nico… —lo increpó ella riéndose.

Él abrió un ojo y la miró.

—Eres imposible —añadió Carrie riéndose de nuevo.

—Bueno, al menos estamos de acuerdo en algo.

Nico se inclinó hacia ella y Carrie estaba segura de que iba a besarla, pero en el último momento se puso de pie y se alejó hasta el borde del agua.

—Bueno, ¿cómo te sientes? —preguntó de espaldas a ella y con los brazos cruzados—. Ahora que hemos visto al bebé, quiero decir.

Carrie sabía que se había alejado porque no quería que viera hasta qué punto lo había emocionado ver la ecografía.

—Ha sido increíble.

Nico volvió a sentarse a su lado y se quedaron callados durante

un buen rato, mirando el lago.

—¿De verdad eras virgen cuando lo hicimos la primera vez? —preguntó él en un tono quedo.

—Sí.

Nico se giró hacia ella, la miró a los ojos y volvió a inclinarse, pero esa vez sí la besó. Fue un beso muy distinto de los que habían compartido en otras ocasiones, con tanta ternura que Carrie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

¿Por qué se torturaba así?, ¿por qué insistía en querer engañarse cuando sabía que Nico no la amaba?

—Carrie, ¿qué ocurre? —inquirió él, asiéndola por la muñeca cuando despegó sus labios de los de él y apartó el rostro.

—No puedo soportar la idea de que estés haciendo esto sólo porque quieres que me quede —murmuró.

Nico suspiró. ¡Ojalá supiera cómo expresar sus sentimientos! Deseaba a Carrie con la misma intensidad con que la había deseado el primer día, pero algo había cambiado, algo que había hecho que sintiera por ella más que deseo, algo más profundo.

Hizo a Carrie tumbarse junto a él y se apoyó en un codo para mirarla. Parecía tan joven, tan vulnerable…, pero él sabía que a pesar de ese aspecto frágil era una mujer muy fuerte. Enredó un mechón de Carrie en su dedo y lo acarició.

—¿No vas a besarme, Nico? —preguntó ella en un susurro.

Si Carrie supiera que con una sola mirada de sus ojos azules era capaz de hacerlo rendirse a sus pies…

—No, voy a quedarme aquí mirándote… y luego voy a hacerte el amor.

Cuando Carrie se sonrojó, aunque él no lo había dicho en serio, Nico sintió la tentación de hacerle el amor allí, bajo el sol, envueltos por la suave fragancia de las flores silvestres que impregnaba el aire y con el trinar de los pájaros de fondo.

Le acarició con las yemas de los dedos el cuello, y Carrie se estremeció y le rodeó el cuello con los brazos.

Nico inclinó la cabeza y la besó con sensualidad.

Carrie estaba tan cómoda allí, en sus brazos, que por unos instantes se olvidó de todo, pero cuando la mano de Nico se cerró sobre uno de sus senos se puso tensa. ¿Había dicho en serio lo de hacerle el amor? No era que la idea no le resultase excitante, pero

allí, a plena luz del día, cualquiera podría verlos, aunque conociendo a Nico, sabía que ese riesgo no lo detendría.

Capítulo 14

—Podría vernos alguien —dijo Carrie preocupada, cuando los labios de Nico descendieron hacia su cuello.

—Bueno, también podrían oírnos —apuntó él entre beso y beso —. De hecho, hay bastantes probabilidades de que nos oigan.

—Nico, estoy hablando en serio.

—No te preocupes, puedes hacer todo el ruido que quieras.

—¿Qué te hace pensar que quiero hacer ruido?

—Sé que lo harás —respondió él con una sonrisa lobuna, levantando la cabeza para mirarla.

Cuando volvió a besarla, Carrie sintió que se derretía. Aquella vez no iba a ser como las anteriores; aquella vez Nico estaba siendo dulce con ella. Y no había hablado de «sexo», había dicho que iba a hacerle el amor. Sólo por eso Carrie se dijo que merecía la pena correr el riesgo de ser descubiertos.

—Acaba de ocurrírseme algo —dijo Nico de pronto, levantando la cabeza.

—¿El qué?

Nico esbozó una sonrisa picara.

—Ésta es tu oportunidad de adentrarte desnuda en las aguas del lago como una ninfa.

—El agua debe estar fría —apuntó Carrie, incorporándose para mirar la tranquila superficie del lago—. Pero si insistes…, tú primero.

Una vez más había creído que Nico hablaba en broma, pero él se puso de pie, se desvistió en cuestión de segundos y se zambulló.

—Quítate la ropa y únete a mí —desafió a Carrie.

Ella miró nerviosa en todas direcciones, pero finalmente se desvistió y se dirigió hacia él. En cuanto metió los pies en el agua,

notó que estaba tan fría como se había imaginado, pero ya no podía echarse atrás y se zambulló de cabeza como había hecho Nico.

Cuando volvió a salir a la superficie, dio unas cuantas brazadas para entrar en calor y acostumbrarse a la temperatura del agua. Nico se puso a nadar junto a ella, pero él en cambio no parecía tener frío, y se movía como si el agua fuese su elemento natural.

Al llegar a una parte poco profunda, Nico la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

Comenzaron a besarse y acariciarse, redescubriéndose el uno al otro, y antes de que supiera lo que estaba pasando, Carrie se encontró con las piernas en torno a la cintura de Nico.

Jadeó cuando Nico se hundió en ella y se arqueó hacia atrás, maravillándose del contraste entre el agua fría y el calor de él en su interior.

Se levantó un pequeño oleaje a su alrededor cuando comenzaron a moverse, moviendo las caderas contra las del otro, y Carrie se entregó a las maravillosas sensaciones que estaba experimentando.

Como una melodía, su placer fue *in crescendo* y, cuando alcanzaron el orgasmo juntos, de los labios de ella escapó un intenso gemido.

Nico la llevó hasta la orilla en brazos y, tras tenderla en la hierba y tumbarse a su lado, murmuró contra sus labios: «la próxima vez en la cama», y se rió suavemente, como si la idea de hacerlo en un lugar tan común fuera a ser una aventura sólo por ser con ella.

Carrie se rió también y cerró los ojos. Nunca se había sentido tan feliz, ni tan relajada, y era porque tenía la certeza de que Nico había cambiado.

Pasaron toda la noche juntos, y en la cama, como de un modo jocoso apuntaría Nico.

Cuando Carrie se despertó, se encontró con Nico girado hacia ella, mirándola. Le sonrió soñolienta y suspiró de puro contento mientras él le acariciaba el cabello.

—Te quiero tanto… —murmuró rodeándole el cuello con los brazos—. ¿Sabes qué estoy pensando? Que podríamos pasar todo el día en la cama —le susurró, seductora.

Nico sonrió, pero desenganchó los brazos de Carrie de su cuello y se incorporó.

—Otro día, *bellissima*.

Carrie empezó a tener dudas de nuevo. Nico no la amaba. Para él era como una muñeca, un juguete, pero no sentía por ella lo que ella sentía por él, no era una prioridad en su vida.

Sin embargo, ni siquiera su orgullo le impidió preguntarle:

—¿No podrías quedarte un poco más?

Necesitaba que la abrazara, que le diese alguna muestra de que estaba equivocada, pero entonces se acordó de su hermano Max y del problema que estaban intentando solucionar.

—Perdona, me había olvidado —murmuró.

—¿De qué? —inquirió él.

—De lo de tu hermano Max.

—Ah, eso. Tranquila, no pasa nada; se solucionará.

Se inclinó para besarla en la frente y fue a darse una ducha. Cuando regresó, Carrie estaba levantándose, y le sorprendió verlo poniéndose unos pantalones de montar.

—¿Vas a montar a caballo?

Nico la miró y esbozó una sonrisa por toda respuesta.

—Ten cuidado —dijo Carrie.

—Tranquila —contestó él.

Carrie se quedó mirándolo preocupada.

—¿No irás a hacer nada peligroso, verdad?

—No —contestó él frunciendo el entrecejo, como si su insistencia lo molestara.

Carrie no sabía si creerlo, pero antes de que pudiera decir nada más Nico se acercó y la besó en la mejilla.

—Luego nos vemos.

Carrie había estado preguntándose qué eran todos aquellos banderines que habían colocado en las almenas, y cuando la princesa Laura le explicó la razón, el corazón le dio un vuelco.

Las murallas se habían adornado con motivo del palio, una carrera de caballos que se celebraba cada año por esas fechas.

La carrera discurría por las calles del casco antiguo de la ciudad, y jinetes de distintas familias competían en ella. La princesa Laura le explicó que era muy emocionante, pero también peligroso, y que ellas seguirían la carrera desde lo alto de las murallas.

Al parecer, el premio no era más que una vieja bandera, pero los jinetes competían por honor, y por ese motivo los hombres eran

capaces de arriesgar su vida, había añadido encogiéndose de hombros.

Carrie le preguntó si alguien de su familia iba a competir, y la princesa Laura negó con la cabeza, diciéndole que no dejaría que ninguno de sus hijos participase, pues era demasiado peligroso.

En ese momento Carrie estaba en sus habitaciones, recordando esa conversación, y estaba muy preocupada. Con aquella mañana ya eran dos las ocasiones en que había visto a Nico vestido para ir a montar. Su madre podía decir lo que quisiera, pero ella dudaba que le hubiese hecho demasiado caso desde que había alcanzado la mayoría de edad.

No, Nico no sería capaz de hacer algo así, de poner su vida en peligro de ese modo cuando iba a ser padre, se dijo, intentando calmarse.

Minutos después regresó Nico y Carrie lo siguió al cuarto de baño, observándolo preocupada mientras se lavaba la cara y las manos.

—Nico, dime que no estás pensando en…

—¿Qué no estoy pensando en qué? —la interrumpió él mientras se secaba.

—No irás a hacer algo que ponga en peligro tu vida, ¿verdad?

Nico se irguió y dejó la toalla sobre el lavabo.

—No soy yo el que está embarazado, Carrie; no tengo que pasarme el día tumbado con los pies en alto.

—Nico, tú sabes de qué estoy hablando. ¿Vas a participar en el palio?

—¿Y qué si pienso hacerlo? —le espetó él irritado, pasando por delante de ella para salir del baño.

—¿Y si yo no quiero que lo hagas? —le respondió yendo tras él.

—Te diría que no es algo sobre lo que puedas decidir.

—¿Para eso me has traído de vuelta a Niroli contigo, para que pueda ver cómo te matas?

—No, te he traído conmigo porque teníamos que hablar y porque tenía que ayudar a mi hermano. La carrera ha sido algo que sencillamente ha surgido; no lo tenía previsto.

—¿Algo que ha surgido, que no tenías previsto? —repitió ella—. ¿Cómo yo?, ¿cómo el bebé? ¿O es que nosotros estamos por detrás incluso de esa carrera en tu lista de prioridades?

—Carrie, basta ya —dijo Nico enfadado.

Ella dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué es lo que creo? Creo que estás enamorado del peligro. Es lo único que te importa, esos desafíos sin sentido que tú mismo te marcas. Y me preguntó en qué lugar nos deja eso al bebé y a mí.

—Estás reaccionando de una manera desproporcionada y, además, estás siendo ridícula. ¡Sólo es una carrera!

—¡Una carrera muy peligrosa! —le espetó ella siguiéndolo cuando se dirigió hacia la puerta—. Nico, te quiero… Por favor, no hagas esto… —le rogó agarrándolo de la manga.

—No tengo diez años, Carrie —replicó él soltándose—. No te metas en cosas que no entiendes. Tomar parte en el palio es motivo de orgullo para cualquier ciudadano de este país.

—Es una batalla de testosterona.

—Hablas así porque eres mujer. Tú no comprendes…

—Hablo así porque soy la madre de tu hijo, una madre que quiere un padre para su hijo —lo interrumpió ella. Sin embargo, era evidente que no le estaba sirviendo de nada intentar razonar con él —. No has cambiado nada, ¿no es así, Nico?

—Siento decepcionarte.

—Ya. Pues no esperes que vaya a animarte.

—No espero nada de ti —le aseguró él—. No espero nada de nadie; ésa es la única manera de no llevarte una decepción.

Carrie se quedó helada. Nico acababa de decirle sin rodeos que su amor no significaba nada para él, y no vio sentido alguno en intentar detenerlo cuando se dio media vuelta y salió de la habitación.

El casco antiguo de la ciudad bullía de actividad el día de la carrera. Carrie se las había ingeniado para salir del palacio tras excusarse con la princesa Laura, aduciendo que hacía mucho calor para ella y que iba a su habitación a echarse un poco.

El corazón le latía desbocado, resonaba en sus oídos por encima del ruido de la gente, y en lo único en lo que podía pensar era en que tenía que encontrar a Nico.

Le daba igual que no sintiera nada por ella. Tenía que encontrarlo e impedir que pusiera en peligro su vida.

Uno de los sirvientes, un chico joven, le había dicho que Nico

debía estar ya allí, en el casco antiguo, y Carrie estaba decidida a averiguar dónde se hallaba la salida, y si Nico estaba allí le suplicaría si fuera necesario para evitar que participase.

Olió a los caballos antes de verlos: un olor peculiar, mezcla de sudor y cuero.

Se abrió paso entre la muchedumbre que se amontonaba junto a los puestos de comida y llegó a una plaza donde había congregada más gente en torno a un grupo de nerviosos purasangres confinados en un pequeño recinto delimitado por postes y cuerdas. Los mozos intentaban controlarlos, agarrando con fuerza las riendas mientras los animales se encabritaban y relinchaban. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los jinetes iban a montar a pelo, haciendo que la carrera fuese aún más peligrosa.

Nico no parecía estar allí, y ella se vio obligada a abrirse paso de nuevo entre la multitud hasta llegar a la enorme plaza donde la princesa Laura le había dicho que los jinetes acababan la carrera.

El suelo de la plaza se curvaba hacia el centro en una pendiente cóncava, y los resbalosos adoquines harían aquella parte del recorrido aún más traicionera.

Continuando el trayecto por el que discurriría la carrera, vio que estaban echando arena por las calles para ofrecer a los caballos alguna protección, pero las calles eran muy estrechas y tenían giros muy abruptos.

Carrie se puso de puntillas para intentar ver por encima de las cabezas de la multitud. No había llegado hasta allí para darse por vencida. No hablaba italiano, ni tampoco el dialecto de Niroli, pero el nombre de Nico tenían que entenderlo.

—¿Nico Fierezza? —empezó a preguntar en voz alta.

La gente la miraba con extrañeza, pero una mujer mayor se acercó a ella.

—Yo lo conozco —le dijo en un inglés con mucho acento italiano—. Nico Fierezza participa en nombre de mi *famiglia*.

—¿Su familia? —repitió Carrie sin comprender.

La mujer estaba vestida con un traje tradicional y parecía bastante humilde. No creía que Nico pudiese estar emparentado con ella.

—Sí, por mi *famiglia* —repitió la mujer orgullosa con una sonrisa, dándose un par de palmadas en el pecho—. Nunca hemos

ganado el palio, pero Nico se ha ofrecido a correr por nosotros y ganará la carrera.

A Carrie la conmovió que Nico se hubiera ofrecido a hacer aquello por esas personas, pero aun así no dejaba de ser una locura.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Venga conmigo; seremos las primeras en saludarlo cuando llegue a la meta.

—Oh, no, debo verlo ahora… —replicó Carrie.

Pero la mujer no estaba escuchándola. La había tomado de la mano y estaba tirando de ella. Carrie la llamó, pidiéndole que se detuviera y la escuchara, pero su voz se vio ahogada por repiques de campanas. Era como si las campanas de todas las iglesias de Niroli estuviesen tocando en ese momento.

—¡No dejarán de tocar hasta que empiece la carrera! —le gritó la anciana al oído—. ¡Tocan porque los caballos están siendo bendecidos!

—¿En las iglesias? —inquirió Carrie sorprendida.

—¡En varias iglesias por toda la ciudad! —le dijo la mujer—. ¡Venga, voy a llevarla al palco de mi familia!

—¡No, espere, yo…!

Carrie no quería ir a ningún sitio más que donde estuviese Nico, pero la mujer estaba tirando de su mano otra vez, arrastrándola con ella.

Cuando se detuvo, Carrie se encontró con que lo que la mujer había llamado «palco» no era más que un sitio en uno de los lados de la plaza marcado con un banderín.

—Le va a encantar, ya verá —dijo la anciana entusiasmada—; a los turistas siempre les gusta. El palio es una carrera con mucha emoción y peligro. En alguna ocasión ha muerto algún jinete, ¿sabe, usted? Y también algún caballo.

Carrie palideció. Nico tenía que retirarse de la carrera. Miró en derredor desesperada. Cada vez había más gente en la plaza.

Sintió náuseas. El calor era sofocante. Las campanas habían dejado de sonar. La carrera debía estar a punto de comenzar. Nico… ¿Dónde estaba Nico?

La gente prorrumpió en vítores cuando los jinetes empezaron a desfilar por delante de ellos con sus caballos. Carrie se estremeció al ver la expresión de sus rostros. Todos parecían ansiosos por que

diera comienzo la carrera y decididos a no mostrar compasión a los demás con tal de ganar.

Entonces por fin vio a Nico. Levantó los brazos y lo llamó, pero Nico ni siquiera la vio y pasó de largo. Ella siguió gritando su nombre, frenética, pero en medio del griterío de la multitud era imposible que la oyera. Sólo podía rezar por que no le ocurriese nada.

Capítulo 15

Más gente estaba agolpándose alrededor de Carrie para ver la última vuelta, y los gritos de la muchedumbre hacían que no resultara difícil seguir el avance de la carrera, aunque no podía ver a los caballos. Lo único que podía ver eran cabezas, hombros y espaldas.

El calor era cada vez mayor, y no corría ni una pizca de brisa.

Y entonces lo vio, vio a Nico. ¡Estaba a salvo! Pudo verlos a él y a otro jinete que lo seguía de cerca. Iban cuello con cuello y bastante distanciados del grupo. El ruido era tremendo a medida que se acercaban a donde ella estaba, y los cascos de los caballos hacían saltar chispas al chocar con los adoquines.

Nico iba inclinado hacia delante sobre su montura, casi tumbado. El caballo tenía los músculos de la cabeza contraídos por el esfuerzo, las orejas echadas hacia atrás, en sus dientes se había formado espuma, y podía vérsele claramente el blanco de los ojos por lo abiertos que los tenía.

Carrie se notaba una sensación de presión en la cabeza, como si alguien estuviese martilleando dentro de ella. Los dos caballos estaban ya muy cerca, los músculos forzados al límite. La gente empujaba, gritaba… Carrie se tambaleó hacia atrás y trató de recobrar el equilibrio, pero de pronto sus rodillas cedieron, lo veía todo negro y se sintió cayendo… cayendo…

Luego, sin saber cómo había ocurrido, al abrir los ojos estaba a salvo en los brazos de Nico. Su voz hizo que recobrara el conocimiento. Nico gritaba para que la gente abriese paso. Carrie sintió que la oscuridad se cernía de nuevo sobre ella, pero estaba a salvo, en los brazos de Nico, que la sujetaba como si fuera para él lo más preciado del mundo.

—No…, no… —murmuró apartando algo que estaba presionando contra sus labios.

Cuando abrió los ojos, vio que Nico estaba intentando hacerle beber algo.

—Oh, Nico, cuánto lo siento… Lo he estropeado todo —murmuró.

Detrás de él vio a la anciana y Carrie se sintió aún más culpable. Le había estropeado el día a tanta gente…

—*Cara mia*, ¿te duele algo?

Carrie negó con la cabeza.

—Estabas buscándome —murmuró Nico—. Todo esto ha pasado por mi culpa. Ayer estaba tan enfadado cuando te dejé, y tú te quedaste tan intranquila… Gracias a Dios que estás bien. Si te hubiera pasado algo, yo… —la voz de Nico se quebró y agachó la cabeza para secarse con el dorso de la mano las lágrimas que habían acudido a sus ojos—. Te quiero, Carrie —dijo alzando la vista de nuevo—. Si te hubiese pasado algo, no habría podido seguir viviendo.

—¿Me… me quieres? —repitió Carrie incorporándose lentamente—. ¿Has dicho que me quieres?

—Cuando te vi tambaleándote, toda mi vida pasó frente a mis ojos en un momento y el futuro sin ti… No podía soportar siquiera la idea.

—Pero lo he estropeado todo —murmuró ella—. Has perdido la carrera por mi culpa.

—¿La carrera? —Nico la miró aturdido, como si se hubiera olvidado por completo de eso—. Tú eras lo único que podía ver en ese momento: tú, Carrie —sacudió la cabeza—. No puedo imaginar mi vida sin ti… —dijo con voz ronca por la emoción.

—Pero el palio…

Nico le impuso silencio con un dedo sobre sus labios.

—Nada, absolutamente nada, es más importante para mí que tú, Carrie —dijo atrayéndola hacia sí para abrazarla.

De pronto se oyeron vítores, y Carrie se quedó escuchando.

—Están aclamándote, Nico… —dijo apartándose de él para mirarlo—. ¿Cómo es posible? No comprendo…

—¿Qué recuerdas de la carrera? —le preguntó Nico.

—No mucho —contestó ella.

La anciana se acercó en ese momento.

—Debería estar contenta, *signorina*. Le ha robado el corazón al ganador del palio —dijo con una mirada picara.

Carrie miró a Nico confundida.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que he ganado —dijo él con una leve sonrisa, aunque tan parco en palabras como siempre.

—¿Has ganado? Pero… ¿cómo has podido ganar si no has llegado a cruzar la línea de meta? ¿Qué pasa, Nico, por qué sonríes?

—Fuoco cruzó en primer lugar la meta, por una cabeza. Daba igual que no me llevara a mí encima; a nadie le importa el jinete.

En ese momento, se oyó de nuevo jaleo fuera, después un ruido de agua, como si alguien se hubiese tirado a una piscina, y luego risas.

—Pobre tipo —dijo Nico.

—¿Quién?

—El jinete que llegó en segundo lugar a la meta. Lo han tirado al abrevadero; es la costumbre.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquirió ella perpleja—. Si ha llegado en segundo lugar lo ha hecho muy bien.

—Sí, pero en Niroli se considera que llegar el segundo es más vergonzoso que llegar el último porque la gente dice que quien llega el segundo podría haber ganado si se hubiese esforzado un poco más.

—Vaya. Bueno, pues me alegro de que te hayas librado del chapuzón —dijo Carrie riéndose.

—También yo —contestó Nico—. Perdóname por preocuparte, Carrie.

—Estás perdonado —respondió ella mirándolo a los ojos con ternura.

Fuera se oyeron nuevos vítores por Fuoco y Nico, pero éste estaba demasiado ocupado besando a Carrie.

De regreso en palacio Nico insistió en que Carrie debía descansar. Había llamado al médico de cabecera de la familia para que la viera, y éste había dicho que se encontraba bien, que probablemente el desmayo había sido sólo efecto del calor.

Aun así, Nico hizo que se echara y se sentó con ella.

—Tienes que prometerme que no vas a hacer más locuras —

estaba diciéndole Carrie en ese momento—. Nada de tirarte en paracaídas, ni bucear con tiburones… y ni una sola carrera más de caballos.

—¿Y qué cosas de ti debería cambiar yo? —murmuró él, fingiéndose pensativo.

—Te hablo en serio Nico. Tienes que prometerme que ahora que vas a ser padre, dejarás de correr esa clase de riesgos.

—Perdóname. Supongo que tienes razón; es fácil correr riesgos cuando no tienes a nadie que dependa de ti.

—Nadie depende ti —replicó Carrie—, pero eso no significa que puedas ponerte a hacer locuras como si tu vida no valiese nada.

—¿De modo que ésta va a ser una relación unilateral? —la provocó Nico—. Quizá tú no quieras depender de mí, Carrie, pero nuestro hijo dependerá de los dos, y yo creo que no sería tan malo que te apoyaras un poco en mí, ¿no? —añadió poniéndose serio.

Carrie suspiró.

—Ya sabes cuál es mi postura al respecto.

—¿Y cambiaría si nos casáramos?

Cuando ella se quedó callada, él añadió:

—Además, el que dependas de mí no significa que tengas que renunciar a tu independencia.

Al ver que ella seguía sin decir nada, Nico continuó:

—Déjame cuidar de ti, Carrie. Quiero hacerme cargo del bebé y de ti.

—¿Seguro que no es porque te sientes en la obligación de hacerlo? —inquirió ella preocupada.

Preferiría ser madre soltera antes de casarse con Nico sólo porque él creyera que era lo correcto.

—Muy seguro —asintió él.

Se arrodilló al pie de la cama, le tomó la mano y se la llevó a los labios para besarla.

—Di que te casarás conmigo, Carrie.

Las dudas volvieron a asaltarla. ¿Y si a pesar de lo que le había dicho estaba pidiéndole que se casara con ella sólo porque su sentido del deber lo obligaba a hacerlo? ¿Por qué querría un hombre como Nico casarse con ella? No era guapa, ni divertida, ni…

—Si lo piensas es lo más lógico que podemos hacer —le insistió

Nico.

Carrie apartó la mirada. Lógica… Ella siempre había aplicado la lógica en todo, pero en lo referente al amor, la lógica no tenía cabida. Ella quería que Nico le propusiese matrimonio porque estaba loco por ella, no porque fuese lo más lógico.

—Necesito tiempo para pensar, Nico. Y ahora… ahora, si no te importa, creo que voy a intentar dormir un poco. Necesito dormir —murmuró.

No tenía ningún sueño, ni estaba cansada, pero sí necesitaba estar a solas.

—Claro; lo entiendo. Luego nos vemos.

Cuando Nico hubo salido Carrie fijó la vista en el techo y suspiró. ¿Lo habría echado todo a perder con sus miedos?

Nico había tenido toda la noche para pensar en la conversación que había mantenido con Carrie, y todavía no podía creerse que hubiese manejado la situación con tanta torpeza.

El problema era que en los negocios siempre se movía con seguridad y sabía decir lo correcto, pero en lo referente a las relaciones personales estaba fuera de su elemento.

Se había dirigido a Carrie como si estuviera proponiéndole un negocio en vez de matrimonio, la decisión más importante de sus vidas.

Dios, había cometido tantos errores… Primero había intentado comprar a Carrie llevándola a la torre para convencerla de que se quedara en Niroli, y luego había puesto en peligro su vida sabiendo que iba a ser padre.

No le extrañaba que ella pensase que no le importaba su bebé. Además, estaba ya escaldada por todo lo que había pasado, y si no tenía cuidado la perdería.

Estaba tan acostumbrado a conseguir siempre todo lo que se proponía que ni siquiera se había planteado la posibilidad de que Carrie pudiese llegar a rechazar su propuesta de matrimonio.

Claro que, se dijo tratando ver las cosas desde un ángulo positivo, tampoco se había dejado vencer nunca. Iba a luchar por el amor de Carrie.

Carrie se rodeó la cintura con los brazos mientras observaba el lago. La superficie plateada de éste había tomado un tono rosado con la luz del atardecer, y por la orilla habían colocado farolillos

para una pequeña ceremonia que iba a celebrarse en honor del ganador del palio de ese año.

Al concluir ésta, la familia real iba a hacer un pequeño convite para agasajar a Nico, y Carrie había decidido que al día siguiente se iría.

Parecía el momento más apropiado para marcharse, cuando Nico estaría aún disfrutando las mieles de la victoria; una más de su larga lista de victorias.

A ella, en cambio, la única victoria que la haría feliz sería que Nico le dijese que la amaba, que la amaba de verdad.

Quizá fuese una tonta romántica; quizá estuviese más necesitada de cariño que otras personas. Tal vez fuera el resultado de haber vivido durante años con una tía que jamás le había mostrado ningún afecto, a pesar de que ella la había querido con todos sus defectos.

Con todos sus defectos… Tal vez estaba siendo demasiado dura con Nico. Había estado intentando cambiarlo, y quizá no hubiese sido justa. Al fin y al cabo, sabía cómo era Nico cuando se había enamorado de él; nunca la había engañado fingiendo ser algo que no era, pensó girándose sobre los talones para volver al palacio.

En ese momento, a pesar de los sombríos pensamientos que estaba teniendo, no pudo evitar sonreír cuando vio a Nico acercándose a ella. Era como si lo hubiera hecho aparecer al pensar en él.

—Deberías estar descansando —dijo él preocupado, asiéndola por los hombros cuando se encontraron a medio camino.

—Nico, perdóname.

—¿Por qué?

—Por haber intentado cambiarte. ¿Podemos quedarnos como estamos, podemos ser amigos?

—Espera, espera… ¿De qué estás hablando?

Carrie bajó la vista y vaciló un instante antes de volver a mirarlo.

—Para mí no es bastante casarme contigo, Nico —dijo finalmente—. Quiero sentirme amada…

Los ojos azules de Nico se oscurecieron.

—¿Y crees que yo no te amo?

—Si es así, nunca me lo has dicho; sólo después de la carrera, y

aquello era distinto.

—¿Distinto? ¿Por qué?

—Porque te habías llevado un buen susto, y estabas preocupado.

Nico le acarició la mejilla y mirándola a los ojos le dijo:

—Lo que te dije en ese momento era la verdad, Carrie: te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré. Tú eres mi vida, eres para mí como el aire que respiro; eres mi mundo, lo eres todo. Por favor, dime que te casaras conmigo y que dejarás que intente hacerte tan feliz como tú me haces a mí.

Los ojos de Carrie se habían llenado de lágrimas.

—Oh, Nico… —murmuró emocionada.

—Te he querido desde el día en que nos conocimos, aunque entonces todavía no lo sabía —añadió él sonriendo.

Carrie le echó los brazos al cuello y se abrazó a él.

—Vamos, tenemos que asistir a una pequeña celebración, ¿recuerdas? —dijo Nico al cabo de un rato, desenganchando los brazos de Carrie de su cuello.

Carrie hizo un mohín de protesta. Habría preferido quedarse allí con él, escuchándole decir cuánto la quería una y otra vez.

—Venga, no seas así —le dijo Nico riéndose—. Además, vamos a aprovechar para matar dos pájaros de un tiro y celebrar nuestro compromiso.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero si aún no te he dicho que sí.

—Pero lo harás —contestó él con una sonrisa confiada.

Carrie se sentía como si estuviera flotando. Nico acababa de anunciar delante de toda su familia que se habían comprometido.

El rey Giorgio los había sorprendido diciéndoles que había cosas que ni siquiera un monarca podía cambiar, y que una de ellas era el amor. Les deseó a los dos mucha felicidad, y les dijo que esperaba que le diesen pronto un bisnieto.

La princesa Laura, la madre de Nico, se mostró también muy feliz por ambos, y les prometió ir a visitarlos a Londres a menudo.

—Pues tienes que venir pronto —dijo Nico, rodeando la cintura de Carrie con el brazo para atraerla hacia él—, porque una galería va a hacer una exposición con los cuadros de mi futura esposa.

Aquello recordó a Carrie el regaló que había traído para la madre de Nico, y se excusó un momento para ir a buscarlo.

—Es precioso, Carrie —exclamó la princesa minutos después, admirando el lienzo en sus manos.

Era el cuadro del palacio, al que Carrie había estado dando los últimos toques el día antes de que Nico diera con ella en Londres.

—No puedes faltar a la exposición —dijo Nico.

—Oh, ya lo creo que iré —contestó su madre.

Incluso el anciano rey estaba impresionado con las dotes artísticas de Carrie. Mientras se deshacía en elogios hacia el cuadro, Carrie, sin embargo, sólo podía pensar en que un día le encantaría pintar un retrato de Nico. Claro que primero tendría que hallar el modo de hacer que se estuviera quieto al menos diez minutos.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Nico, curioso, llevándola aparte.

—Porque estoy enamorada del hombre más exasperante que habita sobre la faz de la tierra —lo provocó Carrie con una sonrisa traviesa.

—Eso está bien —dijo él.

—¿Cómo que está bien? —replicó ella riéndose.

—Al menos te parezco el más exasperante; detesto ser el segundo en nada —explicó él rodeándole los hombros con el brazo.

—Nico, prométeme que no habrá más competiciones —le pidió Carrie, poniéndose seria—. No podría soportar que te pasase algo.

Nico la miró con ternura.

—No te preocupes. Ya no tengo necesidad de coquetear con el peligro, ahora que te tengo a ti. No sé cuándo ocurrió, pero parece que mi ratoncito es en realidad un gato que sabe sacar las uñas.

—¿Y eso te alegra?

—¿Qué crees tú?

—¿Hasta que la muerte nos separe? —preguntó Carrie mirándolo a los ojos.

Nico sonrió, y mirándola a los ojos también respondió:

—Ya sabes que siempre acepto un reto.

Fin



SUSAN STEPHENS. era cantante profesional antes de conocer al que sería su marido en la pequeña isla de Malta.

Muy al estilo de sus novelas, se conocieron un lunes, se comprometieron un viernes y se casaron tres meses después. Aún siguen muy enamorados el uno del otro.

Le gusta viajar, ir a espectáculos y sobre todo escribir. Para relajarse, toca el piano, cocina o lee. Y para quitarse el estrés, se lanza montaña abajo con sus esquís, o galopa por la pradera cantando en voz alta.